



AÑO III.

Madrid, 1.º de Noviembre de 1878.

NÚM. 23.

DIRECTOR:
EL CONDE DE LAS CINCO TORRES.REDACCION:
calle del Sordo, 29, tercero.

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año..... 20 pesetas.
Seis meses..... 11 »
Tres..... 6 »

EN EL EXTRANJERO.

Año..... 25 francos.
Seis meses..... 14 »
Tres..... 8 »

EN AMÉRICA, PAGO EN ORO.

Año..... 8 pesos fuertes.
Seis meses..... 4,50 »
Tres..... 2,50 »

ADMINISTRACION:

VILLANUEVA, 6, MADRID,

á donde se dirigirán los pedidos
de suscripciones.

SUMARIO.

Seccion oficial: Carreras de caballos de Madrid. — Carreras de Lisboa. — Observaciones prácticas de agricultura, por D. Joaquín Costa. — Caballos, por D. Federico Huesca. — Los montes del Estado, por F. Calvo Muñoz. — Gabriela, novela, por Doña Teresa Aroniz y Bosch. — El descanso, por J. Ortega Munilla. — Necrología: Excmo. Sr. D. Alejandro Olivan, por D. Félix Rosell. — Maria, por D. Darío Ulloa. — El país de las codornices, por D. Julian Settler. — Ferias y Mercados, por E. Perez Dindurra. — Ecos de París, por Nello. — Noticias generales. — Noticias de la Sociedad, por La Kasab. — Nociones de jardinería, por E. M. — Tiro de pichon de Madrid, por Avelino. — Mercado de Madrid. — Cuadrado de palabras. — Erratas. — Anuncios.

SECCION OFICIAL.

Declarado EL CAMPO órgano oficial de la Sociedad para el desarrollo y fomento de la cría caballar en España, de que es Presidente honorario S. M. el Rey, publicará en esta seccion cuantas noticias interesen á los asociados y á las personas que tienen afición á las carreras de caballos.

CARRERAS DE CABALLOS DE MADRID.

OTOÑO DE 1878.

Los días 10 y 12 de Noviembre, á la una en punto de la tarde (si el tiempo lo permite), bajo la direccion de la Sociedad de Fomento de la cría caballar, de que es Presidente honorario S. M. el Rey.

Presidente de la Sociedad: Excmo. Sr. Duque de Fernan-Núñez.

Jueces de salida... Excmo. Sr. Marqués de Sardoal.
— Excmo. Sr. Marqués de Ahumada.
Jueces de campo... Excmo. Sr. Conde de la Corzana.
— Excmo. Sr. Marqués de la Mina.
— Sr. D. Federico Huesca.
Jueces de llegada... Excmo. Sr. Marqués de Bedmar.
— Excmo. Sr. D. José Luis Albareda.
Jueces del peso... Sr. Conde de Gomar.
— Sr. Conde de Peña-Ramiro.
— Excmo. Sr. Duque de Ahumada.

Handicappers: Sr. D. J. Garcia de Toledo. — Sr. Marqués de la Laguna. — Sr. Coronel D. Manuel Herran.

Jurado: Excmo. Sr. Duque de Alba. — Excmo. Sr. Conde de Balazote. — Excmo. Sr. Duque de Huéscar. — Sr. Marqués de Villalobar. — Sr. Marqués de Villamejor. — Excmo. señor Brigadier D. Manuel Sanchez Mira. — Sr. Marqués de Borayara. — Sr. D. Alfredo Weil.

PRIMER DIA.

1.ª CARRERA. — Extraordinaria. — A la una.
Rvn. 3.000 al 1.º
» 1.000 al 2.º Premio de la Sociedad.

Para caballos enteros y capones y yeguas, españoles y cruzados que no hayan ganado anteriormente esta carrera, ni corrido en alguna otra formal. — Traje de jockey.

Españoles.	3/4 de sangre extranjera.	1/2 sangre extranjera.
120 libras.	150 libras.	140 libras.

Distancia, 3.000 metros próximamente. — Matricula, 120 reales.

2.ª CARRERA. — Nacional. — A la una y media.

Rvn. 6.000. — Premio del Ministerio de la Guerra.

Para caballos enteros y yeguas de pura raza española.

De 3 años.	118 libras.
» 4 »	135 »
» 5 »	141 »
» 6 y cerrados. . .	144 »

Distancia, 1.700 metros próximamente. — Matricula, 250 reales.

3.ª CARRERA. — Criterium. — A las dos.

Rvn. 40.000. — Premio del Ministerio de Fomento.

35.000 al 1.º y 5.000 al 2.º

Para potros enteros y potrancas españoles y cruzados de tres y cuatro años.

	Españoles.	Hispano-árabes.	Hispano-ingleses.
De 3 años.	109 lib.	119 lib.	129 lib.
De 4 años.	125 »	135 »	145 »

Distancia, 1.600 metros próximamente. — Matricula, 500 reales.

4.ª CARRERA. — Cosmos. — A las tres.

Rvn. 8.000. — Premio de la Sociedad.

Para caballos enteros y yeguas de cualquier raza.

	Inglese nacidos en la Península.	Inglese nacidos en el extranjero.	Todos los demas.
De 3 años.	110 libras.	130 libras.	96 libras.
De 4 »	126 »	146 »	114 »
De 5 »	132 »	151 »	119 »
De 6 y cerrados. . .	135 »	154 »	122 »

Distancia, 3.500 metros próximamente. — Matricula, 300 reales.

5.ª CARRERA. — Omnium. — A las tres y media.

Rvn. 20.000. — Premio de la Excmo. Diputacion provincial de Madrid.

Para caballos enteros y yeguas de cualquier raza nacidos en la Península, y caballos árabes y morunos.

	Españoles.	Morunos é hispano- árabes.	Árabes é hispano- ingleses.	Anglo- árabes.	Inglese.
De 3 años.	105 lib.	115 lib.	127 lib.	147 lib.	157 lib.
» 4 »	121 »	131 »	143 »	163 »	173 »
» 5 »	128 »	138 »	150 »	170 »	180 »
» 6 y cerrad. . . .	133 »	143 »	155 »	175 »	185 »

Distancia, 3.000 metros próximamente. — Matricula, 400 reales.

SEGUNDO DIA.

1.ª CARRERA. — Para pura sangre. — A la una.

Rvn. 20.000. — Premio de las Compañías de los ferro-car- riles del Mediodía y Norte de España.

Para caballos enteros y yeguas de pura sangre inglesa nacidos ó no en la Península.

	Nacidos en la Península.	Nacidos en el extranjero.
De 3 años.	110 libras.	135 libras.
De 4 años.	126 »	151 »
De 5 años.	132 »	157 »
De 6 años y cerrados..	135 »	160 »

Distancia, 3.000 metros próximamente. — Matricula, 500 reales.

2.ª CARRERA. — Peninsular. — A la una y media.

Rvn. 20.000. — Premio del Excmo. Ayuntamiento de Ma- drid.

Para caballos enteros y yeguas españoles y cruzados.

	Españoles.	Hispano-árabes.	Hispano-ingleses.
De 3 años.	103 lib.	113 lib.	123 lib.
De 4 años.	120 »	130 »	140 »
De 5 años.	127 »	137 »	147 »
De 6 años y cerrados. .	131 »	141 »	151 »

Distancia, 2.500 metros próximamente. — Matricula, 400 reales.

3.ª CARRERA. — Handicap libre. — A las dos.

Rvn. 10.000. — Premio del Ministerio de Fomento.

Para caballos y yeguas de todas razas, siendo obligatoria la matricula de los ganadores en las carreras de esta re- union aun cuando no corran.

Distancia, 1.700 metros próximamente. — Matricula, 300 reales.

4.ª CARRERA. — Handicap de potros. — A las tres.

Rvn. 6.000. — Premio de la Sociedad.

Para potros y potrancas de tres y cuatro años nacidos en la Península.

Distancia, 1.400 metros próximamente. — Matricula, 250 reales.

5.ª CARRERA. — Compensacion. — A las tres y media.

Rvn. 5.000. — Premio de la Sociedad.

Handicap de caballos y yeguas de cualquier raza, que hayan corrido y no hayan ganado premio en las carreras de estos dos días, exceptuando la Extraordinaria. El se- gundo retirará su entrada.

Distancia, 2.000 metros próximamente. — Matricula, 200 reales.

CONDICIONES GENERALES.

1.ª Las inscripciones deberán hacerse en el domicilio de Secretario, Excmo. Sr. Marqués de Casa-Irujo, calle de Al- calá, núm. 51, del 23 al 30 de Octubre, de dos á cuatro de la tarde, abonando en el acto el importe de las matrículas. Se permitirá inscribir caballos del 31 de Octubre al 6 de Noviembre abonando doble matricula.

2.ª Toda persona que haga á su nombre una ó más ins- cripciones pagará, ademas del importe de las matrículas, 300 reales para el fondo de CARRERAS, exceptuándose la 1.ª del primer día.

3.ª Los dueños de los caballos matriculados cuidarán de llevarlos al picadero de la calle de San Cosme, el día 7 de Noviembre, de una á cuatro de la tarde, para que los cla- sifique el Jurado; el que no se presente en dicho día no se- rá admitido y perderá la matricula, exceptuándose de esta presentacion los caballos y las yeguas que hayan sido cla- sificados anteriormente; no así los potros, que habrán de ser nuevamente clasificados.

4.ª Las inscripciones para la 5.ª CARRERA del segundo día se harán media hora ántes de la fijada en el Programa para la misma.

5.ª El precio de las vallas en el Hipódromo será el de 20 reales cada día para los dueños de los caballos que las quieren alquilar.

6.ª En Secretaría se facilitarán ejemplares del *Reglamento para las Carreras* (del Congreso Hípico de Jerez), en el que se hallan los demás detalles referentes á las mismas, y que será el que rija para estas Carreras en todo lo que no se oponga á este Programa.

La Junta Directiva se reserva el derecho de alterar el orden de las Carreras.

8.ª Para las carreras de peso fijo las personas que inscriban los caballos habrán de declarar, bajo su responsabilidad, el peso que les corresponde.

CARRERAS EN LISBOA.

La reunion de otoño en Lisboa, que se efectuó el 6 y 7 de Octubre, fué, como siempre, inferior á la de primavera, sobre todo en la concurrencia, por hallarse ausente de la capital un gran número de las principales familias, y el mal tiempo en el segundo día contribuyó aún más para reducir el número de los espectadores. Las carreras, sin embargo, para los verdaderos aficionados, lejos de carecer de interés, le presentaban muy grande, contribuyendo no poco á ello el haberse inscrito cuatro caballos de Madrid, y el célebre *Trovador*, que hizo el viaje desde Jerez expresamente para tomar parte en el Gran Premio.

Los representantes de Madrid fueron *Etrenne*, del señor Conde de la Corzana; *Baby*, del Sr. Duque de los Castillejos; *Gitana*, del Sr. de Figueroa; y *Desdémona*, inscrita á nombre del Sr. Cunningham, á cuyo cuidado iban estos caballos. Las diferentes carreras están descritas á continuación para conocimiento de nuestros lectores de Madrid; pero daremos algunos detalles sobre el modo que corrieron estos caballos.

Desdémona tomó parte en dos carreras: en la primera iba tan sobrecargada de peso (no por culpa del *Handicapper*, sino por las condiciones de la carrera, que imponían el peso máximo á los caballos inscritos á última hora), que ninguna probabilidad tenía de ganar, y en efecto, fué siempre última. En la carrera del segundo día, el Gran Premio, iba más bien favorecida en el peso, pero tenía las cuartillas en tal estado con grietas, que no era posible hiciese ningún esfuerzo. La yegua *Gitana*, que llevaba mucho menos peso que todos los demás en esta carrera, parecía tener probabilidad, pero por estar muy inquieta antes de la salida y sentir, sin duda, mucho las cuartillas de esta pista, nada hizo. La potra *Baby* se presentó muy bien, y también iba muy ligera de peso en el *Handicap* de potros, pero se salió de la pista antes de completar la mitad de la distancia, y de esta manera defraudó las justas esperanzas que había de verla ganar.

Etrenne, aunque concedía bastante peso á *Carmona*, su único rival, parecía tener bastante probabilidad de ganar; pero su jinete exageró de tal modo la táctica de esperar, tan útil en muchos casos, que se conservó siempre á una distancia de quince ó veinte cuerpos detrás de *Carmona*, á pesar de estar la yegua tirando con toda su fuerza, y sólo la soltó en los últimos doscientos metros cuando era ya demasiado tarde.

Pueden creer los distinguidos dueños de estos animales que había un general deseo de que se ganasen alguna carrera, pues el *Jockey-Club* de Lisboa apreció en mucho el buen ejemplo dado de mandar sus caballos á tan larga distancia, no siendo los premios muy grandes; y lo demostraron tanto la Junta Directiva como los dueños de caballos de Lisboa, admitiendo estas matriculas, que por una equivocación al dirigir la carta, no llegaron á tiempo, y podían muy bien no haberse aceptado.

Como se ve por la descripción á continuación, las dos principales carreras fueron ganadas por el potro *Essex*, del Sr. Conde de Villa-Real, que corrió en Madrid en Enero, sin más éxito que ser tercero en la carrera extraordinaria, ganada por *Los Llanos*, y después nada ha hecho. Se presentó, sin embargo, muy mejorado, gracias al acierto con que D. Alejandro de Souza, hermano del Conde, dirigió su preparación, lo que prueba que no es necesario tener *trainers* ni *jockeys* ingleses para conseguir estos resultados, si los verdaderos aficionados están dispuestos á estudiar un poco el asunto y darse algún trabajo, reduciendo así los gastos y disgustos que son la causa de que muchos no intentan ó abandonan la empresa de tener caballos de carrera.

PRIMER DIA.—6 DE OCTUBRE.

Premio Criterium para potros de tres años.—Rvn. 5.000.—Distancia, 850 metros.

1.º	<i>Grey</i> .	L. I. del Sr. Guimarães.	64 kil.	García.
2.º	<i>Penn.</i>	L. I. del mismo.	59 »	Wood.
3.º	<i>Kabyla</i> .	L. M. del Sr. Vaz Preto.	52½ »	Alcock.

Ganado muy fácilmente.

Handicap Libre de Otoño.—Rvn. 4.000.—Distancia, 2.000 metros.

1.º	<i>Essex</i> .	L. I. 4 años del Sr. Conde de Villa-Real.	54 k.	Alcock.
2.º	<i>Camoens</i> .	L. I. 6 » » Conde de Sobral.	59 »	Adams.
3.º	<i>Kettil</i> .	L. I. 4 » » Conde de Villa-Real.	55 »	Everett.
	<i>Desdémona</i> .	A.A. 5 » » Sr. Cunningham.	87 »	Cunnington.
	<i>Nelson</i> .	L. I. 4 » » Sr. Guimarães.	60 »	García.

Camoens y *Nelson* hicieron la carrera, pero fueron alcanzados por *Essex* y *Kettil*, ganando el primero á *Camoens* por un cuerpo.—*Kettil* tercero.—*Nelson* se quedó muy cojo, y *Camoens* también dió señales de haber sufrido en la carrera.

Carrera de campinos (guardadoces).—Distancia, 1.300 metros.

1.º	<i>Gafanhoto</i> .	del Sr. Gonçalves.	Alfredo.
2.º	<i>Sultana</i> .	del Sr. Conde de Sobral.	Agostinho.

También corrieron *Coelho*, *Pirata* y *Coronel*.

Ganado fácilmente.

Premio Cosmos.—Rvn. 5.000.—Distancia, 3.000 metros.

1.º	<i>Carmona</i> .	H. A. 5 años, del Sr. Guimarães.	59 k.	García.
2.º	<i>Etrenne</i> .	L. I. 4 » » Conde de la Corzana.	74 »	Cunnington.

Carmona conservó siempre una gran distancia delante, no habiéndose soltado la yegua sino ya muy próximo á la meta, ganando *Carmona* fácilmente por un cuerpo.

SEGUNDO DIA.—7 DE OCTUBRE.

Premio de Animación.—*HANDICAP* para potros.—Rvn. 3.000.—Distancia, 1.300 metros.

1.º	<i>Grey</i> .	L. I. del Sr. Guimarães.	66 kil.	Wood.
2.º	<i>Penn.</i>	L. I. del mismo.	59 »	García.
	<i>Scott</i> .	L. I. del Sr. Magrigo.	59 »	Alcock.
	<i>Baby</i> .	E. del Sr. Duque de los Castillejos.	48 »	Adams.

Ganado fácilmente.—*Scott* y *Baby* se salieron de la pista.

Carrera de campinos.—Rvn. 2.000.—Distancia, 1.300 metros.

1.º	<i>Sultana</i> .	del Sr. Conde de Sobral.	Agostinho.
2.º	<i>Coelho</i> .	del Sr. Gonçalves.	Alfredo.

También corrieron *Sybila*, *Coronel*, *Dubose* y *Voador*. Ganado muy fácilmente.

Gran Premio del Jockey-Club.—Rvn. 30.000, ganándose tres veces por el mismo dueño, y *Copa de Plata*, transferible.—Distancia, 2.000 metros.

1.º	<i>Essex</i> .	L. I. 4 años del Sr. Conde de Villa-Real.	55 k.	Alcock.
2.º	<i>Trovador</i> .	H. I. 4 » » Davies.	69 »	Everett.
3.º	<i>Carmona</i> .	H. A. 5 » » Guimarães.	80 »	Wood.
	<i>Farol</i> .	L. A. cer. » del mismo.	73 »	García.
	<i>Desdémona</i> .	A. A. 5 » » Cunningham.	70 »	Antonio.
	<i>Gitana</i> .	A. A. 4 » » Figueroa.	53 »	Adams.

APUESTAS.—7 á 2 contra *Trovador*.—4 á 1 contra *Farol*.—7 á 1 contra *Carmona*.—7 á 1 contra *Essex*.—8 á 1 contra *Gitana*, y 14 á 1 contra *Desdémona*.

Farol hizo la carrera seguido por *Trovador*, acercándosele *Essex* después de dar una vuelta; y habiéndose cansado *Farol*, quedó la carrera reducida á éstos dos, ganando *Essex* después de magnífica carrera por un pescuezo.—*Carmona* tercero.

Premio de S. A. el Infante D. Augusto.—CARRERA DE SALTOS.—Distancia, 1.800 metros.

1.º	<i>Bereford</i> .	L. I. 5 años del Sr. Vaz Preto.	74 k.	Sr. Caldeira.
	<i>Essex</i> .	4 » » Conde de Villa-Real.	71 »	Sr. D. Alejandro de Souza.

Ganado fácilmente, saliéndose *Essex* de la pista.

Para la CARRERA DE COMPENSACION, corrida en medio de una tormenta, corrieron *Farol* y *Kabyla*, pero fueron ambos descalificados, uno por falta de peso y el otro por no pesar: el Jurado decidió que se volviese á correr, pero no presentándose *Kabyla* por haber sido llevado á la cuadra, *Farol* corrió sólo. —Aun no se ha decidido si se le concederá ó no el premio.

OBSERVACIONES PRÁCTICAS DE AGRICULTURA.

(Conclusion.)

Ahora queda otra cuestión: el retroceso del cultivo arbustivo ¿ha traído consigo un progreso equivalente en el cultivo cereal? Por desdicha, no. Adelantó éste gozoso, y persuadido de que ocuparía con ventaja el lugar de aquél; más pronto hubo de convencerse de que no había para él condiciones de viabilidad en el áspero y accidentado suelo de los montes. En la tala y descuaje de éstos, no hubo vencedores sino momentáneamente: viñas y panes padecieron por igual. Júzguese, si no, por el hecho siguiente.

c). Influencia del arbolado en la población de hecho.

Si la roturación de los montes arguyese aumento de producción, se hubiese obtenido un aumento proporcionado en el número de habitantes, ó miente la ley de Malthus; y cuando no, en la riqueza del país. Pues bien: á juzgar por los datos que va arrojando el censo formado en la actualidad, la cifra de población, en vez de aumentar, ha decrecido en este país desde 1860 en la proporción de un cuatro por ciento; y á juzgar por las noticias que suministra la triste práctica de la Administración pública, la cifra de riqueza ha descendido en una proporción mucho más alarmante.

Hace un mes fué presentada en uno de los registros de la propiedad de esta provincia, para la diligencia de la anotación preventiva, una lista de contribuyentes morosos por territorial, y de fincas rústicas y urbanas, cuya subasta estaba ya anunciada: los contribuyentes eran 852 en número, y todos vecinos de una misma población: las fincas embargadas, 953, y todas enclavadas en un mismo distrito municipal. El registrador, aturrido y consternado, hizo presente á la Administración cuán difícil le era aumentar el personal de su oficina para llenar doce ó catorce libros del Registro y anticipar los gastos de ese trabajo extraordinario. ¿Y la población en cuestión no cuenta sino

6 ó 7.000 almas, su suelo es fértil y llano, y cuenta con mucho regadío!—Esto, que constituye uno de los más graves problemas para el país, va á serlo gravísimo para la Hacienda; porque si no pueden satisfacerse los impuestos, si apenas pueden ser sostenidos los criados de labor, menos habrá quien compre las fincas de particulares enajenadas por el Estado; y no habiendo quien las compre, ni aun por el importe del débito, que suele ser insignificante con relación á los precios ordinarios de la tierra, menos habrá quien quiera tomarlas en arrendamiento: y entonces, ¿qué hace la Administración con las fincas que á millares le abandona el país, rendido y extenuado por la miseria?

¿Y el censo de población? Ha crecido en los grandes centros, pero ha disminuido en los de corto y mediano vecindario. El de 1860 arrojó un total de 263.230 habitantes; el de 1878 ha sido muy otro: 252.023 almas, población de hecho: 256.225, población de derecho: ¡11.000 habitantes de pérdida! Muchos pueblos hay donde la diferencia en menos alcanza la proporción de 20 por 100, como Aren, Lascuarres, Laguarres, Monzon, una de las poblaciones más ricas de la provincia; en otros, la baja ha sido de una cuarta parte, como Fonz, Muro de Roda, Castiello de Jaca, etc.; en otros, la tercer parte, y aún la mitad; por ejemplo, Sopeira, Castigaleu, Fago y otros. Las Memorias de las Juntas municipales del Censo, las cuales he podido consultar como individuo de la Junta Provincial, apuntan, entre otra multitud de causas, alguna de las cuales hace pensar en los efectos del arbolado sobre la salud pública (el exceso de defunciones sobre los nacimientos; la viruela y el tifus, que en muchos lugares ha diezmando la población, y que en algun punto, como en Camporrells, ha causado por sí solo el 14 por 100 de bajas; la frecuencia de las quintas y la guerra civil, el aumento de contribuciones, etc.)—apuntan, digo, como constante y principal, ésta: la emigración. Nuestros convecinos (dicen todos unánimes) están en la América del Sur, en Francia, en Barcelona, en Zaragoza: la miseria los arrojó de aquí; los propietarios no tienen con qué mantener y pagar á los criados, y los despiden; los jornaleros no encuentran trabajo, y emigran con sus familias á los grandes centros, atraídos por el movimiento animador de las fábricas y de los puertos, ó al extranjero, donde, más afortunados que en nuestra patria, no faltan nunca obras públicas: los pequeños propietarios no pueden soportar los tributos, y sientan plaza de jornaleros, ó de militares, ó emigran también.—Un solo pueblo, Fago, cuyo censo acusa una población de 358 almas (707 en 1860), ha contribuido con 50 personas jóvenes á la emigración en América, con otras 50 de diferentes edades á Francia, y con 30 á poblaciones de la Península, donde viven en clase de sirvientes. Antes eran muy contados los braceros que emigraban á Francia en busca de trabajo: mas ahora, la emigración se ha hecho costumbre, bajo la ley tirana de la necesidad. Quieren trabajar, y no hay quien los ocupe; y emigran en masa, como las aves, acompañados de sus familias. Unos regresan á sus pueblos al cabo de meses ó de años, tal vez para emigrar de nuevo; otros se avecinan allí donde encontraron trabajo y bienestar, y no vuelven; otros, ¡y son tantos! ni encuentran el ansiado reposo fuera de la patria, ni vuelven á pisar el recinto de la casa paterna.

Y ese estado de enflaquecimiento público y de universal miseria, que da pié á los embargos y alas á la emigración, ¿á qué causa es debido? También lo dicen las Memorias de las Juntas municipales del Censo.—«Muchos vecinos, dice textualmente la Junta de Baells, se han marchado á Francia, otros á Cataluña, y otros á diferentes puntos; de todo lo cual es causa la falta de lluvias que hace tiempo se viene experimentando en esta comarca.»—«La emigración al extranjero, dice la de Estadística, es consecuencia de la penuria en que se encuentran sus vecinos por la pérdida de sus cosechas, efecto de las sequías, heladas y pedriscos que en estos últimos años han sufrido.»—«Sequías grandes, dice la de Laguarres, y trascribimos literalmente, pedriscos mayores, y la esterilidad constante en las cosechas, han obstruido los recursos de que antes disponían los padres de familia

para sustentar á sus hijos, y se han visto precisados á buscar en países extraños y en el extranjero los alimentos que les negaba el suelo patrio.» — «Seguirá decreciendo la poblacion, dice la de Santorens, si continúan los *gravámenes* que pesan sobre la Agricultura, y las *pedregadas* que arruinan á las familias y las hacen emigrar á Francia y otros puntos.» — «Por la *falta de cosechas*, y consiguientemente *de trabajo*, dicen en sustancia Fonzy y Albelda, se han visto en la necesidad de emigrar á Francia y Barcelona la mayoría de los jornaleros.» «Respecto de las causas que han influido en la disminucion de la poblacion, dice la Junta de Fraga, debe ponerse en primer término la continua *pérdida de cosechas* por la pertinaz *sequía*, inundaciones y calamidades que se han sucedido, y que obligan á la clase jornalera á buscar *trabajo* en los centros mercantiles y de movimiento.....» Y así los demas. Es un grito coreado. Parece que se han dado el santo y seña. Sin saberlo y sin nombrarlo, han escrito una elocuente apología del arbolado. Y al par de esto, han formado un proceso de infinitas piezas contra los Gobiernos que se vienen sucediendo en el poder desde hace algunos años: las pinceladas del cuadro son toscas, pero valientes; los colores, sombríos. Se denuncia lo elevado é insoportable de los tributos. Se deplora la falta de obras públicas, que atajarían la corriente de la emigracion, con gran contento de los emigrantes. Se echa en cara á los Gobiernos el olvido en que tiene á los pueblos, esquilados por los tributos, y sin embargo, abandonados al riesgo fortuito del inclemente cielo, y á las vías de comunicacion que entre rocas y precipicios abrió el continuo pisar de los mulos ó de las cabras. ¡Qué no hubieran dicho estos altivos Fivalleres del Pirineo, si hubiesen tenido noticia de aquel afamado hipódromo madrileño, y de tantos y tantos hipódromos, á donde van á abismarse, con ménos fruto que los rios en el mar, sus miserables haciendas!

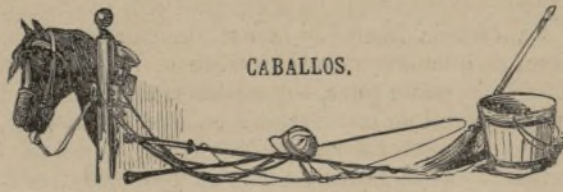
Pero la conclusion más saneada que de todo el conjunto del censo se desprende, es, ya lo he apuntado ántes, la funcion importantísima que en la vida social ejerce el arbolado como escudo protector de la Agricultura. Oiganlo ahora, y arrepíntanse, labradores y propietarios: al descargar la segur en el fondo del bosque, no hirieron solamente al árbol; hirieron en primer término á sus hijos, en segundo, á la patria. Ricos y pobres arremetieron con los montes, cual impulsados de un odio comun; aquéllos beneficiaron el vuelo, éstos el suelo, y se repitió la fábula de la gallina que ponía huevos de oro: los ricos han descendido á pobres, los pobres á proletarios; y para hurtarse á las inclemencias del cielo y á las del fisco, se ven forzados á pedir al extranjero una nueva patria. ¡Ah, las leyes de la naturaleza son inexorables! Luego, las tierras pendientes que con torpe codicia usurparán á la selva, abiertas y despedazadas por los torrentes, carnadas por los aguaceros, encendidas por un sol abrasador que ninguna lluvia viene á templar en el estío, incapaces para toda produccion que remunere el afanoso trabajo del labrador, van quedando abandonadas á la accion espontánea de la naturaleza, la cual tardará siglos en restablecer la primitiva selva, estorbada como es á toda hora por el diente dañino del ganado, por la violencia de los aguaceros y por la fiera enemiga de los leñadores, que en defecto de árboles, se acogen á los arbustos y á las matas. No se esconden al pueblo estos efectos de la despoblacion forestal, porque lo ha aleccionado una dolorosa experiencia. Hace pocos días ha pasado por mis manos un expediente instruido á instancia de dos pueblos, Alins y Azanuy, solicitando la concesion de una dehesa boyal. En la peticion que lo encabeza, dice textualmente lo que sigue: «Fueron serian los resultados de la desamortizacion de dicho monte, si se desatendiese su señalamiento como dehesa boyal, ya por la imprescindible necesidad de los pastos, ya porque situado en una pendiente muy escabrosa, sería arrastrado el terreno alto sobre el bajo, inutilizaria éste, cambiaria el curso de las aguas, y aumentando la corriente y rapidez de los barrancos, produciria perjuicios incalculables á ambos pueblos, que no cuentan otros medios de subsistencia que la Agricultura...»

¿No es verdad que el pueblo está bien preparado

para auxiliar eficazmente la accion de un Gobierno reparador?

Huesca, Setiembre 1878.

JOAQUIN COSTA.



Hunter, caballo inglés para cazar. —Diferencias entre éste y el *steeple chaser*. —Cualidades especiales que los caracterizan. —Países que los producen. —Su *entramiento*. —Monturas, bridas y diferentes clases de bocados que se usan para la caza. —*Cover hack* ó caballo especial para ir al *rendez-vous* de los cazadores. —*Pad groom* ó *Stud groom*, jefe de la caballeriza.

Se da el nombre de *hunter* al caballo exclusivamente destinado para cazar.

Teniendo pasion los ingleses por este género de sport; disponiendo de cuantiosas fortunas y de un genio creador y á propósito para mejorar todas las razas de animales domésticos, era de creer hicieran, por decirlo así, una variedad dentro de la especie caballar, que respondiese al fin que se proponian y llenase hasta sus más exigentes deseos. Así, pues, han creado el tipo más correcto de formas, representando la fuerza, agilidad, *acciones*, soltura de movimientos y velocidad que puede imaginarse, y que en nuestro juicio es el que más convendría á nuestros ganaderos para cruzar con las yeguas del país, sin alterar la uniformidad de tipo que nuestra raza conserva.

Aun cuando tienen mucha semejanza el *steeple chaser* y el *hunter*, y de los primeros hemos de ocuparnos en otro artículo, preciso nos será señalar algunas de las diferencias que los distinguen. El objeto del primero es recorrer en el menor tiempo la mayor distancia convenida de antemano, erizada de obstáculos colocados artificialmente, para lo que toma el *aire de carrera*, que deja sólo en el momento de saltar. El *hunter* sólo se ocupa en seguir la caza en las condiciones en que ésta se le presenta, aumentando ó disminuyendo su velocidad á medida que el animal perseguido lo exige.

Así, pues, la cualidad indispensable del primero, que es la velocidad, viene á ser accesoria y hasta inútil en el que nos ocupa, que para responder bien á su fin debe tomar con cuidado, y sin mayor violencia que la necesaria, los saltos, correr siempre en *obediencia*, y en una palabra, procurar á su jinete toda la comodidad y seguridad posibles.

Hay *hunters* de pura sangre, de media sangre y cruzados con yeguas de tiro.

El de pura sangre es el más estimado si reúne al temperamento propio de aquéllos, la fuerza, resistencia y docilidad de que suelen carecer. El de media sangre cambia la ligereza por la fuerza, la agilidad por la musculatura atlética, que le permite resistir muchas horas el peso de 18 á 20 *stones*, ó sean 110 ó 120 kilogramos. De los de pura sangre se dice que valen lo que pesan en oro, ó no valen lo que consumen de cebada, por lo que en la práctica se hace más uso de los de tercera clase, que á su más barato precio reúnen más número de buenas circunstancias prácticas.

Tanto unos como otros se venden á precios fabulosos, dándose el caso, que parecerá raro en nuestro país, de valer más en el mercado los que han *cerrado*, que los que tienen la edad en la boca, cosa que, bien examinada, tiene algun fundamento, pues que los más prácticos, cómodos y más ejercitados han de ser los que más hayan corrido.

El país que produce estos caballos vigorosos, ágiles y de gran docilidad, es la Irlanda, á donde van á buscarlos los tratantes de toda Francia é Inglaterra. Cuando han sido domados en su mismo país, adquieren mayor precio.

Generalmente los extranjeros compran los *hunters* en el Tattershall, establecimiento bien montado, y que, aunque más caro, da algunas garantías al comprador; pero la mejor manera de adquirirlos es en la misma cacería, despues de examinados detenidamente y montándolos ántes, porque ésta es la manera más segura de poder apreciar sus cualidades y circunstancias, que interesa mucho conocer al que expone su vida por afición y no por oficio.

El *hunter* se prepara para la caza por los mismos principios que presiden el *entramiento* del de carrera, particularmente del *steeple chaser*. Des-

pues de una dosis de medicina, se los obliga á correr diariamente una distancia de cuatro millas, y se les hace andar al paso tres horas por día, prefiriendo sitios con *gazon*, porque en éstos no se estropean los cascos. A los potros que se destinan á la caza se les hace saltar procurando siempre que lo hagan en la misma cacería entre los otros, á fin de que con el estímulo no rehusen mucho hacerlo, como es más que probable lo hicieran solos.

En la caballeriza se emplea el *jockey mudo*, aparato con que reemplazan las flexiones que recomienda Baucher para plegar el cuello. Es preciso esquilárselos siempre en el invierno; y esto, que es práctica muy nueva y de éxito dudoso en nuestro seco país, es de excelente resultado en aquél, evitando el que el pelo largo se seque despues de sudado y produzca los enfriamientos ó *enfosuras* que son consiguientes á ese estado. Fundándose los criadores en que esta clase de caballos ha de vivir siempre en el campo, los tienen en caballerizas preparadas á una baja temperatura para que no extrañen, con detrimento de su salud, la intemperie. Las caballerizas de los *hunters* se tienen con el esmero y el lujo que apenas se concibe sino viéndolo. Recientemente se ha hecho un modelo de *box* ó jaulas, cuya descripción sería enojosa, bastando sólo que indiquemos que rayan en el sibaritismo más exagerado.

Si en aquel país se da atencion preferente á los caballos, no la prestan ménos á las sillas, bridas y cuantos accesorios son necesarios para montar. La silla de campo usada para la caza es el galápago, hecho con piel de jabalí y construida con más solidez que la de paseo, porque ha de usarse más tiempo y sufrir los rigores de la intemperie.

La moda introducida entre nosotros ha reducido el tamaño de la montura á unas proporciones que son casi desconocidas en Inglaterra, donde han comprendido bien que en mayores dimensiones de *batalla*, la silla molestará ménos al caballo que las que precisamente vienen, por su escaso tamaño, á hacerle descansar todo el peso del jinete sobre la columna vertebral. Aun cuando se ha intentado modificar algo la que actualmente se conoce, no se ha conseguido más que hacer una cosa más sin resultado práctico, salvo las conocidas de Henry Theaucorff, sobre armadura de suela, que les da una elasticidad agradabilísima para el jinete, y que no quieren, sin embargo, en Inglaterra, prefiriendo las duras de asiento. Los estribos más aceptados son los de resorte, que usamos algunos en España. Estos se abren por el límite del *aro* junto al *hondon*, pudiéndose abrir en el momento de una caída si quedase colgado por un pié el jinete. El sudadero, de una mezcla tejida de algodón y lana, es de absoluta necesidad para evitar el contacto del *basto* de la silla en el lomo del caballo, que suele tener alguna cerda, alfiler ú otro objeto que puede ocasionar *levantes* difíciles de curar, y que inhabilitan por algun tiempo para el trabajo los caballos, aparte de lo cómodo que es secar el sudadero, cosa imposible de ejecutar con la silla.

La brida, además de su buena construccion, es siempre de hebilla, nunca de ganchos ó mosquetón. Hemos tocado este punto de propósito para hablar de los bocados, como instrumento de mando. En Inglaterra ha sido objeto de serias discusiones, y no es, pues, extraño lo sea tambien en España, la conveniencia del filete en combinacion con la brida.

Sostienen algunos que la demasiada fuerza que imprime el bocado sobre los asientos es causa frecuente de que el caballo se detenga en los saltos. Otros creen que este pequeño inconveniente puede obviarse tan sólo con aligerar la mano, dando libertad completa al caballo, sirviéndole de apoyo cuando lo necesita despues de largas faenas. Nosotros no entraremos en esta discusion, que podría ser objeto de otro artículo, y nos limitaremos á dejar consignado solamente que el *Pelham* hanoveriano es el bocado más usado para la caza en aquel país, no dejando de usarse tampoco en los casos en que lo creen conveniente, la *muserola* con *perillo* á la *Bucéfala*, que no es otra cosa que lo que se usa en Andalucía para los caballos de campo, especialmente para acosar. Los bocados que á don Juan Segundo le han valido calificativos poco benévolos, así como á los que ponemos cuando son precisos los perrillos, se usan mucho allí; tambien el *Gaf's Snefle*, que es un instrumento de tormento

mucho mayor que los que emplean los árabes, con sus barbaditas de una pieza unida al mismo bocado. Por si todo esto fuera poco, colocan las anillas de la martingala al bocado, lo que da en un momento dado una energía en la acción del mando, muy superior á la que se obtendría si fueran al filete. De todo lo dicho se deduce que ellos, como nosotros, emplean todos los medios conducentes á garantizar su vida, y que ni ellos ni nosotros venceremos los apóstrofes que se nos dirigen por los que, no conociendo otra aplicación del caballo más que para el paseo, emplean los medios suaves que se recomiendan en los libros de equitación (con los que consiguen casi siempre llevarlos en plena desobediencia).

Obtenida la seguridad personal, nadie procura como ellos las comodidades, limpieza y preservativos para su ganado; así que todos los aficionados ponen á sus caballos para correr los *spedy-cut*, que son especies de vendas de cuero para preservar las cañas de algún golpe que pueden darse, ya ellos mismos con la parte interior de la herradura, ya con alguna piedra ú otro objeto que en su camino se encontrasen.

Por la relación que con el *Hunter* tiene el *Cover hack*, debemos dar alguna idea de él.

Esta variedad de caballos sirve sólo para acudir á la reunión de los cazadores ó *rendez-vous*; como su objeto es sólo ir por buen terreno y galopar muchas millas en poco tiempo, regularmente son caballos pequeños, pero de mucha fuerza en las piernas y riñones, habiéndolos tan notables, que hacen 16 millas á la hora. Recientemente se ha creado un cargo importante para cuidar estos caballos, que es el *Stud groom*, ó jefe de la caballería de los *hunters*. Este individuo, cuyo sueldo es lo ménos de 100 libras, se ocupa de llevar los caballos al campo para el momento en que su señor quiera cambiar, para no fatigar al que ha llevado hasta entonces.

Como sería interminable explicar todo lo que se refiere á este punto, preciso será dejar para otro artículo el tratar de la manera de cuidar y domar los *steeple chaser*, como ofrecimos al principio de este artículo.

FEDERICO HUESCA.

LOS MONTES DEL ESTADO.

La prensa política viene ocupándose hace algunos días de cierta operación de crédito sobre el valor de los montes del Estado, que se están clasificando y apreciando para sacarlos en breve á la subasta.

El asunto, como se ve por su simple enunciación, tiene dos fases, y por ambas puede ser examinado: por la económico-administrativa y por la forestal y agrícola.

No entra en las condiciones de esta publicación discutir la gestión financiera del señor ministro de Hacienda, que se reduce en este punto, según la prensa oficiosa nos ha dicho, á contratar un empréstito de cien millones de pesetas próximamente para con ellos abrir subastas de consolidado y amortizar toda la cantidad posible de esta deuda, hoy que se encuentra —añaden— á bajo precio y que, con ménos desembolso efectivo, puede comprarse y amortizarse más. Para tratar esta cuestión, de suyo difícil y compleja, tendríamos que tocar, sin quererlo tal vez, pero sin poder sustraernos, problemas y detalles de criterio y de interés político, y no es éste el fin que hoy nos proponemos. Dejemos, pues, á un lado la parte puramente financiera del proyecto, y fijémonos sólo en su carácter *forestal, económico y agrícola* para depurar hasta qué punto pueda favorecer ó perjudicar al cultivo, á la producción y á las condiciones especiales de nuestros campos la venta de los montes que hoy pertenecen al Estado.

I.

Es conveniente al interés público que se vendan y entreguen al dominio particular los montes del Estado, ó es mejor y más útil que éste los conserve, los fomenté y los mejore? Tal es la cuestión que viene hace muchos años discutiéndose, sin que hasta ahora se haya llegado á un

acuerdo que concilie todas las opiniones que en uno y otro sentido se han expuesto en las Cortes, en las sociedades económicas, en la prensa profesional y política, y en cuantas partes, por afición ó por deber, ha llegado á plantearse este problema.

La escuela liberal y la escuela conservadora, siempre que han debatido sobre el mismo, han convenido en un punto, que pudiéramos llamar el punto capital de la cuestión, en que los montes, ya sean del Estado, ya del Municipio, ya del particular, son necesarios y útiles en todo país, porque ellos suministran maderas para la construcción naval y para la construcción y reparo de los edificios, y leñas y carbones para todos los usos de la vida industrial y de la vida doméstica; porque son los conductores naturales de las lluvias que alimentan la vegetación y aseguran las cosechas; porque ofrecen sombra, frescura, pasto y albergue á la ganadería, y porque hacen habitables los campos, desiertos cuando no gozan de este beneficio.

Pero estando conformes ambas escuelas, la individualista y la partidaria de la mayor suma de acción y de facultades en el Estado en este principio difieren, sin embargo (en España, porque no en todas partes se ha observado esta regla), en la manera de realizarlo. La primera ha entendido siempre que la venta de los montes del Estado constituye un acto de desamortización, y, aplicando á aquélla el criterio general de ésta, ha dicho: «El Gobierno, sobre no ser el mejor administrador, no puede realizar tampoco las reformas que un particular para fomentar y desarrollar sus riquezas; los montes públicos rinden muy poco, tan poco que sólo con entregarlos al dominio privado, darían al Tesoro, por el impuesto directo ó contribución territorial y por el de traslaciones de dominio, casi tanto, ó tanto, seguramente, como dan ahora; de modo que el Estado podría percibir su valor en venta, sin privarse en cada año, en virtud de los impuestos, de un rendimiento igual al que ahora percibe.» Enfrente de esta teoría, que tiene—y no hay para qué negarlo—mucho de racional, pero mucho también de ingeniosa y seductora, está la teoría de los que no tan sólo se oponen á la venta de los montes, sino que excitan é interpelan al poder público para la repoblación de los que, por incendio ó talas, hayan perdido el arbolado; «porque los montes—dicen—en tanto que pertenecen al Estado, subsisten, y, subsistiendo, realizan servicios generales; mientras que, al pasar al dominio particular, desaparecen y dejan, por consiguiente, de prestar aquéllos»; y combinando con este criterio la teoría de que el Estado no puede tener, ni ménos proteger, intereses contrarios al interés público, deducen de aquí que la enajenación de los montes es notoriamente injusta y perjudicial. También en este razonamiento—y nuestra imparcialidad nos lleva á confesarlo—hay alguna verdad, por más que abulte sus formas el espíritu de exageración.

No ha sido muy fácil hasta hace poco tiempo el apreciar de una manera acertada de parte de quienes estaba la razón en esta pertinaz lucha, por más de que casi todos los gobiernos que se han sucedido desde el año 1855 en adelante, lo mismo progresistas que moderados, y así la Unión liberal como la Democracia, se han inclinado (no es dable saber si movidos por el principio económico de que la propiedad acrece á medida que se reparte entre el mayor número, ó si aguijoneados por apremiantes necesidades del Tesoro) del lado de la desamortización; y no ha sido fácil, porque ántes de dirimir con algún acierto esta contienda, era preciso conocer el verdadero censo de los montes públicos que se desamortizaron por la ley de 1.º de Mayo del citado año 1855, y por otras disposiciones posteriores; saber los que se habían enajenado y las hectáreas de superficie de que constaban; tener noticia exacta del número y extensión de los que quedasen, y averiguar, por último, en la forma que estas cosas pueden averiguarse, qué consecuencias habían producido las anteriores ventas en la higiene de los pueblos rurales, en la Agricultura, en la Ganadería, en las Industrias, en el Trabajo y en todo lo demás que la Administración pública tiene la misión de vigilar cuidadosamente, para reparar los males y para procurar el bien.

Nada, ó muy poco, de esto era lo que se conocía

en España, porque nuestros gobiernos no han sido en materias de estadística los más celosos; era, pues, preciso ir resolviendo las cuestiones y las protestas que á cada paso se formulaban contra la desamortización, con el criterio de la ciencia económica moderna, que aconsejaba entregar los montes al interés individual para aumentar su producción y fomentar la riqueza, por más que en este punto no todos los economistas hayan pensado de la misma suerte, puesto que entre ellos teníamos á Le Play, á Chevalier, á Roscher, á Say (Horacio) y algún otro que, mientras defendían la superioridad de la acción y la iniciativa particular sobre la acción y la iniciativa del Estado para casi todos los problemas de la vida social, al llegar á los montes públicos establecían una excepción, suponiendo que la consecuencia inmediata de su venta sería el desaparecer, y con ello la imposibilidad de que realizarán sus saludables fines.

Hoy ya, aunque no tan completos como deseáramos, tenemos algunos datos, y éstos han de servirnos para examinar la cuestión con más tino y con más imparcialidad; que si siempre los principios de la ciencia son el mejor consejo para resolver los problemas de la economía pública, tanto mayor es su fuerza y tanto más se imponen cuando sus teorías tienen por base y son el resultado práctico de la observación y de la experiencia.

Promulgada la ley de 1.º de Mayo de 1855, y para cumplir la disposición 6.ª del art. 2.º de la misma, por la cual se exceptuaban de la desamortización los montes que el Gobierno creyera conveniente apartar, se empezaron á hacer las clasificaciones de *exceptuados y enajenables*; y, publicados aquellos trabajos, resultaron de los primeros 19.774 con 6.758.482 hectáreas de superficie, y de los segundos 10.872 con 3.427.560 hectáreas.

Posteriormente, y por virtud del Real decreto de 22 de Enero de 1862, en que se declaró que solamente se excluían de la venta los montes cuya especie arbórea dominante fuese *pino, roble ó haya*, con tal de que constasen de más de cien hectáreas de superficie, ó que, no teniéndolas, distasen entre sí ménos de un kilómetro, se hizo una nueva clasificación, declarándose enajenables, entre pertenecientes al Estado, de Propios y de Establecimientos civiles, 11.762 montes que median entre todos una superficie de 2.106.423 hectáreas, y quedando, por consiguiente, exceptuados 7.712 montes con 4.652.059 hectáreas, que se declararon propiedad forestal y se mandaron conservar y mejorar con arreglo á la ley de 23 de Mayo de 1863.

Tenemos, pues, que desde 1855, y por virtud de aquella ley desamortizadora se han vendido en España 22.634 montes con una superficie de 5.533.983 hectáreas.

II.

La ley de presupuestos de 1868 á 69, que preparó y que no llegó á refrendar el Sr. Marqués de Barzanallana, por cuanto su salida del Ministerio de Hacienda ocurrió mientras el proyecto se discutía en la Comisión, redujo todavía más el número de los montes exceptuados, puesto que sólo se reservaban los que tuviesen «una grande y reconocida importancia, por declaración que hiciera el Ministro de Hacienda de acuerdo con los de Marina y de Fomento». Desde aquel tiempo hasta la ley de amortización de deudas de 17 de Mayo último se han enajenado otros muchos montes, cuyo número y superficie no hemos podido averiguar; lo que sí sabemos, porque esto nos lo han dicho hace pocos días los periódicos del Gobierno, es que la clasificación y el aprecio de los que ahora se quieren enajenar están á punto de concluir, y que importan próximamente *unos quinientos millones efectivos*. Por manera que teniendo en cuenta lo exiguo que había quedado el número de los montes exceptuados y la cuantiosa suma que importan los que han de subastarse, no es aventurado suponer que el pensamiento del Sr. Marqués de Orovia, dando un sentido y un alcance quizá demasiado radical á la ley de 17 de Mayo último, es el último golpe á los restos de nuestra riqueza forestal, por más que se haya dicho por algún periódico de los más autorizados para tratar de esta clase de asuntos, «que no se declararán enajenables los bosques cuya

destrucción prohiban las disposiciones vigentes y rechace la conveniencia pública, sino aquellos montes que no son de utilidad alguna para el Estado, ni pueden calificarse de beneficiosos por ningún concepto (1).

III.

Expuestos estos ligeros datos, por haberlos creído pertinentes, vamos á entrar en el fondo de la cuestión.

Ante todo, debemos declarar que estamos perfectamente de acuerdo con la opinión de los que sostienen que los montes realizan servicios generales, como lo son el «purificar la atmósfera, regularizar la temperatura, abrigar los valles, modificar el curso de las aguas evitando las inundaciones tan frecuentes y desastrosas en nuestro país, mejorar el suelo y conservarlo en las montañas, único medio de sostener la vegetación y de preservar el lecho de los ríos de los bancos de arena que cambian su curso natural, obstruyen su desembocadura y entorpecen su navegación» (2). Convenimos también en que los montes, á más de aquellos servicios, prestan otros especiales, como «la producción de las maderas, leñas, pastos, resinas, cortezas y demas aprovechamientos» (3); pero como estos servicios no dependen del dueño del monte, sino del monte mismo mientras subsista, es accidental, con tal de que se realicen, y aquí es donde estriba el interés público, que el monte pertenezca á la colectividad social ó que pertenezca al individuo.

El punto capital de la cuestión consiste en saber quién ofrece más garantías de conservación y de mejora, si el Estado, movido sólo por el interés público, ó el individuo que, sin ser indiferente á este interés, tiene además el suyo propio.

El único argumento, el argumento Aquiles de los partidarios de la amortización, consiste en suponer que el particular que compre un monte lo talará y roturará en seguida, para dedicarlo á la agricultura; pero este argumento no tiene gran importancia tratándose de España, porque quien conozca algo las provincias y los pueblos rurales sabrá muy bien, sin necesidad de ser ingeniero agrónomo ni estadista, que de los cinco millones y medio de hectáreas de terreno montañoso que se enajenaron desde 1855 á 1869 no se ha roturado para destinarlas al cultivo de cereales, viñedos y olivares, ni la vigésima parte; porque de haberlo sido, la riqueza imponible para la contribución de inmuebles se habría elevado mucho, aún cuando las nuevas tierras de labor se clasificasen de tercera ó cuarta según las cartillas evaluatorias; y está demostrado que la propiedad agrícola no ha tenido aumento ó que el aumento ha sido insignificante desde hace veinte años.

Todavía habría mucho que cuestionar sobre cuál era la verdadera conveniencia del país, si roturar y colonizar una parte de los montes públicos que se vendieran, ó si dejarlos cerrados y acotados; nosotros, sin detenernos mucho á pensarlo, nos decidiríamos por lo primero, pero no hay para qué discutir, puesto que no ha ocurrido, sino que los mismos montes que se vendieron continúan como tales montes, aunque con bastantes desmejoras casi todos ó todos ellos, por cuanto los compradores, para pagar los plazos, ó para proveer á otras necesidades suyas, no han dejado de hacer talas y entresacos, para maderarlos ó para el carboneo.

Y la razón de no haberse roturado, no es otra sino que no hacen falta terrenos para la agricultura; antes al contrario, sobran muchos, y la prueba es que la superficie de España es próximamente igual á la de Francia, y, sin embargo, apenas llegamos á la mitad de su población; es verdad que Francia, á pesar de tener más del doble de población que nosotros, tiene también más montes que España, puesto que la relación de la superficie poblada con la total es en aquélla del 16 por 100, mientras en ésta es sólo el 12; pero hay que tener en cuenta que en España, por la falta de canales de riegos, y porque las industrias agrícolas están más atrasadas, se cultiva por el sistema extensivo ó del gran laboreo, mientras que en Fran-

cia se va generalizando el sistema intensivo, que consiste en labrar poco para producir mucho, bueno y con poco gasto.

Es, pues, indudable que en España no se corre el peligro de que los montes desaparezcan entregándose á la industria particular; primero, porque en más de veinte años que llevamos de desamortización y venta de aquéllos no ha sucedido tal cosa, y segundo, porque la población de España, relativamente á su extensión superficial, no puede demandar más terrenos para destinarlos á la agricultura. Se corre, sí, el riesgo de que se deterioren, ó de que sufran demasiadas talas y entresacos; pero esto, sobre ser una consecuencia de la propiedad y de la libertad individual, es un mal ménos grave que el de la amortización, y puede además neutralizarse por medio de las repoblaciones.

IV.

Réstanos examinar, y vamos á ser muy breves al hacerlo, los peligros que corren los montes públicos mientras el Estado ó el Municipio conserva el dominio y la administración. El primer peligro para éstos, lo mismo que para las cañadas, cordeles, veredas, abrevaderos, descansaderos, y en general para todas las fincas de monte ó labor y para todas las servidumbres pecuarias, está en los terratenientes limítrofes, que no siempre tienen la conciencia bastante para respetar lo que no es suyo, y que, poco á poco, van entrándose en dichas heredades roturándolas, ó variando los hitos y mojones, para apropiarse de ellas y reducirlas, buenamente, á su dominio. El segundo peligro está en los vecinos de los mismos pueblos, que, acostumbrados por la antigua legislación á apoderarse de un perímetro de terreno para desmontarlo, acensuarlo, redimir después el censo, componerse, como ántes se decía, con la Real Hacienda y quedarse dueño de él, en dominio pleno, no han respetado que los montes estén comprendidos en los planes de aprovechamientos forestales, ni que sean del Estado, ni que constituyan dehesas boyales, sino que, agujoneados los pobres por la conducta de los más pudientes, han hecho en todas partes desmontes y pequeñas labranzas, que no pudiendo figurar en los amillaramientos, por su carácter ilegal, dejan también de contribuir al impuesto. El tercer peligro está en que los pueblos han llegado á creer que los bienes de propios que vende el Estado no les aprovechan de nada, por cuanto los réditos del 80 por 100 que les producen las inscripciones intrasferibles no se les pagan por la administración, mientras que ésta les apremia por sus débitos al Estado ó á la provincia, y de aquí que sean poco celosos para evitar las intrusiones. Y el cuarto y último, está en la política que, manifestándose en los pueblos por los grados de protección que los Gobiernos dispensan á sus parciales, y convirtiéndola éstos en una especie de autorización para toda clase de abusos, han hecho de los montes públicos, sin necesidad de comprarlos, patrimonios individuales, unas veces talando y maderando árboles, á espaldas de los ingenieros y guardas del Cuerpo, y otras haciendo informaciones posesorias, en connivencia con los Ayuntamientos, que han expedido las certificaciones, para inscribir tal ó cual suerte en el registro de la propiedad. Todos estos peligros se han tocado y desgraciadamente se están tocando en muchos pueblos, y una prueba de ello es lo que ocurre, según de público se dice, en la provincia de Cuenca.

Si, pues, la Administración no tiene medios bastantes para conservar los montes; si en poder suyo están expuestos á la codicia particular que cuando no se apodera del suelo y vuelo de aquéllos es por que destruye éste para su momentáneo provecho; si es incuestionable que la acción y la iniciativa individual es superior á la acción colectiva, tanto para conservar como para mejorar, es también evidente que el verdadero interés público aconseja que, lo mismo los montes que todos los demás bienes del Estado que no sean de una necesidad absoluta, se vendan, porque de lo contrario corren el riesgo de perecer.

Lo único que á la Administración toca, si ha de velar porque los servicios generales y especiales que prestan los montes se realicen de una manera ordenada y provechosa para todos los intereses, es

fomentar la repoblación de árboles, lo mismo en las sierras incultivables que en los valles y llanuras destinadas constante ó periódicamente á la labranza. Para conseguir este objeto no es el mejor camino ni será el medio más eficaz el que determina la reciente ley de repoblación, sino otro más conforme á la ciencia y al interés económico como lo es el de estimular y proteger la iniciativa individual. Obligar al labrador á que plante árboles á distancia de 15 ó 20 metros, á cuidarlos y reponerlos si perecen, sin otorgarles por esto ningún beneficio que les sirva de aliciente, es completamente ilusorio; por eso la proposición de ley del Sr. Marqués de Bogaraya, presentada al Congreso en 7 de Mayo de 1868, por más que revelaba una gran ilustración y un gran criterio agrícola, no pudo prevalecer, como tampoco dará resultados prácticos la ley votada por estas Cortes.

No hay, para conseguir la repoblación, más que dos caminos: ó que el Estado otorgue premios, distinciones y beneficios materiales, si es posible, al que plante y críe tal ó cual número de árboles, ó la formación de una gran empresa que, con capital, con hombres de ciencia y con el interés que despierta una utilidad próxima ó remota, acometa esta obra, ya comprando terrenos, ya concertándose con los dueños de éstos para repoblarlos. Del primer medio, que algunos publicistas modernos creen preferible, hay que desconfiar mucho, no por el procedimiento, sino por la incuria de los gobiernos; del segundo, que parece más atrevido, pero quizá más eficaz, tenemos un breve pero elocuente bosquejo en el folleto que hace poco tiempo publicó el Sr. D. José Manuel Casado.

Discurrir sobre la conveniencia de estos problemas, para satisfacer la necesidad general de la repoblación de árboles, es asunto demasiado largo y exige por su importancia un artículo aparte, que harémos en otra ocasión.

F. CALVO MUÑOZ.

GABRIELA,

NOVELA ORIGINAL

DE LA

Señora doña TERESA ARRONIZ y BOSCH,

autora de la novela MARI-PÉREZ, premiada por la Real Academia Española.

CAPÍTULO VII.

Entregado á sus pensamientos, Bracamonte rodeó la fuente de Cibéles, dejó á la izquierda los jardines y siguió el paseo adelante.

El entonces Circo de Madrid, ántes y luego del Príncipe Alfonso, cerrado ya, no dejaba escapar rayo de luz alguno por sus cuadradas ventanas. Ni una luz, á excepcion de la desmayada de las farolas, brillaba tampoco en el barrio de Salamanca, dilatándose las calles de árboles de la Castellana entre las sombras que las envolvían y la luna en menguante no se apresuraba á iluminar. Siempre concentrado en sí mismo, Bracamonte anduvo á buen paso el espacio abierto entre jardines y alamedas, internándose en éstas sin cuidarse de la soledad del sitio, de lo avanzado de la hora, de la exposición á un mal encuentro, ni del relente que caía y acababa de empapar el piso, regado por la tarde con profusión hasta cubrirle á trechos de lodo.

Todo estaba desierto y silencioso. Dos ó tres coches pasaron, perdiéndose el ruido en el ancho espacio; dos ó tres hombres con quienes se cruzó, con su paso callado y sus trazas sospechosas, mostraron los peligros que podían sobrevenir: no léjos, dos guardias de orden público hubieron de acreditarle cómo se cuida de la pública seguridad; mas sin fijarse en los que vigilaban ni en los que se recataban, sin acortar su paso ni detener su marcha, ni alzar la inclinada frente, llegó al obelisco, envuelto, como todo, en la sombra donde se perdía la estrella de bronce en que remata.

Cual si aquel fuese el término de su nocturno paseo, Bracamonte tomó asiento en uno de los que rodeaban el círculo, se quitó el sombrero, medio se volvió, puso el codo en el respaldo, y apoyando

(1) *La Epoca* del 24 del actual.

(2) FIVALLER, *Revista Forestal*, tomo I, año 1869.

(3) El mismo autor, *ibid.*

la cabeza en su mano doblada, fijó su vista en el vacío, lleno á la sazón por la espesa masa de tinieblas que los trémulos resplandores de las estrellas no bastaban á esclarecer.

Por la violencia misma de la reacción, su cabeza y la mano en que se reclinaba, ardían como si el fuego de la fiebre le devorase.

Más de una hora trascurrió sin que saliese de las meditaciones que tan hondamente le absorbían. Todos los ruidos de la población que la brisa traía en sus alas, fuéronse apagando hasta extinguirse; la luna comenzó á despuntar en el horizonte; replegándose la sombra, abría paso á su blanca y melancólica luz, y ésta derramaba sus rayos en los hoteles, sembrados aquí y allá, bañaba las arboledas reflejándose en sus hojas, y hubo un momento en que la naturaleza pareció reposar en el seno de la calma.

Turbándola de repente, resonaron por la parte de Chamberí lejanos pero fuertes ladridos de vigilante can; siguió de cerca el seco estallido de un disparo hecho sin duda al fantasma del miedo, pues ni respondieron ayes, ni gritos, ni se oyeron carreras, ni se vió ser viviente cruzar por ninguna parte. Sirvió la detonación, eso sí, de oportuno aviso, pues Bracamonte, arrancado á su abstracción, se incorporó, cubrióse, abandonó su asiento, dirigióse á la calle de árboles por donde viniera, ahora iluminada por la luna que se iba elevando en el firmamento, y deshaciendo el camino andado llegó á su casa donde su ausencia no inspiraba inquietud alguna.

Su ayuda de cámara se dispuso á prestarle sus servicios. Bracamonte le despidió sin recibirlos, y luego, sentándose en la *otomana*, volvió á mirar al vacío con la misma intensidad y fijeza que en la Castellana. Ni aún la respiración movía el pecho sobre el que debía gravitar una mole más pesada que la del mundo, comprendiendo con desesperada amargura que la pequeñez de fuerzas del hombre no puede hacer frente á la muerte; que contra ella no hay soluciones posibles.

En Junio las noches son tan breves que, no incluyendo los crepúsculos, apenas llegan á siete horas. Pronto los primeros albos enrojecieron el horizonte; nubes de color de rosa orladas de plata se agrupaban á Oriente; la dorada luz de la aurora eclipsó la blanca y argentada de la luna; la brisa matinal movía blandamente las ramas de los árboles, cubiertos de tiernos pimpollos; mecándose en ellas los pajarillos, comenzaban á cantar alegremente saludando al día, que se presentaba vestido de resplandores.

Bracamonte abrió el balcón, y saliendo á él, recostóse en la calada baranda. Sus labios estaban marchitos; su frente, ajada y mustia. Sin placer y sin ansia respiró algunos momentos el ambiente saturado del aroma de las flores y de las emanaciones un poco ásperas pero salutíferas que la brisa traía del Retiro. Quiso esperar á que el mundo viviente despertara y se moviese, pero el mundo viviente es perezoso de suyo, la ansiedad le devoraba, y á las cuatro salía de su casa, no para repetir el paseo de la noche anterior, ni para llevar á las umbrías del Retiro sus meditaciones; pues dejando á la espalda los jardines que convidaban con su frescura, y el convento de San Pascual, cuya puerta permanecía aún cerrada, ciñó la verja del parque del Ministerio de la Guerra hasta doblar la calle de Alcalá, por la que comenzó á subir á paso lento y medido.

Andávola en toda su extensión, cruzó la Puerta del Sol, siguió la calle del Arenal, la plaza de Isabel II, entonces de la Comedia, y por la calle de Carlos V salió á la plaza de Oriente. Allí, como en Recoletos, como en todo el trayecto recorrido, la vida despertaba regocijada y risueña en toda la naturaleza. Torrentes de luz, serenidad, armonía, flores que abrían sus broches; flores cuyos pétalos bordaba como de perlas el rocío, trinos, gorjeos elevándose á los cielos en himnos de adoración... pero todo desierto: el mundo animado permanecía sumido en reposo.

Sus ojos no se fijaron en el Palacio Real, que desierto también á la sazón, acusaba los rudos vaivenes de la fortuna; ni en las estatuas que circundan la plaza, recuerdos de la turbulenta dominación goda unas, de nuestra gloriosa Reconquista otras; ni en los árboles que alternan con ellas, cuyas hojas emulaban el color de la esmeralda; ni

en las neblinas que se levantaban del río, blancas, flotantes y transparentes: sus ojos medio enrojecidos por el insomnio, á los que tanta fuerza de luz herían y fatigaban, fueron á clavarse así que los descubrió en los antiguos edificios de la calle de Noblejas. Sus ojos iban allí donde estaban horas hacía su corazón y su pensamiento.

Por instinto—y decimos instinto, porque en Bracamonte no había plan—torció á la izquierda y comenzó á subir por la calle de Lepanto. El primer ruido que oyó fué el de un coche que se acercaba con rapidez por la calle de Carlos V, y que á breves instantes alcanzó y dejó atrás, pasando con la velocidad de su carrera.

Era el coche de la Baronesa.

Oprimióse dolorosamente el corazón; los presentimientos revistieron los más sombríos de sus colores, y acosado por ellos, siguiendo la ruta del carruaje, llegó á la calle de Noblejas, cuyo escaso vecindario permanecía entregado á las dulzuras del sueño.

El coche estaba parado á la puerta de la señora de Castro. ¿Venía por la Baronesa? ¿Traía de nuevo con su amiga? Bracamonte necesitaba saberlo, y se aproximó resueltamente á preguntarlo.

Llegó, pues, á punto de abrir el jockey la portezuela para que montasen los que se iban, porque en el interior no había nadie, y saliera el ama del portal con el niño en los brazos dormido y cubierto con su capelina blanca. Seguía la doncella de la Baronesa llevando á la niña de la mano.

Para montar dió Nicanora el niño á la doncella, volvióse ésta así que aquélla tomó asiento, cogió en sus brazos á la niña, en cuyo rostro infantil estaban frescas las huellas del llanto, y besándola repetidas veces iba á depositarla en el coche, cuando la voz de Bracamonte se hizo oír paralizando su acción, pues antes de llegar—lo que hemos referido fué instantáneo—le preguntó:

—¿Y la señora?...

Volvióse la doncella, y entre maravillada y dolorida, respondió:

—¿Considere V. cómo estará... traspasada de pena!

—¿La señora de Castro continúa mal?...

Desde el fondo del coche, la montañesa, que estaba convertida en un mar de lágrimas, exhaló fuerte y doloroso gemido.

—¿Y tan mal! contestó la doncella moviendo la cabeza gravemente. Casi ha sido preciso martizarla para que se reanime un poco. Ahora, añadió, está confesando, y en seguida se le dará el Viático y la Santa Unción... si la alcanza.

La montañesa, que con creciente congoja proseguía llorando, prorumpió con desentonado y ronco acento:

—¡Ayer tan buena que llenaba el mundo, y hoy en agonía!... ¡No parece sino que le han dado un tiro... una puñalada!...

—¡En la flor de la vida! añadió la doncella con sentimiento; la señora dijo anoche á los señores de la junta, que no tiene aún treinta años; pero todavía más que su muerte, me parten el corazón estos dos pobres niños, que van á quedar sin madre.

La mirada de Bracamonte se fijó en la muda y llorosa niña amenazada de la desgracia mayor que puede caer sobre la débil é inocente infancia; la niña, medio abrazada á la doncella, tenía la suya clavada en él; pero al cruzarse, rompió en sollozos, y hosca, espantada, para huirla escondió el rostro en el pecho de la joven, que, para consolarla, cubrió de besos sus cabellos y su sien.

Todo aquello, rápido, instintivo, completamente indeliberado y casual como sucedía, causó horrible daño á Bracamonte. Hizo en él lo que el puñal que se clava y se revuelve destrozando el corazón.

En silencio sacó su cartera, de ésta una tarjeta, y sirviéndose del lapicero, escribió en el respaldo:

«Me ha traído la ansiedad que me devora: no puedo dominarla. Volveré.»

Y dándosela dentro de un sobre á la doncella, le dijo con acento cortado y frío:

—Dé V. á la señora Baronesa.

—Al momento, respondió la doncella tomándola. Si tiene respuesta, añadió previniéndole, quizá no pueda dárla, pues según el doctor, *esto va*

muy de prisa. Por eso mi señora ha dispuesto que el ama y los niños se vayan á casa para que no presencien el terrible trance...

Más dijera, pero llamaron de dentro; la doncella puso apresuradamente la niña dentro del coche, cerró el jockey y el carruaje dió la vuelta para bajar por la calle de Lepanto.

CAPÍTULO VIII.

Sin darse cuenta de lo que hacía, sin pensar en lo que debía hacer, volteando en su mente con rapidez vertiginosa cuanto acababa de oír, Bracamonte se dirigió en pos del coche; pero antes de llegar á la calle de Lepanto por donde aquél descendía, siguió por la de Ramales, y saliendo á la de Santiago, se encontró delante de la iglesia que, en tan temprana hora, sólo tenía un postigo abierto. Subió las gradas, empujó una de las puertas laterales del cancel, penetró en el templo, siguió por la izquierda hasta llegar á la capilla que sirve de ingreso á la sacristía, y refugiándose en la sombra arrodillóse, inclinó la frente, cruzó los brazos sobre el pecho, abstrayéndose en la concentración de sí mismo.

En el regazo materno, Bracamonte aprendió á conocer á Dios, á amarle, á temerle y á rendirse á su santa y divina voluntad; más tarde, en el colegio, aprendió las verdades de su sacrosanta religión; pero su grandeza, su omnipotencia, su majestad, no se le revelaron hasta que pudo contemplarlas en el firmamento bordado de innumerables y brillantes astros, en la extensión de los mares de azul y rizada superficie, de espumosas y embravecidas olas; en la inmensidad del espacio, pobre y pequeño reflejo de la inmensidad de *Él* que lo abrió con su diestra creadora; en la rugiente y desatada borrasca, en el trueno pavoroso y el rayo incendiario y destructor... Bracamonte en sus largos viajes de marino, en sus noches de meditación, había visto á Dios señalando en el cielo los derroteros de las naves, tan fijos y tan seguros, que la guían de polo á polo; habíale visto acallar la tormenta, hacer á los huracanes plegar sus poderosas alas, y á las turbias y ensoberbecidas ondas serenarse... y Bracamonte le buscaba detras de las puertas del dorado tabernáculo y le imploraba en la honda amargura de su alma y en la horrible agitación de su espíritu sin orar, pues no era aquel el momento de las fórmulas.

A poco el sacerdote que acababa de recibir la confesión de Gabriela pasó como una sombra por su lado, y sin más tardanza que la brevísima de algunos segundos, tornó revestido para llevar el sagrado Viático á la moribunda.

Cinco ó seis devotas humildemente vestidas, unas arrodilladas al pie del confesonario, otras orando delante del comulgatorio, eran con Bracamonte las solas personas que se hallaban en el templo. No había, pues, quien alumbrase al Santísimo Sacramento, y el sacristán, acercándosele, preguntóle si quería acompañar á su Divina Majestad.

Antes de responder Bracamonte tuvo un instante de indecisión; pero vencida, hizo un signo afirmativo, y levantándose, le siguió al comulgatorio. El sacerdote, que ya esperaba, abrió el sagrario, sacó del Copon la Sagrada Forma, púsola en el dorado viril y el sacristán sacudió la campanilla.

A su eco Bracamonte sintió una sensación tan indefinible, pero tan punzante, que estremeció su ser.

Las humildes y piadosas mujeres, pobres las más y ancianas todas, se colocaron al tránsito, y después de golpear el pecho y adorarle, se levantaron para seguir detras del Santísimo Sacramento.

El sacerdote iba rezando el *Miserere*, respondíale el sacristán, sin dejar de sacudir á intervalos la campanilla, y en aquella forma llegó el grupo á la calle de Noblejas. A su llegada á casa de Castro abrióse la cancela de cristales, y sacerdote y acompañamiento subieron la escalera, entraron en la sala, y sin detenerse, pasaron al gabinete.

Ni la Baronesa, que cubierta con el manto y una vela encendida en la mano salió á recibir á la puerta, ni Bracamonte, que entró rozándose con ella, cambiaron palabra ni saludo. El que venía,

venía con *Aquél* ante quien caen como piedras desprendidas los odios, los rencores, los pobres respetos humanos, hijos todos de las humanas miserias. ¿Quién, viniendo con Dios, hubiera osado detenerle?

Como en el templo, Bracamonte se arrodilló en la sombra; mas la alcoba, iluminada por las luces del altar improvisado á los pies del lecho, permitíale ver todo lo que en su fondo se encontraba.

Cubierto de blanco, el lecho ostentaba, como la colgadura, descuidadamente plegada y recogida, el sello de la castidad. Allí en su fondo yacía Gabriela, pálida, inmóvil, hundida la cabeza pesadamente en las almohadas, ménos blancas que ella. Sus brazos se tendían inertes á lo largo del cuerpo, cuyas formas se perdían entre las ropas, y sobre su negra y rica cabellera la Baronesa había echado el mismo velo que llevó á casa de Bracamonte, medio cubriendo su frente.

El sacerdote que administraba, venerable anciano de cabellos blancos y tez rugosa, con acento lleno de unción, comenzó las preguntas que constituyen la profesión de fe del cristiano: á cada una de ellas Gabriela, con su dulcísima voz casi apagada, pero con toda la firmeza de sus convicciones, respondía:

— Si creo.

Hecha la protestación, y descendiendo de las eternas verdades del dogma á las disposiciones necesarias al Sacramento que iba á recibir el sacerdote, preguntó:

— *Además de esto, ¿perdonais de todo corazón á todos los que os han hecho alguna injuria ó dado algún pesar?*...

Evocados por la pregunta, debieron de pasar por delante de Gabriela, su marido á quien tanto había amado y tan indignamente la había vendido, y en pos suya Lelia Ardariz, llevando en triunfo la conciencia y la honra de aquél; porque sus ojos fueron á clavarse en el Cristo del altar, y su voz vibró dolorosamente al responder:

— ¡ Si perdono!

El sacerdote continuó:

— *¿Pedís asimismo perdón á aquellos que en algún tiempo habeis ofendido por palabra ó por obra?*...

Bracamonte debió venir á su mente, y debió venir rodeado del amor que dió su último deslumbrante relámpago pocas horas hacía; de sus últimos favores, tan completos como la Baronesa le pudo testificar; quizá fué más lejos el pensamiento que, con la clarísima luz que derrama la que va á espirar, volviéndose á lo pasado, le mostró su lucha con la muerte en la soledad y el abandono, mientras ella, coronada de flores, llena el alma de gozo, ponía entre los dos el juramento que los separaba para siempre; pues juntando las manos y elevándolas al cielo:

— ¡ Si pido! respondió con acento suplicante.

La violencia del esfuerzo supremo que había hecho, comunicó á su voz algo semejante al sonido que da la cuerda del arpa cuando salta rota en pedruzcos.

Bracamonte inclinó la frente: la Baronesa tenía la suya hundida en la orilla del lecho, á cuyo pie estaba arrodillada.

Tomó el sacerdote la Sagrada Forma, y elevándola con majestad dijo:

Ecce agnus Dei, ecce... qui tollis peccata mundi. Y se acercó al lecho.

El sacristán sacudió tres veces la campanilla, no hiriendo sino destrozando con su eco las fibras de Bracamonte.

Después del Viático, Gabriela recibió la Extremaunción. Estaba en su acuerdo; movía los labios, pero ya no articulaba sonido alguno, y su semblante iba por momentos tomando la aterradora palidez, la aterradora inmovilidad de la muerte.

Concluida la ceremonia, el sacerdote comenzó el himno con que la Iglesia celebra sus alegrías, y el grupo en la misma forma que había venido, se encaminó á la escalera. Al sentar el pie en el primer peldaño, entre el sordo rumor de pasos de los que precedían y la voz del sacerdote que continuaba su cántico de alabanza, Bracamonte oyó distintamente á la Baronesa decir con acento fervoroso, y á la vez henchido de pavor:

— ¡ Jesus, Jesus, Jesus!...

Sin ser dueño de contenerse, volvió la cara y vió á los criados que venían con luces para despedir el

Santo Viático, atropellarse para entrar corriendo en la sala; pero el grupo continuaba bajando por la escalera y él bajó también y siguió hasta la iglesia, entrando como los demás por el abierto cancel.

Bendijo el sacerdote con el Santo y augusto Sacramento á los que le habían acompañado, reservó en seguida, y mientras se dirigía á quitarse los ornamentos, Bracamonte abandonó el templo dispuesto á volver á la calle de Noblejas; mas á la mitad de la de Ramales se detuvo: el balcón del gabinete de Gabriela estaba abierto.

De un vuelo había salvado la eternidad.

El sol iluminaba la fachada del Palacio Real, las copas de los árboles, las estatuas que circundan la plaza, la verja que circunda la estatua ecuestre de Felipe IV — entonces el pedestal: — Oíase el rumor de las fuentes de los jardines, el alegre trinar de las aves y la voz de los primeros vendedores de refrescos. Bracamonte, después de contemplar el abierto balcón, se hundió el sombrero hasta las cejas, y torciendo, para abreviar, tomó por la calle de Lepanto.

Un dolor seco, horrible; un dolor que le destrozaba el corazón como si una mano de hierro se lo estrujara y retorciera; un dolor que en su intensidad se concentraba abismándose en sí mismo, que no salía á la superficie sino por la cenicienta palidez que cubría su faz, se hacía sentir en Bracamonte; pero tan poderoso, que gastaba su fuerza quebrantándole, rindiéndole como el roble se rinde por el huracán.

En su mente, en su oído, en su corazón, resonaban sin cesar el tañido de la campanilla, el «*Si pido*» de Gabriela y el «*¡ Jesus!*» de la Baronesa: sus ojos no veían más que el cuerpo inerte aplanado en el lecho, la frente medio velada por el encaje, con su blancura de azucena; el balcón abierto denunciando la muerte: sus labios... ¡ no! sus labios siempre mudos no daban paso ni á un suspiro; pero con el pensamiento y con el alma y con el violento latido de todo su ser, repetían y repetían:

— ¡ Gabriela, Gabriela, Gabriela!

A las seis entraba en su casa: Madrid comenzaba á despertar.

Momentos después se tendía vestido en el lecho, y hundiendo el rostro en la almohada, llamaba con sorda voz á la que Dios en su infinita misericordia había llamado para sí.

CAPÍTULO IX.

El día más hermoso de estío que Dios pudo mandar á la tierra para darle luz, calor, vida y alegría, se acercaba á su fin. En el éter purísimo, casi luminoso del cielo, parecía dibujarse una sonrisa de divina complacencia de su Creador, y elevarse de la tierra, cubierta de flores, mieses y regalados frutos, universal y gozoso concierto de bendiciones.

Era víspera de San Juan: como de costumbre, en el Prado hallábase todo dispuesto para la verbena, en continuidad perpétua de sus antiguas y alegres tradiciones; las calderas de aceite hirviendo chirriaban cubierta la superficie de su ancha boca con los huecos y sabrosos buñuelos que freían para ser saboreados después en las improvisadas tiendas entre copa y copa de aguardiente; mientras allá en la Plaza Mayor, en forma todavía más popular, extendíanse en doble línea las rosquillas de Fuenlabrada, los vendedores de avellanas, de ramas de grosellas, cerezas y garbanzos tiernos: los puestos de San *Juanitos* con pellicos de algodón, sombreros de pastor y estandartillos en la mano; los innumerables tiestos de claveles, albahacas, geranios y luisas, prolongándose hasta salir de la Plaza por el arco de Santa Cruz, cogiendo con las floreras uno y otro lado de los soportales.

A pié, y abriéndose paso entre la muchedumbre que comenzaba á bajar por ambas aceras de la calle de Alcalá, Bracamonte pasó por delante del palacio de Alcañices, y doblando la esquina de la calle del Turco, se dirigió á la morada de la Baronesa, á la que desde el acto solemne de recibir Gabriela los Santos Sacramentos no había vuelto á ver más.

Entregada á sus tristes y dolorosos cuidados, Rosa María telegrafió á Castro, previniéndole con el anuncio alarmante del peligro, y telegrafió á la

Embajada, para que le diesen la funesta nueva del fallecimiento de su esposa. Mas tarde volvió á telegrafiar á Castro pidiéndole instrucciones. Lleno de ansiedad que calificaba de devoradora y mortal, Castro contestó al primer telegrama preguntando si daría tiempo el estado de la enferma para que pudiese llegar á Madrid antes de que se la arrebatase la muerte: telegrafió de nuevo repitiendo la pregunta y anunciando que todo lo tenía dispuesto para partir, y por la noche expidió el tercer telegrama, delegando en la Baronesa todas sus facultades sin reserva alguna.

Aun se cruzaron algunos telegramas; Castro, según decían de la Embajada, y según anunciaba el secretario de la Comisión, se hallaba enfermo y abatido. La terrible desgracia que tan inesperadamente le hería, lo impresionaba al punto de no poder por sí mismo ocuparse en nada: vivía para su dolor.

En tal estado, la Baronesa le escribió al día siguiente del entierro de la desventurada Gabriela.

Delicadísima en todo, guardaba con el marido profunda reserva sobre cuanto precedió á la pronta y desgraciada muerte de la mujer, haciendo partir su relato del punto y hora en que por la noche se trasladó á su lado avisada por la fiel y afligida Nicanora.

«A fuerza de reactivos — le decía, siempre parca en frases y pormenores — se logró galvanizarla devolviéndole por espacio de tres horas la razón y la palabra. Usted y sus hijos no habían salido aún del corazón que ya no daba latido alguno; y por V. y por sus hijos, Dios me dió poder y facultad de tranquilizarla, respecto á V., con dos seguridades; respecto á sus hijos, — que desde aquel instante miro como míos — con otras dos, y murió en paz, murió en el Señor, purificada, justificada y santamente.»

Luégo dábale cuenta clara y detallada de todas las disposiciones que había tomado referentes al entierro y funeral, manifestándole, por último, que, contando de antemano con su aprobación, se había traído á los niños, al ama y á la doncella, á su casa, quedando Marcelina, de quien la fidelidad era probada, al cuidado de la suya, después de inventariar, cerrar y sellarlo todo.

Castro contestó extensamente á vuelta de correo.

En su carta, impregnada de honda y acerba melancolía, pintaba con elocuencia su pesar elevándolo á la altura de las desolaciones; hablaba luégo de la inmensa desgracia de sus hijos al perder á su madre, la mejor y más amante de todas las madres; dábala las gracias con efusión por sus valiosos favores, aprobando todo lo que había hecho y él mantenía, haciendo suyas todas las disposiciones por ella tomadas. Dentro de la carta venía una ramita de ciprés suplicándola que la pusiese en el sepulcro de Gabriela con una corona de lirios y pensamientos.

Si la Baronesa, con sus nuevos deberes y sus muchos cuidados no había tenido ocasión de ver á Bracamonte, en cambio había pensado mucho en él y no poco echándolo de ménos; mas Bracamonte, después de haber acompañado el cadáver de Gabriela á su última morada; de haber contemplado, al identificar la persona, el rostro que la muerte no había descompuesto respetando su belleza; de haber puesto su nombre en la lista donde Ardariz tuvo la audacia de sentar el suyo; de haber dejado su tarjeta en casa de la Baronesa, — en la mortuoria no quedaba más que Marcelina, — entregóse en cuerpo y alma con prodigiosa actividad, con dominadora energía, y tino, y acierto y singular delicadeza en los procedimientos, á allanar las dificultades que se multiplicaban en torno de lo que entonces era gobierno, como se multiplican en la espiga los granos de aquel de que procede: á resolver en el terreno práctico los complicados problemas que pendientes de solución se presentaban más oscuros y pavorosos en las altas regiones de la política, sin permitirse tregua ni descanso en su tarea de titán.

Era, pues, entre los últimos resplandores de la tarde que moría, y los primeros destellos de las estrellas que comenzaban á brillar en el firmamento, cuando la Baronesa, que sentada en un banco rústico de su jardín se ocupaba en hacer un ramillete de las flores que la pobre niña de Gabriela se divertía en coger mientras su hermanito daba sus primeros trémulos pasos asido á la mano

de la enlutada Nicanora, recibió el anuncio de su visita, anuncio que la produjo fuerte y dolorosa sensación.

Acaso por huir de los recuerdos; acaso porque su iniciativa se encontró cortada; acaso porque el sitio armonizaba más con el estado de su espíritu y la clase de entrevista que iba á tener, ello fué que Rosa María le recibió en el jardín, por el que Bracamonte avanzó haciendo crujir la arena bajo su planta.

Cada vez más conmovida, la Baronesa le tendió la mano en silencio, devolvió la presión que recibía en la suya, y haciéndole sitio junto á sí en el rústico asiento, inclinó la frente para que no advirtiera las lágrimas que, desprendiéndose de sus ojos, rodaban por sus mejillas sucediéndose unas á otras.

Pasados los primeros momentos, Bracamonte, con afectuosa expresión, dijo:

— Baronesa, vengo á cumplir la palabra que di á V. la noche de San Silvestre.

El recuerdo evocado acudió íntegro á la mente de Rosa María, que sin poder dominar por completo su emoción, ántes bien aumentándose, respondió:

— Cierta: aquella noche fatal cruzamos una doble promesa.

Tímida y callada, la niña se acercó á la Baronesa, tomó sus flores y fué á llevárselas á Nicanora, quedándose á su lado triste, encogida y temerosa. Bracamonte la vió acercarse y retirarse, participando, por extraña é inexplicable simpatía, de la misma sensación que en la tierna é inocente niña se pronunciaba.

Después de seguirla con su mirada, de contemplarla cómo se estrechaba con su hermanito, cómo parecía querer embeberse en la forma misma de la cariñosa y honrada montañesa, confirmando su anuncio, dijo:

— La mía toca su fiel cumplimiento: de V. es mi última despedida.

En su sorpresa, Rosa María levantó la inclinada frente, y mirándole á la vaga y melancólica luz del crepúsculo que las tapias y el ramaje disminuían:

— Pues qué, ¿se va V. Bracamonte?

Éste, que aparecía tranquilo, sereno, impasible, pero más, mucho más que ántes, contestó afirmándolo con laconismo y la seguridad que acentuaba su palabra dándole carácter propio.

— ¿Y á dónde dirige V. el vuelo?

— A Cádiz, contestó; de Cádiz vine á Madrid.

— Vuelve V. al punto de partida.

— Vuelvo, después de haber recorrido el círculo.

— ¿Supongo que la ausencia será breve?

— No creo...

— ¿Se toma V. entonces tiempo ilimitado?...

— No me le tomo yo, Rosa, contestó Bracamonte en el mismo tono de afectuosa deferencia con que había empezado el diálogo; volveré cuando me lo manden, ó quizá no vuelva nunca.

— ¿Mandarle á V., Bracamonte!... ¿Quién... al menos por ahora?...

— Por ahora y siempre, mis jefes.

Y viendo revelarse la sorpresa llevada hasta el asombro, en el semblante y ademán de la Baronesa, añadió:

— Debí decirselo á V. ántes: he vuelto á ingresar en el Cuerpo de la Armada, y voy á mi departamento á embarcarme.

— ¿Bracamonte!, exclamó la Baronesa casi enderezándose en su asiento, ¿abandona V. su posición triplemente elevada y de la que es V., y cada día se hace más, triplemente digno?...

— Sí, Rosa, sí, y digno ó no digno de ella, la dejo para cobijarme bajo mis tres estrellas; pues por no querer más, no admito ni aún el abono de los años de servicio que me ofrecen, conmutando los hechos á mi patria por los que he dejado de prestarla en mi carrera.

Mirándole la Baronesa veía crecer su talla entre la sombra que comenzaba á invadirlo todo. Inclínándose hácia él, le dijo con acento suplicante:

— ¿Por Dios, Bracamonte! no se vaya V... De lo que hoy existe, es V. la piedra angular.

— Baronesa, el mundo político seguirá sin mí su movimiento de rotación, que no imprime— aunque de ello se vanaglorie mucho— ni la voluntad, ni el talento, ni la energía del hombre, con todos los medios de que dispone y las sublimes combinacio-

nes que lucubra en su mente y desenvuelve en su mesa de despacho; el mundo político seguirá girando por sí mismo sobre su eje sin detener ni acelerar su movimiento, por más que se le quiera impulsar progresiva ó retrospectivamente. Las ideas pesan más que los hombres: él arrastra, en virtud de la ley que le rige, cuanto se le adhiere: él realiza sus fines, que son muy altos, sin la cooperación, menos la dirección del individuo, demasiado pequeño para obligarle á que los cumpla en esta ó aquella forma. Por eso España ni gana ni pierde por tener un político menos y un oficial de marina más. Nada, Rosa, añadió, cierro el paréntesis y al mar.

— No arguyo, dijo la Baronesa cada vez más impresionada, pero recuerdo que en la vida pública se contraen graves y solemnes compromisos, de que la sociedad tiene el derecho de pedir cuenta.

— Verdad, pero los míos están llenos superabundantemente.

Volvió la Baronesa á mirarle, y poniendo al fin la mano sobre el corazón que cubría de hielo sus heridas, sin duda para que no las revelara al correr la sangre que manaban, le dijo:

— Pero, Bracamonte, ¿es que para V. no hay nada ya en la vida?...

— Sí, Rosa. Hay deberes, recuerdos, afectos, que no se destruyen jamás, y yo llevo los míos delante para cumplir con ellos como soy. Demasiado pensador, las exageraciones no caben en mí, como no pueden caber los olvidos ni las indiferencias; pero para vivir con el complemento de vida y de fuerza que reclama la lucha interna y externa del hombre, es necesaria, indispensable, la esperanza: para acometer grandes empresas, y darles cima, y triunfar, y elevarse, y ser... hácese preciso grande estímulo, muy grande, tan grande que cubra el mundo y no deje ver más que el punto de luz que se persigue y ha de darnos sus esplendores!... Mi esperanza, Rosa, murió hace diez años; mi estímulo queda en la sacramental de San Isidro, detrás de una losa de mármol negro.

Sonrióse, y luego, con acento cuya calma hizo estremecer á la Baronesa, añadió:

— ¿Para qué ya tanto trabajo?... Hagamos alto y descansemos.

— Convengo en ello: pero determinación de tanta trascendencia merecía haberse meditado más en frío.

— ¿Más en frío que sobre la muerte?...

La Baronesa no replicó, y corrieron algunos instantes en silencio, que cortó Rosa María preguntando con timidez:

— ¿Cómo queda Castro?

— Bien, contestó Bracamonte sin que voz ni tono sufriesen la más leve alteración. El sepulcro de su esposa y su lealtad de V. guardan y defienden su secreto. Las sombras de su mancha sólo se extenderán sobre mi estela.

— Bracamonte, dijo Rosa María levantando la diestra y mostrándole el firmamento oscuro bordado de incontables y resplandecientes estrellas, Bracamonte, ¡allí está Dios!

— Lo sé, Baronesa; ¡allí le busqué y le vi la noche del 1.º de Junio!

— Pues bien, no creamos en impunidades.

— Entra por mucho en mis convicciones que no las hay; pero guarde V. cuidadosamente la herencia de honra que, comprada con su vida, ha legado á esos pobres niños su desventurada madre: Lelia Ardariz va á Londres.

— Juré á Gabriela que sus hijos no irán á poder suyo... y no irán. Su herencia de honra está asegurada con fuertes garantías. Mas temo por usted, Bracamonte, y más me aflijo.

Los sollozos embargaron su voz. Bracamonte se alzó perezosamente de su asiento, y alargando sus dos manos á la Baronesa:

— Rosa, mi buena amiga, la dijo con indefinible expresión de respetuosa ternura, no llore usted... se lo ruego. Entre lo que abandono nada queda de valor, porque á V. no la dejo ni la dejaré jamás. Recuerdo viviente de la hora de amargura más horrible de mi vida; noble y generoso corazón que no excluye á nadie de sus afectos, que tiene lágrimas para todas las penas, me siento tan adolorido á V., que sólo podrá separarme lo que no hay vínculo que no rompa, ni corazón que no hiele: no deseo, no me interesa, no me halaga, no

me consuela otra idea que la de no ser olvidado por usted.

La Baronesa se levantó, soltó las manos que aquél retenía, y abriendo los brazos para recibirle en ellos:

— Bracamonte, le dijo, la última despedida queda en el alma: penetre en la de V. lo que la mía le desea, ¡fortaleza y paz!

Bracamonte la estrechó sobre su corazón reteniéndola un momento en él; luego puso los labios en su frente, y separándola con afectuosa y animadora expresión, dijo:

— Mi buena y querida Rosa, ¡hasta la vista! La locomotora da su primer silbido.

Con efecto, traída por la mansa y perfumada brisa, se acababa de oír la del tren del Mediodía.

La arena hollada por su planta volvió á crujir, poco después se le vió pasar por la iluminada galería, y media hora más tarde, solo en su coche, corría en dirección á Cádiz.

El paréntesis abierto por el marino quedaba cerrado y volvía al mar.

Es decir, á la inmensidad, á los peligros y á Dios, ¡cuya diestra tan visiblemente se patentiza en ellos!

FIN.

EL DESCANSO.

Quando la tarde caiga y tu último tiro haya encendido la primera estrella, ¡séntate á descansar, ¡oh cazador infatigable! Si oíste tu pretina diez piezas, si tus perros tienen su hocico hirsuto tinto en sangre, cruza tus manos sobre la escopeta y duérmete soñando con la Arcadia.

POUCHKINE.

El descanso es hermano mayor de la pereza, pero así como acontece en las familias humanas que uno de sus individuos sata todo el talento, toda la gallardía que debiera haberse repartido entre los demás hermanos, así el descanso es tan merecedor de alabanza como despreciable la otra señora, y tan santo él, como ella digna de vilipendio. ¡Vayan noramala los hipócritas que proscriben el descanso, y dicen que es más cuerdo vivir en perpétua actividad! La rueda que gira chirriando; la campana que voltea y canta allá en las alturas, el piston de la automóvil; el arco del violin; el cerebro humano... todas las cosas, altas y bajas, grandes y pequeñas, lo mismo las de simplicísima organización que las más difíciles y complicadas, trabajan para descansar, como se nada por llegar á la orilla. Don Quijote decía que el pelear era su descanso, y, sin embargo, se permitía sus sueños, y así que llegaba á las ventas que él tenía por castillos, era su primer cuidado el de que le aderezasen una cama donde entre tiritones y agujetas solía tomarle el caballero Morfeo hasta la madrugada. El inglés, ese incansable trabajador, ese genio del comercio, permanece el domingo entregado á dulce holganza; la hormiga, que es el inglés de los insectos, duerme también cuatro horas, según Newton, que se pasó cinco años estudiando las costumbres de esos afanosos y vividores enjambres.

Digase, después de tanto ejemplo, caso y cita, si será justo que el cazador haga lo que le aconseja el poeta ruso, y después de un largo día de caza, se siente en la primera piedra que á mano halle, para que mientras sus músculos recobran el cansado vigor y sus pulmones se desahogan de la agitada respiración de una marcha fatigosa, pueda irradiarse su pensamiento en la grata contemplación del espléndido panorama de la naturaleza.

En lo que debéis proceder con cautela es en la elección del sitio á donde os acojais para descansar. Un libro que tenemos sobre la mesa y que se llama *El Amigo del cazador*, impreso en Barcelona el año de 1793 (el mismo año de la revolución francesa), da, respecto á este particular, los siguientes consejos, dignos de mención:

«Si es por el estío, huyase de toda sombra de hoja, como haya alguna de peñasco. Estas son las que refrescan, sin paralizar la *función sudorífica*, mientras que las otras secan súbito la humedad de la piel, enfriándola demasiado.»

Digase ahora si nuestros abuelos no eran hombres entendidos en higiene, y si podemos vanagloriarnos nosotros de haber engendrado esta cien-

cia. Depongamos tan presuntuosa idea y aceptemos el sano consejo que el librito barcelones nos ofrece. Busquemos una sombra de peñasco, donde la *funcion sudorífica*, como el higienista dice, no se detenga, y gocemos del placer que al cuerpo y al alma depara la ocasion.

¡Qué dulce es el silencio de los campos! La voz humana no le interrumpe con su ruido; sólo acaso el lejano clamoreo de una campana viene á estremecer en ondas sonoras la atmósfera poniendo el oído en actividad. Desde lo más alto de la techumbre del cielo, cuya azul concavidad parece haberse más ahondado para contemplar mejor las hermosuras de la tierra, el sol arroja á torrentes su esplendorosa claridad, dando á los objetos encantadoras apariencias con su potente fuerza pictórica. Las sombras de las zarzas y cabrahigos que tre-

pan sobre todas las peñas, semejan borrones de tinta al diseñarse duramente sobre el uniforme color amarillo de los sembrados; el mísero pueblecillo que á lo léjos nos saluda con el penacho de humo de sus chimeneas, háblanos del hogar donde una mano cariñosa adereza la rústica y sabrosa cena; los perros que, anhelantes, trasudando y con la lengua fuera, nos rodean echados sobre sus patas, en actitud de meditadora esfinge, son el emblema de la vigilancia y la lealtad; la negra escopeta que allí cerca hemos dejado, trae á nuestra mente la idea de la fortaleza humana que domina sobre todos los seres que pueblan el mundo; los palos del telégrafo que tal vez se descubren en el límite del horizonte, recuérdannos que mientras nosotros descansamos, hay hombres que velan por nuestra seguridad, por nuestro progreso y cultura;

y el idílico grupo que forma aquella pareja de bueyes sobre cuyo lomo brilla la esteva del labriego, mientras la corva reja desgarrá el seno de la pródiga tierra, infúndenos enternecedora alegría, ánimo para los afanes de la vida, y deseo de volver á la labor que abandonamos. Entonces es cuando le nacen alas al espíritu, y en rápido volar va desde la tierra al cielo, del hombre á Dios; entonces es cuando el sentimiento artístico hace palpitár nuestro sér, como palpita el seno de la madre al advertir el primer estremecimiento del nuevo hijo que la naturaleza le anuncia con dolores; entonces es cuando baja á la frente de todo hombre culto aquella lengua de fuego inspirador que á los paisajistas holandeses iluminaba y que hizo escribir á Topffer sus admirables páginas campestres.

El descanso es la observación de la naturaleza,



EL DESCANSO.

el reposo que toma uno de sus seres para contemplar la armonía de los otros; y la observación es el culto divino de lo bello, la puerta por donde la mente penetra en Dios infinito, para espaciarse en aquel templo sublime, cuyas líneas vagas pertenecen á la arquitectura de los sueños y de que son bóvedas los ámbitos celestes y límite la eternidad.

Siendo la caza ocasion de estas suaves emociones, no será lógico decir que sirve sólo para desarrollar instintos feroces y sanguinarios. Enhorabuena que acaeciera así con aquellos castellanos del siglo XIII cuya índole guerrera les hacía buscar en las expediciones venatorias, el símil de la guerra; pero hoy cambiaron tanto las cosas, dentro y fuera del sér humano, que el campo, la caza, los placeres idílicos de la naturaleza, constituyen uno de los principales goces de aquellas personas á quienes graves asuntos ocupan todo el año, y que al sustraerse á sus expedientes, á sus planos, á sus combinaciones numéricas, al ardiente oleaje de la pasión política ó al hervor de las disquisiciones filosóficas, buscan el agradable pasatiempo de la aldea, el ruido de las vibrantes bocinas que congregan á los devotos de San Huberto en lo más sombrío é intrincado del monte, ó el reposo de un

apartado rincón de la tierra, de ésos que están, como ha dicho el autor del *Sombrero de tres picos*, á cincuenta leguas de Madrid, á mil leguas del mundo!

Todo paisaje tiene su secreto: el que le penetra, goza plenamente de sus encantos; para el que no le escruta, permanece frío, insensible, adusto y torvo. Como la estatua de la fábula griega sólo se trueca de mármol helado en sonrosada y palpitante carne, con todos los estremecimientos del sensualismo, cuando se pronuncia ante ella el *Sésamo* del amor, así las campiñas no entregan la clave de su hermosura sino á los que saben buscarla. Y para buscarla no hay otro procedimiento posible que este descanso, con que ciertos lugares de agreste panorama nos brindan cuando trepamos por áspera pendiente, persiguiendo alguna pieza que el rastro delató. Entonces, mientras aspiramos el aroma de un buen cigarro, cuyo humo se disipa en azulados círculos por la tibia atmósfera, después de haber refrescado las fauces con un sorbo de agua que nos ofrecerá liberal alguna fuente vecina, podemos interrogar al horizonte, y creémos ver dibujarse una sonrisa en todo lo que nuestra mirada abarca; y si ayudamos con un poco de buen deseo á la *loca de la casa*, no será mucho

que la misma Diana, la desdeñosa amante de Endimion, á quien todo bello paisaje está consagrado, se nos aparezca, como Moratin refiere que la vió al idear su poema de la *Caza*:

¡Sonando va la aljaba de Corinto
Con las etolias flechas en el hombro.
Debajo de los pechos brilla el cinto
Donde miran las fieras con asombro
Del jabalí de Arcadia la cerdosa
Testa, y del ciervo epireo la ganchosa!

Y cuando no Diana, alguna pastoril muchachuela, con su alforja al hombro, seguida del fiel mastín y custodiando el inquieto rebaño de ovejas no dejará de aparecérsenos para darnos con ruda corteza un «*buenas tardes, señorito*», que aunque sea dicho con voz recia y hombruna, habrá de sonarnos allí á música concertada de querubíneas arpas.

Nada hay tan deleitoso como ese descanso con que la naturaleza premia al que trabajó. Por eso encierra tanta verdad aquella exclamación del clásico:

—¡Diez leguas corriera yo
Para luego descansar!

y la otra del latino:

Deus nobis hæc otia fecit.

Entonces se recuerdan los incidentes de la interrumpida cacería, el número de tiros errados, el de las piezas que cayeron, el de las de pluma que ya heridas y maltrechas se pusieron en salvo, y se buscan explicaciones satisfactorias para justificar que se nos haya marchado aquella perdiz que salió de entre las patas del perro, allá abajo, en el *chorranco*, ó se inventan anécdotas que puedan referirse luego á los amigos reunidos en torno á la lumbre, cuando los vasos de espumoso vino ó dorado Jerez andan en rueda como arcaduces de noria, siempre llenos y siempre vacíos. —Y mientras tanto, es seguro que ya habréis descansado y sentiréis nuevo deseo de proseguir la cacería. Ajustaos el morral, montad la escopeta, silbad á los perros y encaminaos ladera arriba, que sé de buena tinta que al otro lado del montecillo os depara la suerte un numeroso bando de perdices.

J. ORTEGA MUNILLA.

NECROLOGÍA.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON ALEJANDRO OLIVAN.

Cuando un hombre, insigne por sus virtudes y ciencias, ha sacrificado sus días en pro de la patria que le ha dado el ser y á quien él ha colmado de beneficios, debe esperar, mejor que otro alguno, que su nombre no quedará ignorado ni oculto entre las cenizas del sepulcro, y que su memoria será á todos grata durante muchas generaciones.

Tal acontece con el ilustre personaje cuya necrología sirve de objeto á estas líneas. Distinguido y esforzado militar, correcto escritor, notable orador político é intachable como hombre de gobierno y administración, D. Alejandro Olivan reúne títulos bastantes, no ya para que su nombre sea colmado de honores, que no los necesita quien entre los vivos no se cuenta, sino para que su recuerdo quede impreso en el corazón de los que se creen afortunados al sobrevivirle, y sirva de ejemplar modelo y provechosa lección á aquellos que le han de sustituir en los elevados puestos que, para honra y provecho de su patria, tan excelente patriótico ocupó.

Nació D. Alejandro Olivan el día 28 de Febrero de 1796 en la villa de Aso de Sobremonte (Aragón), de una noble y antigua familia, dando comienzo á sus estudios en el colegio que en Jaca tenían por aquellos tiempos establecido los Padres Escolapios, y distinguiéndose muy luego entre los demás estudiantes por sus poco comunes disposiciones, natural aplicación y cuidadosa solicitud en retener las enseñanzas y consejos de sus maestros, dotes que todo estudiante há menester para alcanzar beneficiosos frutos en sus trabajos y vigiliat.

Recorridos con provecho todos los estudios que en el citado colegio se cursaban, fué enviado por sus padres, en calidad de alumno interno, al de Soreze, en Francia, en donde tal empeño mostró en salir airoso de su empresa, que luego al punto se hizo acreedor á varios de los premios y recompensas que por entonces se usaban.

Un triste, aunque glorioso acontecimiento, origen de perpétuos laureles para España, obligó á la familia del aventajado escolar á solicitar su salida del colegio de Soreze, lo cual consiguióse no sin grandes dificultades, pues los estudiantes españoles allí residentes á la sazón eran en cierto modo estimados como prisioneros, logrando por fin regresar á España. Sus propias inclinaciones de un lado, y de otro la voz de la patria que le reclamaba para defender su suelo, profanado por la planta de ejércitos extranjeros, le movieron á abrazar la carrera militar, consiguiendo entrar en el cuerpo de Artillería, con lo cual consideróse el joven Olivan harto venturoso, pues aquel, como Cuerpo facultativo, era el más adecuado á sus aficiones científicas.

Practicados los estudios en el Colegio militar de San Fernando, mereció primera censura entre treinta y tres de sus compañeros, obteniendo por ende el grado de subteniente de Artillería. Y de tal suerte hubo de conducirse en su nuevo y glorioso cuidado, que creada en el Real Palacio una cátedra de Física y Química, fué al punto designado Olivan para asistir á ella en representación del Cuerpo de Artillería, ganando el primer premio en los exámenes de fines de curso.

En 1820 fué nombrado Archivero del Ministerio de la Guerra, y dos años después Secretario de S. M. con ejercicio de decretos, como entonces se decía, cargo éste último para cuyo cumplimiento desempeño hubo menester, aunque á su pesar, retirarse del servicio de la milicia.

Por aquella época, y merced á los estudios practicados en la cátedra de Palacio y en otra del Jardín Botánico á que igualmente asistía, se despertaron en Olivan las aficiones á las artes agrícolas, en cuyo cultivo ha perseverado hasta sus últimos días. La Memoria que entonces escribió sobre prados artificiales, y varios otros trabajos presentados á la Sociedad Económica de Madrid, fueron sus primeros ensayos en aquellos estudios, y la base de su bien adquirida reputación como perito en Agricultura.

Ante los trascendentales acontecimientos políticos que por aquellos años ponían en riguroso trance el reposo de nuestra patria, no pudo Olivan sustraerse al influjo de las corrientes dominantes, y tomando parte en las contiendas de la vida pública, escribió varios artículos en los principales periódicos que por aquella época veían la luz pública, tales como *La Aurora de España*, *El Universal* y *El Constitucional*. En ellos comenzó á sustentar las ideas que ha defendido durante su vida política, que por entonces constituían un término medio entre los demócratas, partidarios de las doctrinas consagradas en el Código de 1812, y los sostenedores del régimen absoluto. La pluma del jó-

ven periodista, á par que se ejerció en combatir las tumultuosas reuniones de los oradores de *La Fontana*, esforzóse en anatematizar las arbitrariedades y tiranías que á la sombra del trono se cometían por el Rey absolutista. El pseudónimo de un *ciudadano que no gusta de partidos*, puesto al pie de sus artículos, da clara idea de las creencias que como hombre político abrigaba D. Alejandro Olivan.

Una decidida defensa de ellas trató de hacer al publicar su folleto *sobre modificar la Constitución*, en el que señalaba las causas de la triste crisis por que atravesaba nuestra patria, y los medios en su sentir más adecuados para evitar mayores males en lo porvenir. Pero calificado por el Gobierno el tal folleto como subversivo y penable, fué sujeto á formación de causa, y en 1824, viéndose perseguido su autor por las ideas en él vertidas, harto liberales para el régimen que entonces imperaba, tuvo que emigrar á París.

Allí escribió un segundo folleto titulado *Ensayo imparcial sobre el Gobierno del Rey Don Fernando VII*, cuyo trabajo revela vasta erudición y profundos conocimientos de la historia y legislación política de España. En este nuevo escrito procuraba el expatriado escritor dar á Fernando VII los consejos más oportunos para que, estableciendo un Gobierno francamente constitucional, consiguiese mayor seguridad en la monarquía, y la paz y felicidad tan necesarias á sus reinos. Dicese que el Rey Fernando consultaba con bastante frecuencia y atención la obra de Olivan, y que á ello le inclinaba no poco su esposa doña María Cristina, cuyas simpatías por las ideas liberales se dejaron conocer en diversas ocasiones. Ello es, á pesar de todo, que Fernando VII no hizo el mayor aprecio de las indicaciones que el talento y la ciencia le dirigían, y por el contrario, sin curarse de ellas, persistió en seguir la política que tan funesta fué al reinado de este Monarca.

A últimos de 1824, movido sin duda D. Alejandro Olivan por el deseo de restituirse á su patria y á su familia, á la sazón residente en Huesca, pasó la frontera y se dirigió á la capital de esta provincia. Pero su mala estrella le hizo caer en manos de la policía, que tenía orden de prenderle y conducirlo á la cárcel, donde fué encausado como autor de su primer folleto político. El examen y juicio de éste fueron encomendados á una Junta de clérigos, que fallaron como bien les plugo, aunque de acuerdo, por supuesto, con sus propias aficiones sobre la política, y en conformidad á la par con las inspiraciones que de esferas más altas habían recibido. Cuatro meses trascurrieron sin que se le tomara declaración, ni al menos aparentemente se adelantase un paso en el proceso, lo cual obligó á Olivan á dirigir una Exposición al Ministro de Estado para que éste interpusiera las reclamaciones propias del caso y evitar por tal camino que se pusiese cabo á tan injustas persecuciones y rigores contra el autor de un libro que, como publicado en el extranjero, no estaba en manera alguna sujeto á las leyes de España. Lo único que se alcanzó por tal medio fué que al procesado se le trasladase á la cárcel de Zaragoza, lo cual alivió algún tanto su situación. De allí á quince meses se sobreseyó en la causa, y entonces logró ser puesto en libertad, y más tarde, en 1828, habiendo solicitado la licencia absoluta, le fué ésta concedida.

Durante su permanencia en Zaragoza se había dedicado al cultivo de los estudios clásicos y de los idiomas orientales con tan buenos frutos, que llegó á alcanzar general fama de buen helenista, y sus amigos, que los tenía muchos y buenos, le oyeron recitar en muchas ocasiones largos trozos de las obras de Homero y de Virgilio; tal era el conocimiento que de ellas tenía. Hallando holgado lugar en su ánimo la afición á aquellos estudios, condújole ésta en breve á emprender la senda del Parnaso, escribiendo algunas composiciones poéticas, que aunque no sobrado ricas en inspiración, revelaban al menos un espíritu no insensible en manera alguna á la poesía, y una inteligencia por demás capaz para concebir la idea de lo bello.

Dando tregua al Sr. Olivan á estas agradables tareas, emprendió á fines de 1828 un viaje á la Habana, donde recibió de aquel Consulado la comisión de recorrer las principales fábricas de las Antillas y de Europa, á fin de hacer un minucioso examen sobre los mejores procedimientos para fabricar y refinar el azúcar, poniendo al propio tiempo á su cargo el estudio de varios otros proyectos, tales como un pontón de vapor para limpiar el puerto, pozos artesianos, alumbrado de gas, caminos ordinarios y de hierro y cría de ganados. Acudió á ello con presteza, y sin hacer cuenta en las molestias é incomodidades que en aquella época despojaban en parte á los viajes de sus atractivos naturales, visitó las fábricas de Jamaica, Inglaterra, Holanda, Bélgica y Francia; celebró conferencias con los más renombrados naturalistas del extranjero, como Humboldt y Gay-Lussac, y con los datos y materiales que en este viaje alcanzó á reunir, redactó una discreta y extensa Memoria, en la que se explicaban las ventajas de los trenes de elaboración de azúcar empleados en aquellas fábricas, concluyendo por plantear un sistema, en su opinión el más beneficioso, pero que, á pesar de sus innegables ventajas, no llegó á verse planteado por descuido y desidia de los cubanos.

En la Habana continuó hasta 1834, y en esta fecha acordó regresar á la Península, siendo nombrado Presidente de la Comisión central de Instrucción primaria y vocal de la que se creó para la revisión de las Ordenanzas militares. Su presencia en la corte y las instancias de sus amigos para que interviniese en los debates de la prensa, fueron parte para que renaciesen sus antiguas aficiones á la vida pública, y así es, que nombrado en 1835 Secretario de la Sección de Indias del Consejo Real, y elegido al siguiente año Precursor por la provincia de Huesca, tomó parte en las discusiones del Estamento, distinguiéndose en él como orador del partido moderado. Ya en estos tiempos, al discutirse la ley electoral, se hizo cargo el Sr. Olivan de la necesidad de poner pronto y eficaz remedio á los trabajos de propaganda que para separarse de la metrópoli comenzaban á notarse en la isla de Cuba, pues no son de nues-

tros días las tendencias separatistas con que se pretende halagar á los habitantes de aquellas colonias. Si á la voz autorizada del Sr. Olivan, que había tenido ocasión de apreciar por sí mismo aquellas maquinaciones, y de otros varios oradores, se hubiera prestado por nuestros Gobiernos la atención que merecían, tal vez se hubiera alcanzado evitar discordias que despues, y durante mucho tiempo, ha tenido que lamentar en aquel archipiélago nuestra desgraciada patria.

Pero volviendo á D. Alejandro Olivan, nótese desde esta fecha que se entregó de una manera resuelta y decidida á los azares de la política, y su vida durante un largo período ha corrido por todas las vicisitudes y peripecias de una época tan accidentada como la presente. En efecto, aunque al ocupar el poder el Ministerio Mendizábal rehusó la cartera que al constituirle le fué ofrecida, al encargarse del Gabinete el general Istúriz consiguió éste que aceptara la subsecretaría de Estado, desempeñada con acierto por el Sr. Olivan, hasta que en 1836 los sucesos de la Granja le obligaron á emigrar á la capital de la nación vecina.

Cierta persona influyente de Pau se dirigió al Sr. Olivan para que, gestionando en el partido moderado, aceptase éste una transacción con el pretendiente D. Carlos, cuyo convenio, de realizarse, hubiera favorecido no poco las aspiraciones de éste á la corona. Indignado Olivan ante tal proposición, apresuróse á protestar de ella, y aun á trueque de engendrar sospechas de inconsecuencia en quien no supiese apreciar en su justo valer tan heroico rasgo, se presentó al Vicecónsul español en Odeon, juró ante él la Constitución de 1812 y embarcóse para la Habana.

Durante el tiempo que el Sr. Olivan estuvo por segunda vez en la Isla de Cuba, eligióle la Academia de Bellas Artes de San Fernando individuo de número, y destinándole á la Sección de Arquitectura. Pero no logró tomar posesión de este cargo hasta su regreso á la Península.

Verificóse éste cuando en 1839 fué nuevamente designado por el distrito de Huesca para ocupar un asiento en las Cortes, y al subir al poder el Conde de Ofalia, se encargó, á ruegos de éste, de la subsecretaría de Gobernación; pero en breve tuvo que dejar este puesto, pasando á prestar sus servicios en la Dirección general de estudios.

En las discusiones de la legislación de 1840 tuvo ocasión el Sr. Olivan de señalarse como hombre de administración al ser nombrado Presidente de la Comisión que entendía en el proyecto de la famosa ley de Ayuntamientos. Dedicóse en esta época con incansable aplicación á estudiar los autores de Administración, y adquiriendo un no escaso caudal de conocimientos, tomó una parte muy activa en los debates parlamentarios; propuso los medios más adecuados de elevar el crédito; combatió el aumento en las cuotas de los impuestos existentes; negó la necesidad de contraer otros nuevos; ensalzó la conveniencia de repartir mejor aquéllos; delató los abusos cometidos en las contratas, y, por último, rechazó la idea de contraer un nuevo empréstito. La revolución que estalló en esta época obligóle á emigrar de nuevo, y merced al buen acuerdo que tuvo en seguir otro camino del que se le trazaba, libróse de ser asesinado por sus enemigos.

Calmada la natural y propia agitación que en tales casos se apodera de los ánimos en los primeros momentos, pudo regresar á España, y dedicado de nuevo á sus estudios, escribió un artículo para *La Enciclopedia Universal* titulado *La Administración pública con relación á España*, trabajo en el que tuvo ocasión de exponer de nuevo sus ideas conservadoras. También dió á la luz pública un folleto sobre la jornada de Torrejón de Ardoz, cuya descripción trazó Olivan con notoria maestría, ilustrándola con un plano del terreno y multitud de datos y curiosas noticias.

Declaróse por entonces la mayor edad de la Princesa de Asturias doña Isabel, y á la vuelta de varias vicisitudes, constituido un Gabinete moderado bajo la Presidencia de Narvaez, fué de nuevo Olivan encargado de llevar la voz por el distrito de Huesca, notándose con extrañeza que, á pesar de pertenecer á un partido esencialmente conservador, no tomó parte ni asistió á las discusiones sobre devolución de bienes al clero que entonces se promovieron, sin duda por no estar en sus ideas una reforma que llevada á cabo tantas alteraciones jurídicas y económicas había de producir. Durante los dos meses que el Gabinete Sotomayor estuvo encargado del poder, el Sr. Olivan tomó á su cargo la cartera de Marina, prestando en ella provechosos servicios al país.

Las tareas políticas y parlamentarias no le impidieron, sin embargo, entregarse á los estudios literarios que siempre han sido de la particular predilección del Sr. Olivan. Publicáronse varios trabajos suyos en los periódicos y revistas más notables que en Madrid se daban á la estampa, y especialmente en la *Revista de Madrid*, donde apareció impreso un artículo sobre el idioma castellano, que, con otros trabajos sobre la misma materia, le valió el honor de ser designado para ocupar un asiento en la Academia Española, del que tomó posesión en Noviembre de 1847. En el propio día ingresaba en aquella ilustre Corporación el eminente literato D. Juan Eugenio Hartzenbusch, y el distinguido orador y escritor político D. Nicomedes Pastor Díaz. El discurso que con tal motivo leyó el Sr. Olivan versó sobre el uso de los pronombres personales, cuestión que, engolfándose en áridas controversias gramaticales, resolvió según el criterio de la lógica analizándola en todas sus fases.

No fueron sólo ésta y la de Nobles de San Fernando las Corporaciones Académicas que contaron entre el número de sus individuos al Sr. Olivan. Al crearse por Real decreto de 30 de Setiembre de 1857 la Academia de Ciencias morales y políticas, la Junta preparatoria de 26 de Noviembre del mismo año, teniendo en cuenta las diversas é importantes obras, así políticas como administrativas, debidas á la pluma del Sr. Olivan, creyó de su deber designarle para una plaza de Académico de número, lo cual había de redundar en honra y pro de la Academia y de las ciencias á cuyo estudio se dedicaba esta Asociación. El Sr. Olivan ha demostrado en varias ocasiones ser digno de

tan insigne distinción, contribuyendo útilmente hasta sus últimos días á las tareas de la Academia por medio de profundas discusiones y de eruditos informes.

Desde esta época, ya sea que los acontecimientos políticos no se han prestado á ello, ó bien que las inclinaciones naturales del ilustre personaje cuya vida reseñamos, para mayor beneficio de su patria le han trazado otro camino, es lo cierto que el Sr. Olivan no ha desempeñado en la vida pública de estos últimos tiempos papel tan importante como el que anteriormente le hemos visto hacer. Únicamente como diputado ó senador le hemos visto figurar en casi todas las legislaturas, y nuestros lectores recordarán la proposición que, apoyada por un largo discurso, presentó á la alta Cámara sobre abolición de las corridas de toros.

Sin embargo, si la política perdió una de sus más insignes notabilidades, la literatura, las ciencias y las artes agrícolas han reconquistado á uno de sus no menos laboriosos hijos, pues el Sr. Olivan se ha dedicado últimamente á su cultivo con un entusiasmo propio del espíritu más juvenil y rozagante.

Especialmente en Agricultura han sido muchas y muy notables las obras que á la estampa ha dado D. Alejandro Olivan. Inclinado como él que más á promover el mayor adelanto de la industria agrícola, en la que siempre ha aventajado España á las demás naciones por la fertilidad de su suelo, unida á la aplicación y buen ingenio de sus habitantes para el cultivo de la tierra, desde sus primeros días había mostrado Olivan natural predilección por la ciencia de los campos.

Por demás convencido el ilustre escritor de que la Agricultura no se aprende en el estrecho recinto de una sala; que su fomento no se consigue por el camino de la mera discusión ó de la simple teoría; que los obstáculos que á su desarrollo se oponen no se remueven de otra suerte que construyendo caminos terrestres y abriendo vías fluviales, alentando el comercio y protegiendo toda clase de industrias. Pero al mismo tiempo no opinaba, como ciertos espíritus pobres y no muy bien dirigidos, que las aficiones á la agricultura no puedan ser sustentadas por las clases más cultas de la sociedad, y que el arado y la podadera están reñidos con la levita y la bota de charol. A los que de esta manera tan mezquina discurrían, les arrojaba al rostro Olivan aquel bello pensamiento del más simpático de nuestros literatos:

Con la ciencia adornarás
Tus usos de antigua fecha:
Míre el que siembra y barbecha
Que está ya bien demostrado,
Que juntos, libro y arado,
Multiplican la cosecha.

Días hubo en que se apreció ocupación propia de esclavos, la noble tarea de remover la tierra, que reconocida por tal diligencia, presenta espontáneamente á la vista del cultivador los más opimos frutos. Pero, por fortuna, los tiempos han cambiado; el trabajo se considera como la más noble ocupación y el más honesto entretenimiento del hombre, y nadie se desdén en poner en ejercicio, material ó moral, sus facultades, dando así cumplida satisfacción á una ley divina y á una necesidad humana.

Abrióse en 1849 un público certamen acerca de un *Manual de Agricultura* para texto obligatorio en todas las escuelas públicas. Muchas y muy entendidas personas consagraron sus vigilias á este asunto, presentando otros tantos trabajos; pero el Tribunal nombrado al efecto otorgó el premio al del Sr. Olivan, por ser el que más cumplidamente llenaba las condiciones exigidas.

Esta obra, de la cual su autor hizo varias ediciones, es por su forma un modelo de pureza, laconismo y claridad en el lenguaje, y por su fondo despierta el mayor interés y expone la más sana y nutrida doctrina. Sin embargo, le han tachado no pocos escritores de no ser, propiamente hablando, como debiera, una obra de Agricultura con relación á España. Divídese en cinco secciones: 1.ª, labranza; 2.ª, horticultura; 3.ª, arboricultura; 4.ª, crianza de animales. La 5.ª y última sección la subdivide en otras tres: en la primera, se ocupa del porvenir de la Agricultura y medios de fomentarla en España; en la segunda, la Administración rural y pronósticos sobre el tiempo, y en la tercera, las reglas de conducta para el agricultor. Algunos años después se hizo un extracto ó compendio de este Manual, titulado *Cartilla agraria*, dividido en veinticinco capítulos, escrito en diálogo y acomodado para la enseñanza de las escuelas elementales.

También han sido impresas algunas de las disertaciones que siendo estudiante leía el Sr. Olivan en la cátedra del Jardín Botánico, y que juntas con las de sus demás compañeros se publicaron, á expensas de su catedrático don Antonio Sandalo de Arias y Costa, el año 1819: una hay del Sr. Olivan sobre prados artificiales; obstáculos que se oponen á su plantificación, y qué medios podrían emplearse para removerlos, que es del mayor interés y trascendencia para España, donde, especialmente en algunas provincias, se ven privados de ganados por no haber pastos para sostenerlos.

Finalmente, otra obra, también sobre Agricultura, del Sr. Olivan, es la titulada *Cultivo de la zulla*, que es un informe contestando á una consulta que el Gobierno le dirigió en 1849 sobre la expresada materia, y que se publicó en el *Boletín Enciclopédico* de la Sociedad Económica de Valencia.

Respecto de las ya citadas obras, políticas y administrativas, y de otras publicadas con fecha posterior, como unos *Elementos de Economía política*, y un folleto sobre *locuciones viciosas*, nos hemos limitado á citarlas, pues la índole de la presente publicación nos excusa de hacer un minucioso examen de ellas.

Muchos más servicios y trabajos pudieran citarse, debidos á la incansable actividad del Sr. Olivan; pero hacer mención de ellos sería enojosa y difícil tarea, y harto puede apreciarse con los designados lo fecunda y útil que fué su existencia á los intereses morales y materiales del país.

Y sólo nos resta añadir, para terminar, que el Sr. Olivan, al bajar al sepulcro, ha dejado un vacío difícilmente reemplazable. Pocos como él han disfrutado del general aprecio, aun de los que no participaban de sus ideas políticas.

Ochenta y dos años de peregrinación por el mundo, en medio de trabajos y sinsabores, sin mancha que empañe su fama en lo más mínimo, merecen que todos, al pasar ante su losa mortuoria, derramen una lágrima, grato tributo que los mortales pueden rendir á los que les preceden en la desconocida senda de la otra vida.

FÉLIX ROSELL.

MARÍA.

I.

Galicia es la cuna donde el ave del misterio bate sus incoloras alas. Sus poéticas campiñas y perfumados valles, que una eterna primavera viste de flores, excitan la imaginación engalanando los sucesos más sencillos con formas extrañas y fantásticas. Por eso cuando el viajero recorre aquellas soledades agrestes, é impresionado con su belleza siente abstraída el alma en su muda contemplación, no puede menos de explicarse cómo los habitantes de aquel país poseen por lo general esas imaginaciones ardientes y delicadas, donde la poesía, como rayo de luz, vive en el alma, bañando de melancólica tristeza todos los objetos que la impresionan.

Así sucede que no hay pueblo, como Galicia, donde más tradiciones populares existan, ni donde tampoco se halle más vivo el sentimiento. Si la poesía debe buscarse siempre en el alma, porque el paisaje, la flor y el río son bellos por la manera que tienen de obrar en nuestros sentimientos, Galicia es, sin disputa alguna, la región de los poetas y de los grandes soñadores. Pruébanlo así sus infinitas tradiciones que, nacidas las más de ellas al calor de la sobreexcitación poética de sus hijos, conmueven é interesan cuando se escucha su relato gozando el alma en la dulce contemplación de una de esas tardes, que sólo bajo el cielo de aquel país existen.

Para que todo sea en Galicia encantador y misterioso, sus mismas fiestas y romerías poseen un tinte tan marcadamente poético, que prestan asunto á más de un cantor del país para escribir un idilio poético lleno de ternura. Aquellos campos, siempre ricos de flores y de aromas; aquella naturaleza, fértil y exuberante; aquellos ríos y cascadas que no imitaría el más consumado artifice, y aquellas mujeres que unen al recuerdo de su amor el recuerdo de las flores cuando abren á la vida sus hojas; todo formando un conjunto tan extraño como encantador, parece que convida al alma con la poesía de los sueños. Galicia es el país por excelencia donde se siente y se llora, y la vida del campo con todos sus placeres y tranquilas emociones no se conoce bien sin visitar ántes aquella región privilegiada, donde el cielo es una sonrisa de Dios, que, rica de felicidad, se vierte sobre la tierra.

Decía que en Galicia, efecto de la tristeza en que vive recogida, pululan las tradiciones y los cuentos, pareciéndose en esto á Alemania, que es el país de los misterios y de las legendarias supersticiones. Admira ver la facilidad con que los campesinos gallegos os relatan historias, donde los tragos y los duendes hacen un principal papel. Y decides que no son ciertas, pones en duda la exactitud de su relato, y una sonrisa de lástima se dibujará en sus labios; y es que Galicia, efecto de la misteriosa poesía en que se rodea, alimenta en las imaginaciones débiles esas fantásticas y soñadas concepciones que, más que hijas de falta de educación, son creaciones de mentes privilegiadas, donde el sentimiento por lo bello y lo desconocido, arraigado poderosamente, da formas reales y tangibles á los más vagos y sorprendentes ensueños.

Siempre tuve yo afición á esas tradiciones populares, y más de una vez cuando niño, en mis cortas correrías por los valles de aquel país, las escuché de los labios de sus sencillos moradores. Hombre ya, no las he podido, ó mejor dicho, no las he querido olvidar nunca, porque ellas, al par que han despertado en mi corazón ese sentimiento á lo bello, que no hay escuela que mejor enseñe que la imaginación de los pueblos, constituyen también para mí la cadena de flores, que une los primeros años de mi vida con las primeras impresiones que recibí.

Uno de esos cuentos populares que más interesaron mi alma al escucharle, ha sido el que se refiere á la pobre loca, cuyo nombre sirve de epígrafe á estas líneas. Los que acaso no hace mucho tiempo habeis visitado los pintorescos valles de Bayona, de seguro que os acordais de aquella niña y de su desgraciado fin. Aun no hace muchos años que su tierna hermosura era la gala y el encanto de la comarca. Su figura airosa daba esplendor á todas las fiestas del pueblo, y la mirada de sus negros ojos tormento al corazón de los apasionados por sus gracias. ¡Cuán gallardo era su continente, y cuánto sentimiento despedían de sí aquellas formas de ángel, donde la naturaleza se miraba como en un espejo para contemplar la más bella de sus obras!

II.

Era yo muy niño cuando en una de mis veraniegas excursiones por Galicia visité la villa de Bayona, pintoresco pueblecillo que á corta distancia de Vigo reclinase caprichoso en la extremidad de un valle cuyas faldas vienen á besar cariñosas las olas del mar. Era una tarde de Setiembre cuando, después de vadear la ría, llegábamos á aquellas playas, que parecen defender de extranjeritos desmanes los sombríos muros del castillo de Monte-Real.

Sobre una de las negras rocas que rodean esta fortaleza, y por la parte que mira al mar, hallábase sentada, y como mirando á lo infinito del espacio que se extendía ante su

vista, una mujer que, no obstante lo desaliñado de su traje, echábase de ver á simple vista que poseía una de esas bellezas frescas y lozanas que tan comunes son en aquel suelo. Su edad frisaría apenas en los diez y ocho años, y vestía á manera de las lugareñas del país.

Aquella mujer tenía un aspecto verdaderamente extraño. Inmóvil sobre la roca, descuidados sus cabellos que, libres á los besos de la brisa, ondulaban caprichosamente por sus espaldas, bañado su rostro por el lejano reflejo del sol, que dábale un tinte de subida tristeza, y abstraída de todo lo que á su alrededor pasaba, parecíase á una hada melancólica, hija de los sueños, que buscaba tras aquellos horizontes y en la larga inmensidad del mar el objeto querido de sus deseadas locuras.

Saltamos en tierra, sin que se dignara ni una vez mirarnos, é impresionado vivamente por aquella mujer, no tardé mucho en conocer su historia.

Llamábase María y era hija de una pobre familia que se dedicaba en aquellas playas al ejercicio de la pesca. Desde sus primeros años echábase ya de ver en la natural gentileza de María la hermosura que más tarde había de dar formas seductoras á aquella naturaleza privilegiada. Por eso, cuando la niña llegó á los quince años, vióse requerida de amores por los más gallardos mozos de la comarca, entre los cuales se decidió María á conceder las primicias de su cariño á un jóven que, más que ningún otro, la interesara. Como es costumbre del país, concertóse seguidamente su casamiento entre los padres de los novios, y días después, Máximo, que así se llamaba el elegido por María, abandonaba el lugar con dirección á América en busca de una fortuna, que deseaba alcanzar con su honrado trabajo.

Máximo juró á María volver á su país á los dos años de su ausencia, aplazándose para aquella época su casamiento, y la pobre niña, angustiado su corazón, despidió desde la playa á su amante, agitando su blanco pañuelo hasta tanto que el buque se perdió entre las brumas del horizonte.

Los jóvenes amantes se escribían todos los correos, y en sus cartas depositaba María todas las tristezas de la ausencia, y Máximo todas las esperanzas de un pronto regreso. Pasáronse los meses, y al espirar el plazo señalado para la unión, María recibió una carta de su novio, en la cual le notificaba que volvía al país ansioso de que la Iglesia santificara sus amores. En la carta decía Máximo que la escribía á bordo del buque que debía conducirla á sus brazos.

Pintar la satisfacción y el placer de María al recibir la grata nueva, sería imposible. Vistióse con las mejores galas con que se adornaba los domingos; trenzó con más arte que nunca sus blondos y sedosos cabellos; sacó del fondo de su baul la histórica pañoleta de grana que con tanta gracia visten las hijas del país, y se dirigió á la playa ligera y gozosa á esperar su prometido.

La tarde estaba triste y la bóveda del cielo hallábase cubierta por una faja cenicienta y lúgubre. Allá á lo lejos, y como perdido en las nieblas del mar, se divisaba un buque, que á merced del viento avanzaba silenciosamente. María le distinguió, y un grito indefinible salió de su pecho hasta entonces oprimido. Agitó con febril entusiasmo su pañuelo, y la mano de Máximo contestó á aquella señal, agitando también el suyo desde lo alto de la proa del buque, en cuyo sitio se dibujaba, aunque confusamente, su figura.

La embarcación avanzaba cada vez más, y hallábase ya próxima á tocar la deseada orilla, cuando de pronto el mar, momentos ántes en calma, encrespó de súbito sus olas, rugió desencadenado y llevó á estrellarse el buque contra una de las deformes peñas que le erizan.

María lanzó un grito de incommensurable angustia, grito que sólo imitaría la muerte, y cayó desplomada sobre la playa, á tiempo que la embarcación, hecha pedazos, se hundía en los abismos del mar.

Cuando la pobre niña volvió de su desmayo, no se dió ya cuenta de sus infortunios. La infeliz había perdido el juicio.

Desde aquel día, y todas las tardes á la misma hora que sucedió la catástrofe, María venía á sentarse sobre lo alto de la peña, desde la cual presenciaba su desgracia, y allí inmóvil y fijas sus miradas en el horizonte, esperaba la vuelta de su amante.

III.

El relato de esta sencilla historia me impresionó bastante, y algunos años después, al visitar de nuevo aquel país, mi primer cuidado fué preguntar por la pobre loca. Su recuerdo estaba puro en el corazón de aquellas gentes, y fácil me fué averiguar su triste destino.

María, en una de esas tardes en que se sentaba á contemplar la playa y en que el cielo presagiando borrasca se mostraba triste y sombrío, adquirió, sin duda por la natural asimilación de los recuerdos, un momento de lucidez, y al conocer sus infortunios, desde lo alto de la peña que la servía de atalaya, arrojóse á lo profundo de los mares para no volver á salir más.

Desde entonces en el país María se conoce con el nombre de *La loca de las olas*, y es frecuente ver á los jóvenes llevar á aquella peña sus amantes para hacerles jurar allí sus protestas de cariño.

La imaginación siempre fantástica de aquellos pueblos se apoderó de esta sencilla historia, vistiéndola con las galas de la poesía, hasta el punto de que hay en el país quien juzga conocer, en el lúgubre sonido con que las olas vienen á morir sobre la roca, los suspiros del alma errante de María.

Y es que los pueblos tienen una poesía íntima, ingénita y exclusivamente suya, que nace y vive en el fondo de su alma sin que precise reglas ni modelo á qué ajustarse. Lo difícil es herir su imaginación, que una vez herida ésta, veréis cómo brota raudales de sentimiento. El pueblo sabe sentir y llorar, y éste es el verdadero genio. No le pregunteis jamás la causa de sus lágrimas, por que él no os lo podría decir. La conoce tan sólo, porque siente la necesi-

dad de refrescar su alma con el rocío benéfico que aquéllas vierten.

Porque la historia de María es la nota mística de un sentimiento delicado, por eso el pueblo la llora y la recuerda; por lo demás, ¿cuántas Marías no contará la humanidad en su historia? Y hablo de la historia de la humanidad, porque la humanidad tiene su historia ilegible. Si pudierais leerla, yo os diría dónde se halla.

Sus cementerios son sus bibliotecas: un cadáver es un libro.

DARÍO ULLOA.

EL PAÍS DE LAS CODORNICES.

Revolviendo esta noche mi papelería, doy con un legajo cuyo rótulo dice: *Datos y apuntes de caza.*

Ustedes ignorarán, sin duda alguna, que desde niño tengo una decidida vocación por la caza, por más que así les conste á un sinnúmero de guardas de monte, leñadores, pastores y otros incultos seres de los que frecuentan la sociedad de las perdices y conejos, y que me conocen como incansable perseguidor de *pelo y pluma.*

Ya que no puedo matar nada por lo intempestivo del lugar y la hora, me decidí á matar la noche hojeando mi interesante archivo cinegético.

Entre los muchos papelotes de que está henchida la carpeta; entre los varios artículos, revistas, noticias de caza y pesca, reglamentos y anuarios; entre lo mucho que balle en este cajón de sastre ó miscelánea de caza, fijó mi atención en una carta señalada con un *ojo*, carta que me decidió há pocos años á emprender un largo viaje con el fin de saciar este apetito por la caza que siento todo aficionado de sangre.

Preguntábale al autor de la carta, amigo querido, en dónde podría aburrirme matando codornices, por las cuales tengo un verdadero delirio, y probando las cualidades de un magnífico perro que había adquirido á muy buen precio. Mi amigo, cazador de ley, voluntad y piernas de acero, sobrio y de afición nada común, me contestó con la sabrosa carta que tengo á la vista.

No puedo resistir la tentación de publicarla, aunque ocultando cuanto pudiera descubrir ó dar á conocer este *paraíso terrenal*, esta moderna isla de Caprea; y más luego de haber saboreado las delicias de aquel terreno, que es muy dulce el egoísmo en lo que atañe á la caza. — Héla aquí:

«Mi cariñoso amigo: ¿Me preguntas por un buen cazador?... Haz tu maletín, proporciónate dos buenos perros—por Dios que no sean *pointers*—coge la escopeta y dos millares de cartuchos, y ponte en camino sin pérdida de tiempo.

«El viaje es largo y molesto: veinte horas de tren y casi otras tantas de diligencia, y te hallarás en la próxima ciudad, de la que partiremos, caballeros en dos machos, á situar nuestros reales en este bendito pueblo de Dios.

«Y aquí daría por terminada la carta y por cumplido tu encargo, si la huelga á que me obliga la descomposición de la escopeta no me permitiese dedicarte el día. Vuélvete, pues, todo oído, que algo y bueno voy á decirte.

«Conoces mi afición por la caza y los deseos que tenía de imitar durante algunos meses la vida salvaje de los pieles rojas ó los chippewais, y perdona la exageración, de cazar mucho y leer poco; pues, chico, me doy por satisfecho; ¡satisfecho un cazador! ¡ahí es nada! como si dijéramos satisfecho un avaro.

«Desde los primeros días de Agosto que llegué á este pueblo, salgo á cazar continuamente. En dicho mes he muerto, por término medio, á razón de treinta codornices diarias; pero desde el de la Virgen—8 de Setiembre—ha aumentado el número hasta ochenta, noventa y ciento por día. ¡Te asombras! Lo comprendo; yo en tu lugar hiciera lo mismo: te explicaré la razón del aumento de cosechas. Pero ante todo quiero darte en cuatro palabras una breve idea del terreno, que de buen militar es conocerle antes de entrar en batalla.

«El pueblo es desagradable, pero en sus cercanías brilla la naturaleza con todo su esplendor. Como todos los de este país, reviste un aspecto triste y sombrío, y está acondicionado para resistir las nieves y los intensos frios de una gran parte del año: vésele apañado y medroso, cual si demandare protección, bajo el palacio, edificio feudal que con la iglesia comparte el dominio de aquel puñado de casucas negras y miserables: asentado sobre una de las estribaciones de la sierra y circundado por las vertientes de la misma, domina una inmensa y fértil vega de algunas leguas de extensión.

«Si te asomas á una altura llamada *El Castillo*, y que debió serlo antiguamente por su posición estratégica, el panorama que descubres, sin ser arrebatador ni extraordinario, sin ser uno de esos renombrados paisajes que los *touristes* se apresuran á visitar, es bello y de un tinte melancólico, sobre todo al crepúsculo, á esa hora poética en que todo se percibe envuelto entre las brumas: ves el valle dividido longitudinalmente por un inmenso y verde prado de dos kilómetros de ancho, que á modo de festón, borda con sus sinuosidades las doradas rastrojeras y los verdes cañamares: allí el río y una porción de fuentes y arroyuelos que humedecen la llanura matizada de arboledas, cuyos frondosos árboles mimbrones y castaños apenas dejan filtrar algunos rayos del sol: más allá la carretera real y las elevadas montañas de roca viva, que juntamente con la sierra que se extiende á nuestras espaldas, viene á cerrar el valle.

«Este valle, amigo mío, es el valle de la felicidad; la Meca de las codornices, tórtolas y zorales.

«Exceptuando la huerta que se cultiva debajo del pueblo, la cosecha de la vega se reduce al trigo y al cáñamo: junto á un campo de trigo, uno de cáñamo separados por floridas acequias ó *hileras* cubiertas de espinos, broza y hojarasca. Aquella planicie se asemeja á un inmenso tablero de ajedrez de cuadros verdes y dorados, dividido por una

faja extensa y por una cinta de plata: el prado y el río. «Como ves, el terreno no puede ser más querencioso para la codorniz, ni mejor el cazadero: campos largos y estrechos, trigo y cáñamo abundante, agua, quietud y frondosidad. ¿Qué falta?

«No es el hombre el único enemigo de la codorniz. Un enjambre de aves de rapaña se cierne sobre los campos, acechando el momento de poder hacer presa. Para el cazador es señal de abundancia.

«La codorniz, en cuanto riegan los trigos, huye á otras comarcas en busca de abrigo; mas aquí, con sólo correrse unos pasos, se encuentra defendida por los cáñamos, en los que encuentra pasto y morada. De aquí que su número no sólo no disminuye, sino que aumenta constantemente por el continuo arribo de bandadas que huyen de otros parajes acosadas por las cuadrillas de segadores y escopeteros. Los días de la siega los pocos cazadores que encuentras en el lugar las persiguen, hasta que huyendo de ellos y de la inclemencia del sol, se refugian en los altos y tupidos cañamares donde se tienden perzozas hasta la noche, que se corren al rastrojo en busca del codicioso grano.

«Mientras no arrancan los cáñamos en Setiembre, las horas más á propósito para cazarlas son las dos primeras y las dos últimas del día. Esto no empece para que yo, dada mi loca afición, las persiga mientras el sol nos alumbraba.

«En dichas horas, al alborar y al ponerse el sol, y mejor cuanto más oscuro, el procedimiento que más eficaces resultados me da, consiste en ir yo pegado á la orilla del cañamar y el perro cazando por medio del rastrojo: de este modo evito que la codorniz se corra á peon, y la tiro perfectamente cuando acosada por el perro alza el vuelo para guarecerse en el cañamar, lugar sagrado para sus persecuciones. Has de ir muy prevenido y bastante deprisa, adelantándote á la línea del perro, que ya á esta hora aguardan poco, y por mucho que las *toca* es difícil tirarlas de muestras.

«¡Compañero! Es una delicia oír ese especial ruido que hacen al volar, mezcla del chirrido del grillo y del silbido del hombre.

«Los primeros días los perros entran voluntariamente en los cáñamos; mas pronto se niegan, por lo mucho que les estropea las orejas y el hocio la fortaleza y rusticidad de la caña. Pocas son las codornices que se matan durante la fuerza del sol; mas si alguna cae herida dentro del cañamar, puedes contar con uno ó dos pares más. Me explicaré: el perro, en cuanto la ve caer, le subyuga de tal modo la afición y el instinto, que se lanza con impetu dentro del campo, donde *toca* por todos lados; sigue los muchos rastros, se enardece é incita, olfatea y ve por delante las codornices, hasta que, descompuesto y furioso, salta, corre y ladra atemorizando las codornices, que se lanzan á volar, haciendo tan fuerte ruido al abrirse paso entre las aristas, que te apercibe para tirarles con toda seguridad. Si el cáñamo es tierno y poco espeso y tú tienes alguna práctica, ves á cierta distancia delante del perro, que las aristas se mimbran y mueven con suavidad: es la codorniz que huye del perro y que puedes matar, haciéndola volar arrojando una piedra con tino.

«El perro sale cansado, teñido de verde y con las narices ensangrentadas; más que á un perro se asemeja á un papagayo con orejas.

«Ayer, amigo mío, fué uno de los más felices días de mi vida; ¡ayer maté ciento tres codornices! (1). Bien es verdad que jamás he visto tantas, ni he tenido tan magnífico cazadero, ni día tan á propósito.

«Supongo que no te molesto, antes bien creo que me lees con gusto, por lo que me perdonarás llene cuatro renglones relatándote mi cacería de ayer, áun á trueque de que esta carta se vaya convirtiendo en un artículo para *EL CAMPO*. Ten presente que estamos á 13 de Setiembre, en la flor y nata de la temporada.

«A las cuatro de la madrugada dejé el pueblo, áun envuelto en las sombras de la noche.

«Con la perra *Clio* delante atravesé la huerta y parte de la vega aqueñando el prado, hasta que llegué á unos inmensos trigos que no había cazado há ya algunos días, y en los que antes de salir el sol siempre encuentro codornices, que sin duda bajan de noche á comer. El silbo de los chorlitos ó alcaravanes, el canto de algun macho de codorniz y las esquilas de un próximo ganado, eran los únicos ruidos que turbaban el majestuoso y reposado silencio de aquellos campos: la luz asomaba vergonzosa por detras de los cerros, bañando toda la comarca con su tenue claridad: el cielo estaba despejado, y un venticello fresco y suave cargado de aromas campesinas disipaba la neblina y los vapores del prado.

«Salté la valla que cierra el trozo que iba á cazar; tercié la escopeta sobre el brazo, y comencé la perra á rastrear. A los diez pasos *tocó* el inteligente animal; á los veinte, sin aguardar su embestida, salió un par de codornices, de las que sólo una pude matar; la oscuridad me impidió encañonar á la compañera. A cada paso saltaban grupos de alondras que se remontaban á saludar al sol con sus trinos.

«A las nueve de la mañana abandoné el cercado: diez y siete gruesas y sebosas codornices pendían del tahali.

«En una alameda, y junto á una deliciosa fuente, tomé un frugal almuerzo. Las tórtolas arrullaban en las copas de los árboles, y las blancas y urracas se lanzaban pausadamente de rama en rama. Anton el guarda, que á la hora del almuerzo acostumbraba á *darme los buenos días*, me aseguró que acababa de dejar en unos patatares que hay en medio del campo, un *par* de codornices.

«Con efecto, á los veinte minutos me convencí de que tenía tela para rato. Las codornices abundaban, y los patatares eran tan frondosos, que á duras penas podía abrirme paso. Con buche repleto de grano se habían corrido de las rastrojeras inmediatas para solazarse y descansar en

el follaje, por cuyo motivo aguardaban mucho y las mataba de muestra. La perra hacía prodigios. Es indecible lo que el aficionado á la caza disfruta viendo trabajar un buen perro. Mi *Clio* es tan maestra, caza tan despacio, con una delicadeza y elegancia, que no temas se le pase una codorniz, ni la embista mientras no esté preparado. Se agachaba como un gato y se estiraba de tal modo cuando tenía cerca la codorniz, que las hojas la cubrían, dejando únicamente comprender por su cola firme y de punta, que ante su vista tenía una codorniz quieta, magnetizada. ¡Ahí, *Clio*! y la arremetía bravamente con impetu.

«Serían próximamente las doce cuando di por cazados los patatares y por terminada la mañana: atravesé el prado, crucé el río, y á campo traviesa sin detenerme á cazar aquellos parajes, cargado de codornices que eran la admiración de los labradores, entré en una venta situada junto al camino real. Mi pobre *Clio*, desecha y jadeante por el cansancio, apenas podía seguirme.

«La mayor parte de los días como en esta venta, distante del pueblo unas dos horas. En ella me espera un zagal que á prevención trae del pueblo mi perro *Tul*, calzado y repuesto de cartuchos, y se lleva la perra y las codornices que he cazado.

«Una mozueta linda, zahareña y vivaracha me sirve una modesta comida compuesta de huevos, magras de jamón y queso; con esto, un vaso de vino moro y un tabaco argelino repongo mis perdidas fuerzas y quedo en disposición de volver á *entrar en fuego*. En tanto que disponen mi comida y una abundante sopa para los perros, me entretengo en limpiar bien la escopeta.

«Luego de comer me recosté un poco á la sombra de unos álamos que hay detras de la venta. La perra apenas podía agradecer mis caricias. *Tul*, impaciente y fogoso, aguardaba con ansia el momento de partir á la vega.

«Una digresión. El perro lo es todo para el cazador, y especialmente para este género de caza. Dame un buen perro y una mala escopeta y seré cazador. Tengo la convicción profunda que el *pointer* puro no sirve para cazar como los perros españoles; es demasiado ardiente. Si le castigas, no caza; si le acaricias, se adelanta y apresura. Digo esto por experiencia. Tal vez cruzando esta raza con alguna de las españolas, con los pachones, navarros ó *gorgas*, se obtenga un buen tipo: hoy por hoy considero al *pointer* como á una calamidad á pesar de su hermosura, fortaleza y afición decidida. A mi juicio la raza *gorga* es la que ha dado mejores perros para la codorniz, de la que verás un buen ejemplar en mi *Clio*. ¡Lástima que desaparezca!

«Ninguna mañana había podido reunir cuarenta y cinco codornices como llevaba ya muertas, lo cual me hacía prever, con razón, un gran día. Además, el cazadero que destinaba para la tarde era el mejor por las circunstancias de lugar y tiempo: una zona como de 2 kilómetros cuadrados, que en su mayor parte había estado sembrada de cáñamo y que la tarde anterior le acababan de arrancar. Era el día oportuno para cazarlas, pues se habían quedado sin abrigo y á merced del perro.

«Jamás maté tantas como ayer tarde.

«Limpia la escopeta, bien pertrechado de cartuchos y con el perro de refresco, me dirigí á la partida.

«Las codornices abundaban por todos lados. El perro, joven, fogoso, inteligente y muy cazador, siempre le tenía puesto de muestra: no me daba tiempo para cargar; las carambolas se sucedían. Echarme una codorniz, tirarle, traérmela y volver á quedarse de muestra, era cuestión de un momento. Los cañones de la escopeta abrasaban de tanto tirar. ¡Ah, qué felicidad! Compadezco, amigo mío, al que no comprende la belleza, el encanto que tiene la caza.

«Bandas de tórtolas cruzaban continuamente en dirección de los álamos que rodean el prado.

«*Tul* cazaba como nunca; verdad es que no podía hacerlo en mejor sitio. Las codornices, faltas de los cañamares que les servían de refugio, se guarecían en parajes de los que el perro las desalojaba con facilidad.

«El terreno, perfectamente llano y despejado, no dejaba escape alguno á las atribuladas codornices: de los rastros de trigo puro, especialmente en los que abunda la cizaña; de los haces de cáñamo; de las lindes, de todos sitios saltaban ó las hacía volar el perro. Mas cuando me puse negro de tanto tirar fué en las primeras horas de la tarde, que huyendo del sol, se estaban dentro de aquellas frescas *hileras* cubiertas de lirios, follaje y hojarasca. Unas veces el perro las cogía vivas y otras tenía que hociquearlas para que volasen; su proverbial pereza aumenta por lo gordas y sebosas que están en Setiembre. Cuántas salían sin poderles tirar, no encontraban otro remedio más que refugiarse en las lindes de los cuadros, al abrigo de las zarzamoras y cardos silvestres, de donde las echaba con los cañones de la escopeta.

«Aquello era un San Bartolomé codornicero; cuanto más tiraba, más aumentaba mi selvática afición. Momento hubo en que el vértigo se apoderó de mí, y no tuve más remedio que sentarme, aturdido de la cabeza y vacilantes las piernas.

«Ebrío en su persecución me sorprendió la noche, y áun hubiera continuado tirándolas instintivamente, si no se me hubiera desgastado un muelle de la escopeta de tanto hacer fuego.

«Cargado de codornices y sin poder andar, regresé á la venta completamente satisfecho. Allí alquilé un machito que me condujo al pueblo.

«Ya ves si tengo sobrados motivos para estar contento, y si te esperaré con ansia, deseoso de compartir contigo tanta ventura.

«Queda aún mucho cáñamo por arrancar, de manera que si vienes á seguida, podrás divertirme una semana. Después emprendémos las perdices en la sierra.

«^{ooo} 13 de Setiembre.»

Aquí termina la carta de mi amigo. Ocioso es decir que todos los años, dicho mes le paso en aquel pueblo. En su descriptiva carta no había un ápice de exageración.

Pero sepamos: ¿cuál es el país de las codornices? me

(1) Mi compañero no podía aún conocer los consejos del Barón de Córtes á su nieto, pues de conocerlos me hubiera dicho 206.

preguntarán ustedes. Diré como Alarcon: *Ese es el secreto.*

Madrid, Setiembre 1878.

JULIAN SETTIER.

FERIAS Y MERCADOS.

Si la Economía política tiene importancia como conjunto sistemático de principios, como ciencia; si en los pocos años que su desarrollo cuenta ha alcanzado digno puesto en la enciclopedia, débelo principalmente á la facilidad con que aquellos principios se practican, y practicados producen utilidad tangible.

La Economía política como ciencia es moderna, como arte es antiquísima, y tan remota es su antigüedad, que en el tráfico sencillo de los primeros hombres se vió su aparición coetánea á la del derecho.

Todas las instituciones económicas son igualmente importantes, necesarias y útiles, todas atienden á un objeto humano y coadyuvan al cumplimiento del fin de la humanidad; pero sobre todas descuella una que responde á la heterogénea naturaleza del hombre, el comercio.

Fuera tarea árdua, y á más de árdua estéril, la de tratar de remontarnos á los tiempos primitivos é intentar sorprender el origen del cambio mercantil. Hállase esto en todas las obras, todos los autores de ello se han ocupado y no haríamos más que repetir lo ya dicho.

El comercio nace de la producción, porque el comercio en su esencia no es más que el cambio, y sin producción el cambio sería imposible; por eso los productos al ser cambiados toman el nombre de mercancías ó mercaderías. Este cambio, origen y fundamento del comercio, es á la vez fundamento y acaso origen de la economía; Wathely así lo consideró al darle el título de *Katalláctica* (ciencia de los cambios). Del cambio ha nacido la división del trabajo; con el cambio se han perfeccionado las industrias; al cambio se deben las múltiples manifestaciones de la actividad y el progreso de los pueblos. Es la fuerza impulsora de todos los tiempos, la palanca poderosa que mueve á las naciones modernas; tal se ha comprendido y estimado desde lejanas épocas hasta nuestros días, y por eso en todas las edades de la historia cuanto tiende á dar mayor extensión al cambio se ha considerado de gran utilidad y ha sido estudiado prolija y detenidamente.

Y entre los medios más eficaces para favorecer el cambio mercantil, las transacciones mercantiles más tarde, figura el del lugar donde éstas han de verificarse, y ya en él, los establecimientos destinados á tan especial uso, que se denominan *mercados, ferias, bolsas ó lonjas, docks, exposiciones industriales y casas de contratación*. En estos establecimientos se reúnen los comerciantes y exponen los diversos productos de la industria, que acuden á comprar comerciantes también ó consumidores directos con gran facilidad, para satisfacer, ya apremiantes necesidades, ya deseos frívolos, hijos del capricho, y que procura gran suma de bienestar, que es lo que en último caso viene á constituir el lujo.

De cuánta trascendencia es para la vida lo que dejamos consignado, no hay que decirlo; un ilustre escritor español, Florez Estrada, lo explica en las siguientes palabras: «Se seguirían grandes incomodidades y crecidos gastos si cualquiera individuo que necesitara un artículo hubiese de ir á comprarle al productor, y éste, ocupado en venderlo al pormenor, no le produciría tan abundante. Así, una tienda en que puedan comprarse los alimentos de consumo ordinario, evitando al consumidor la necesidad de salir del pueblo, le proporciona ventajas incontestables.»

Prescindiendo de la mayor parte de los establecimientos mercantiles citados, sólo examinaremos como pertinentes á nuestro asunto los mercados, y con relación á éstos las ferias.

Entre las ferias y los mercados no ha habido ni hay una gran diferencia esencial; indican ambas palabras sitios de reunión de vendedores y compradores, de consumidores y comerciantes en períodos de tiempo determinados, con el fin de ofrecer y adquirir productos para la satisfacción de las necesidades naturales.

Se distinguen, sin embargo, los mercados y las ferias: aquéllos son más frecuentes y de menos productos que éstas; su influencia es puramente local, y á lo sumo provincial; su índole es diferente y no se proponen objetos tan múltiples. Tal decía Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana*, y tal podía decirse en la antigüedad, porque hoy cabe afirmar que los mercados son las ferias de la Edad Media, y las ferias de entonces las exposiciones universales de ahora, aunque para sostener esta afirmación no hay que olvidar los maravillosos adelantos del siglo en que vivimos, que han hecho de los continentes naciones y de las naciones pueblos.

Las ferias tuvieron una gran importancia en los siglos medios, fueron el lazo de unión de los diversos países del mundo, y como más adelante veremos, objeto preferente de atención para los hombres más ilustrados, que veían en ellas el símbolo de la concordia y de las amistades de los pueblos, que consideraban el tiempo de su celebración como tregua de paz en medio de aquellas luchas bárbaras, y que al estudiar los resultados encontraban con grandes mejoras y progresos en épocas de general atraso y de escasez civilización.

Las ferias en la Edad Media produjeron incalculables beneficios, siendo muy famosas en Europa las de Flandes y Brabante, de Lombardía, de Inglaterra, del Languedoc, de la Provenza, de Troyes y Reims, en la Champaña, de Francfort y Beaune, de Nijmú-Novogorod y de Leipsick; la fama de esta última llega hasta nosotros. Pero las ventajas de las ferias pasaron con la sucesión de los siglos, y actualmente su importancia es muy relativa y se reduce sólo á algunas naciones. Cuando los medios de comunicación y transporte eran pocos y malos; cuando las necesidades es-

taban reducidas á estrechos límites, se comprende la utilidad de esos concursos mercantiles; pero en nuestros días, la ciencia ha demostrado los múltiples inconvenientes que les son ajenos. En efecto: los gastos de transporte y acarreo son grandes y llevan consigo disminución en las ganancias de los comerciantes ó ceden en perjuicio de los consumidores, aumentando el precio de las mercancías. Si éstas satisfacen verdaderas necesidades, no lo hacen por completo en el tiempo, pues las ferias se celebran en largos períodos, ocasionan gastos superfluos, porque muchas veces las necesidades que satisfacen son ficticias; y, finalmente, dadas las condiciones de hoy, no se siente su falta, porque en las grandes poblaciones encuéntranse todos los productos que ántes se llevaban á las ferias.

Por eso hanlas sustituido ventajosamente los mercados, que son urbanos ó rurales, y que responden á las circunstancias del momento histórico que atravesamos. Los mercados rurales ó del campo son semanales ó bisemanales; se celebran generalmente en las villas ó ciudades y á ellos acuden los labradores y campesinos para abastecer su hogar con generos frescos, abundantes y baratos. Los mercados urbanos se verifican diariamente para el abastecimiento de los grandes centros de población y en locales construidos al efecto, conformes con los modernos adelantos, y en los que se observan escrupulosamente los saludables preceptos de la higiene pública.

Los mercados rurales estrechan las relaciones de una localidad; los urbanos no sólo las de la ciudad sino las de una provincia y las de una nación, pues á ellos acuden mercaderes de todas partes con productos de todos géneros. Son, como ha dicho un escritor contemporáneo, modestos certámenes, más provechosos y más baratos que los nacionales y universales.

La historia de las ferias y mercados en España está íntimamente unida y corre parejas con la del comercio. Conquistada España por los romanos, supieron los habitantes del Latío aprovecharse de las excelentes condiciones de nuestra patria para explotarla y utilizar sus productos; pero no desarrollaron el comercio en gran escala, porque, á diferencia de fenicios y cartagineses, los romanos no eran grandes comerciantes; Ciceron consideraba deshonoroso el ejercicio del comercio y vilipendia á los mercaderes. El cónsul Q. Claudio dió leyes restrictivas del comercio, y hasta los tiempos del Imperio puede decirse que el comercio no tuvo importancia en Roma.

En la época de los emperadores se establecieron colegios de mercaderes en muchas ciudades á semejanza de los que había en la Ciudad Eterna, y aunque se les excluía de los derechos de ciudad y sufragio, numerosas personas se dedicaban al tráfico, porque explotando la ociosidad de los romanos llegaban á hacerse dueñas de caudales considerables.

Estos mercaderes, algunos de ellos romanos, iban á la India en busca de piedras preciosas, perlas, marfil y telas de seda; á la Arabia, por aromas; al Asia menor, por frutos delicados, teraceas y conchas de tortuga; al Egipto, por papel y vidrio; á la Grecia, por obras de arte y primor; á la Mauritania, por tapices; al Ponto Euxino, por cueros y peletería, y á diferentes regiones de la Europa, por los productos que abundaban en cada una (1).

Durante la dominación romana florecieron en España ciudades importantes cuyos mercados fueron emporio del comercio, tales como Tarragona, Cartagena, Málaga, Córdoba, Sevilla, Cádiz, Braga y Santofia; sobre todo Cádiz, ciudad á que llamaban los antiguos perla del Mediterráneo.

Siguió desarrollándose el comercio en España durante la dominación goda; Sidonio Apolinario, M. Aurelio Casiodoro, Isidoro Hispalense, Gregorio Turonense, San Isidoro y otros escritores de la época, dan idea del incremento comercial gótico. España comerciaba con el Bósforo y con Alejandría, almacenes universales, centros mercantiles del mundo en los siglos VI y VII. Pero cuando la Iberia llegó á su más alto grado de esplendor comercial fué después de su conquista por los moros. Sevilla, Málaga y Almería hicieron célebres en los fastos mercantiles bajo la influencia de los árabes. En Almería se estableció una *atarazana* para la construcción y reparo de las naves; fundáronse además factorías de moros y cristianos en las ciudades y en los caminos, donde unos y otros exponían sus productos, y se celebraban con frecuencia concursos de mercaderes. Mérida, en el siglo IX, debió á estos concursos su fama.

La industria agrícola en la Edad Media se propagó y aumentó por los mercados; los *zocos* ó mercados cordobeses veíanse siempre tan concurridos, que á la ciudad de Abderrhaman se la llamaba granero de toda España y centro de la contratación de todas las provincias, y lo que sucedía en Córdoba pasaba también en Granada.

Los moros celebraban ferias anuales en diversos puntos, y principalmente en el campo de Murcia, conocido con el nombre de *Algela*; abastecían perfectamente sus ciudades y tenían la comisión de la policía de abastos los *mohet-sib* ó almotacenes, que estaban encargados de legalizar los pesos y medidas y de imponer multas á los vendedores que faltasen á la buena fe en los contratos.

Si esto sucedía entre los árabes, entre los cristianos los fueros regulaban el comercio dándole gran libertad, como los de León, Nájera y Logroño, ó quitándosela y reprimiéndola como el de Sahagún. En algunos fueros se encuentran disposiciones análogas á las establecidas en nuestras ordenanzas municipales, y así se observa en las de Cuenca, Soria y Avila. El de esta ciudad dispuso que hubiera dos días de mercado, en el *coso del Señor San Pedro* el uno, y del *Señor San Juan* el otro.

La misma tendencia á la libertad mercantil que se ve en los fueros se nota en los cánones de los Concilios, cuyas disposiciones protegían á los mercaderes y los mercados, imponiendo graves censuras á los que no respetasen las

mercancías y las personas de los comerciantes. Y es que la Iglesia vislumbraba en el comercio la base de la regeneración social de los pueblos ensangrentados por civiles y encarnizadas contiendas.

No podían los reyes permanecer impasibles en medio de aquella corriente general que impulsaba la libertad del comercio, y San Fernando, apenas conquistó á Sevilla, concedióla privilegios sin número para que no decayera la importancia de su tráfico y continuase tan rica y esplendorosa como bajo el imperio de los moros, Alonso X mandó se celebraran en la antigua capital de la Bética dos ferias en el año, de treinta días cada una, y no satisfecho con haber otorgado tal merced, que lo era la suya, y no menguada en el siglo XIII, concedió grandes privilegios á los mercaderes que á la dicha feria concurrían, les franqueó los portazgos *é todos los derechos que y avien á dar de todos los paños de lana que non son moriscos, é de cavallos, é de bestias, é de vino, é de conducho, é de ganados* (2).

Dió asimismo el Rey Sabio privilegios á Alcalá y Sanlúcar, privilegios que confirmó su hijo y que contribuyeron al florecimiento del comercio, cuya importancia se comprende por los muchos mercados que existían y por la suma de *cartas otorgadas* que refrendó el insigne autor de las *Partidas*. En este Código se hallan algunas leyes referentes á lo que es objeto de este artículo, por ejemplo, en la 4.^a del tit. VII de la Part. V, se dice que *las tierras et los logares en que usan los mercadores á llevar sus mercadurias son por ende más ricos, et más abundados, et mejor poblados, et por esta razon debe mucho placer á todos con ellos*.

El ejemplo de los reyes fué seguido por las Cortes, que atendieron á favorecer el incremento del comercio poniendo á salvaguardia los mercados y los mercaderes, y son célebres por esto las de Valladolid en 1312 y en años anteriores. Merecen citarse durante este período las ferias de Segovia, Valladolid, Alcalá, Salamanca, Sevilla, Villalon, Medina de Rioseco y Medina del Campo, la más famosa de todas, establecida por disposición del príncipe D. Fernando de Antequera. Duraba en un principio cien días, y luego se dividió en dos ferias anuales de cincuenta días de duración cada una, á contar desde el 1.^o de Marzo y Octubre. Era notable entre las notables esta feria. A ella acudían mercaderes de todos los reinos y de todas las naciones; Castilla llevaba sus granos y frutos; Aragón, sus vinos; Andalucía, sus aceites; pero el principal comercio consistía en cereales. Usábase en Medina del Campo durante la feria, del crédito y de sus principales instituciones, de los Bancos; fundábanse establecimientos de esta clase que se encargaban de las cuentas corrientes y de los depósitos de los mercaderes, y algunos historiadores de la Edad Media dicen que no se veía blanca, porque todos los tratos y contratos se hacían con papel. ¿No es asombroso esto á fines de la Edad Media?

En Aragón y Cataluña sucedía lo mismo que en Castilla. En Aragón los fueros de Zaragoza, Jaca, Barbastro, Calatayud y otros contenían leyes favorables al comercio, y mandaban no echasen los pueblos en olvido la utilidad de los mercados.

En el *Privilegio general* de Aragón se confirmó lo dispuesto en los fueros. El Rey Jaime I prestó decidido apoyo á ferias y mercados, señaladamente á los de Valencia, y Pedro III fundó alhóndigas en esta ciudad con ánimo de fomentar el comercio del trigo. En Cataluña los *Usajes* se ocupaban detenidamente de las prácticas mercantiles y de todo lo que se refería á mercados, mercaderes y mercaderías, siendo uno de los códigos más minuciosos en este punto el del conde D. Ramon Berenguer el Viejo. En el siglo XIV, en el año 1383, se edificó la *lonja* de Barcelona.

Los Reyes Católicos confirman todas las disposiciones de la Edad Media y llevan su carácter de reforma á la esfera comercial dando leyes nuevas en los Ordenamientos protectores de los derechos de los comerciantes. Y al comenzar la Edad Moderna, en el siglo XVI, el comercio adquiere tan gran incremento y desarrollo, debido en mucha parte al descubrimiento de la América, que es cosa de sueños lo que pasaba en las plazas mercantiles de entonces, como dice la frase de un escritor de aquella época.

Decae, sin embargo, en esta edad el tráfico, por las malas doctrinas económicas, según unos historiadores; por causas políticas y sociales, según otros, y en tiempo de Felipe II cuidanse todos de las guerras iniciadas por Carlos V, y no se dedica nadie á las empresas mercantiles. Se despueblan Burgos y Medina del Campo; los genoveses monopolizan el comercio, créanse aduanas, pónense estorbos, y en el caos de los siglos XVI y XVII desaparece toda la importancia que aquél tuvo en España. Apenas si Carlos III consigue reanimarle, y su existencia es tan corta, que muere en el reinado de Carlos IV para no resucitar hasta la segunda mitad de esta centuria.

Hoy el comercio vive por la iniciativa individual, y no necesita leyes de Concejos, monarcas, ni Cortes para su desarrollo; hoy las grandes poblaciones, las capitales del mundo son mercados inagotables de infinitos productos; hoy sólo como tradición, se recuerdan las ferias de Medina del Campo, que no pueden compararse á las Exposiciones de Londres, París, Viena y Filadelfia, como no pueden compararse los tiempos medios con los modernos. Y es grave yerro de los economistas intentar defender lo que yace para siempre en el pasado.

Cualquiera, el más insignificante de los mercados de hoy supera con grandísima ventaja á las más renombradas ferias de los siglos XIV y XV. Y no es decir esto que nuestro menosprecio caiga sobre aquellos tiempos y aquellos usos, que no puede el hombre despreciar su juventud en la virilidad sin hacerse indigno de sí mismo; es que las costumbres progresan y que la libertad humana resplandece más cada día, iluminando con sus rayos las tinieblas que nos rodeaban.

E. PEREZ DINDURRA.

(1) COLMEIRO: *Historia de la Economía política en España*, tomo I, capítulo VIII.

(2) *Memorial histórico*, tomo II, pág. 29.

ECOS DE PARÍS.

El tiempo que hace, con sus alternativas de sol y lluvia prueba una vez más que ninguno es profeta en su tierra, ni aun el Observatorio. Sus predicciones meteorológicas no valen más que las de los diferentes *Mathieu* que se forman doce mil reales de renta con su doble vista astronómica. Los cálculos atmosféricos y las apreciaciones físicas son tan inciertos, que sería mejor abstenerse de hacerlos; porque hablar de un modo dudoso no es decir nada, y asegurar que mañana hará tal tiempo es traspasar el límite del estado actual de la ciencia.

Así resultan de los boletines que se publican grandes desengaños para los que creen en su infalibilidad. No se atreve uno a salir al campo, por lo que dice el oráculo, y el tiempo es bueno; al contrario, se cree en sus promesas de sol, se va de caza y se vuelve calado hasta los huesos.

Por eso los ingleses tienen la excelente costumbre de no consultar el barómetro sino maquinalmente; y por poco que amenace el tiempo, toman precauciones, con buenos vestidos y paraguas. El barómetro es como la más bella mitad del género humano y *bien fol est qui s'y fie*.

A pesar de este tiempo, los *chateaux* rivalizan en animación y en hospitalidad. El juego de moda este año es el *Brazco*. Se compone de una mesa de billar de 4 metros de largo por 2 m. 50 de ancho, en la que hay ocho ranuras paralelas, y en ellas unos andarines colocados sobre ruedas. Estos muñequitos tienen por pista las ranuras. A las extremidades del billar hay cuatro paletas, que coge cada jugador y las que, á una señal dada, empujan.

El muñeco así lanzado va á dar sobre una banda de caoutchouc y vuelve girando á su punto de salida. Allí hay una especie de graduación señalada por rayitas numeradas 1, 2, 3, 4, 10. El mérito consiste en lanzar el muñeco bastante fuerte para que no quede en el camino, sin traspasar el objeto, pues en los dos casos es nulo el juego. La partida es general. Cada uno en su puesto, espera allí oír los tres golpes, señal de que empieza, para empujar el muñequito. Se paga un tanto cada uno y el que gana se lleva el fondo. El máximo de los puntos es treinta, pues que el número más alto es diez y se debe tirar tres veces. Este juego reemplaza á las carreras de caballos, que estuvieron en boga hace algunos años.

Las excursiones en *four in hand* son una de las predilectas distracciones en el campo. El *four in hand* va á tener en Francia el éxito que en Inglaterra, donde las señoras no se desdían de guiar, y se citan varios *drivers* femeninos de primer orden como habilidad y seguridad de mano. Algunas señoras dirigen un *duc* de dos caballos y las siguen dos criados á caballo. Esto es la importación en Francia de una moda que la princesa de Galles y la reina de Bélgica practican asiduamente, el *coach woman*.

La princesa Thyra de Dinamarca, cuyo matrimonio con el príncipe imperial ha ocupado hace días la prensa extranjera, parece, según asegura *l'Europe Diplomatique*, que está oficialmente prometida al duque de Cumberland, hijo del difunto rey de Hannover.

A propósito de bodas; en Enero tendrá lugar en Avoles, residencia de la novia, la del Rey de Holanda con la princesa Emma de Waldeck. Después irán á Amsterdam para la coronación, y para fin de Enero la entrada solemne en La Haya. El Ayuntamiento de la capital ha decidido ofrecer á los regios esposos un regalo en nombre del pueblo, y habrá grandes fiestas con motivo de la boda.

Magnífica ha estado la ceremonia de la distribución de recompensas en el Palacio de la Industria. Con una puntualidad militar el Mariscal se presentó á la una en punto, pasando en seguida á ocupar la tribuna que le estaba preparada, donde presenció el desfile del cortejo. Después de los discursos se leyeron los nombres de los premiados, dándose por terminada la ceremonia.

Mucho ha gustado el desfile de los soldados extranjeros enviados á la Exposición, haciendo gran efecto el conde Zichy con su magnífico vestido de magyár.

Se han concedido 571 diplomas de honor, 133 grandes premios, 2.724 medallas de oro, 6.580 de plata, 9.177 de bronce y 9.403 menciones honorables. Además se va á entregar á todos los expositores una medalla especial que recuerde la Exposición de 1878.

A pesar de lo lluvioso del tiempo, era inmenso el gentío que circulaba por las calles, llenas de banderas, y la mayoría se dirigía á los Campos Elíseos para ver llegar los invitados. Los personajes que más llamaron la atención fueron el rey Francisco de Asís, el príncipe de Galles, el Duque de Aosta y Mr. Fere-Orban.

Aunque inferiores á las del 30 de Junio, las iluminaciones han lucido y hacían gran efecto, distinguiéndose los barrios extremos.

A pesar de la fiesta, las entradas en la Exposición no disminuyeron y se veía muy concurrida. Ha habido algunas desgracias y los correspondientes sustos y carreras, causados por los petardos lanzados por los *gamins*, ó como en Madrid decimos, granujas.

El baile dado en el magnífico palacio de Versalles ha estado magnífico. Todo el día ha sido un no cesar de llegar trenes llenos de viajeros, unos para asistir á la fiesta interior y otros á la exterior. Desgraciadamente el tiempo muy lluvioso no ha permitido á éstos gozar de la vista del parque profusamente iluminado y de los fuegos.

Al pie de la escalera, en la sala de los Guerrerros, se ha preparado el salón de tocador donde las señoras arreglan sus *toilettes*. A la salida se sube la magnífica escalera de mármol, adornada con terciopelos bordados de oro, del Guarda-muebles.

Diez y seis salones, alumbrados profusamente, y la célebre galería de los Espejos, se hallan dispuestos á recibir los invitados. Tres *buffets*, uno en el salón de Apolo para el Mariscal y los Príncipes, y otros dos en la sala del Sacre y de *l'Œil de boeuf*, para el público.

A las nueve, las músicas empiezan. El Mariscal, rodeado de su Estado Mayor, recibe los invitados, á quienes saluda. Poco después, el Presidente, dando el brazo á la Princesa

de Galles, y el Príncipe á la Mariscal, pasan al salón diplomático, donde la orquesta deja oír la marcha de *El Sueño de una noche de verano*. La salida fué una verdadera confusión, pues no se había pensado en guardarropa, produciendo esta falta gran tumulto y desorden.

El globo cautivo de las Tullerías lo ha comprado Mr. Walter Groch, director del *Princess Theatre* de Londres, que va á hacer la exhibición en condiciones excepcionalmente curiosas en medio de la metrópoli británica. Mr. Giffard, constructor del globo, piensa presentar otro el año que viene, de mayores dimensiones y que permita llevar mayor número de viajeros.

En los Estados Unidos pululan las sectas disidentes; para muchos individuos, fundar un culto cualquiera es un negocio en el que la religión entra por poco. En el *Kansas Time* leemos: «El otro día tuvo lugar un matrimonio en la capilla de Mr. Hodgson, inventor de una nueva comunión cristiana. El pastor, que, estamos seguros, se ha ordenado él mismo, hizo á los esposos una alocución de las más tiernas, recomendándoles sobre todo velar por el bienestar de la familia que iban á fundar.»

«Vuestro primer deber, les dice patéticamente, es asegurar el pan cotidiano de los hijos que nazcan de vuestra unión. Dejadme indicaros el mejor medio de conseguirlo. Tomad en seguida cada uno una póliza de seguros de la vida de la *National Safety*, de que tengo el honor de ser representante.»

Un doctor de una universidad de Alemania acaba de inventar un papel de tintura luminosa en la oscuridad. Se dice que un editor fantasista va á imprimir libros que puedan leerse de noche en la cama, sin luz, y en la oscuridad de un wagon del camino de hierro.

La lotería nacional está cada día más en favor; pronto se empezará á vender la octava y última serie.

El jueves habrá un gran concierto en el Palacio de la Industria, al que serán invitados los expositores premiados que no pudieron asistir á la solemnidad de la distribución de recompensas.

Los teatros siguen teniendo llenos diariamente, y es preciso tomar con tiempo los billetes para asistir á cualquiera de las representaciones en los principales.

En los Bufos sólo se darán quince de *Orphée aux Enfers*, y con ellas serán mil las representaciones de esta ópera; Offembach debe estar satisfecho.

Mr. Claiborne, que fué gobernador de Missouri, se había casado sucesivamente con cinco hermanas, y cuando fué á pedir la mano de la última, su venerable suegro le contestó: si, Claib, la tendrá V. como ha tenido todas, pero por amor de Dios, no me pida V. después mi esposa!

El banquero Oppenheim, de Cologne, era un hombre de muy buenas ocurrencias. Un día leyó en un álbum del hotel de una estación de baños, lo siguiente: *R. de Francfort*. Preguntó qué quería decir aquello y le dijeron era la firma de Rothschild de Francfort. «Ah! muy bien», contestó Oppenheim, y cogiendo la pluma, escribió: «O. de Cologne.»

Un buen anuncio de un teatro de provincia: «Esta noche, primera representación de *Le Paradis perdu*, desempeñada por los actores de la *creation*»

NEDOC.

NOTICIAS GENERALES.

Hemos oído grandes elogios de los tres magníficos caballos sementales que, en su último viaje al extranjero, ha traído D. Manuel Oliva, dueño del establecimiento de caballos y carruajes de la calle de Quintana, número 14 (barrio de Argüelles), para D. Miguel Primo de Rivera, vecino y acreditado criador de Jerez de la Frontera.

Dichos sementales son la admiración de los inteligentes en caballos, tanto por sus bellas formas, como por sus especiales y recomendables condiciones. Felicitamos al señor Primo de Rivera por el interés que se toma en mejorar la cría caballar en España, aunque sea á costa de grandes sacrificios, lo mismo que al Sr. Oliva, por el acierto é inteligencia con que ha desempeñado tan difícil encargo.

En los países fríos las heladas perjudican mucho á la vid; si hasta ahora no se conocían medios para preservar los viñedos de este azote, no se puede decir lo mismo en la actualidad. El medio que se ha hallado es muy sencillo. En el mes de Octubre se siembran colzas ó nabos en las viñas, y en los meses de Abril y Mayo, cuando son más de temer las heladas, estas plantas tienen ya la altura de un metro y protegen las vides contra sus efectos. Cuando ya no hay que temer el hielo, se cortan los tallos, se escarda la viña, y en quince días se desarrolla con un vigor asombroso.

Los gastos son de 4 reales próximamente por cada veinticuatro áreas de tierra. Los tallos de la colza, lo mismo que los del nabo, dan por otra parte un excelente abono.

En Francia se calcula que el valor real del estiércol que produce cada cabeza de ganado mayor es de 10 céntimos diarios; si toda la cantidad del estiércol que se produce se utilizase, el valor anual que resultaría se elevaría á una cifra muy considerable; pero las malas condiciones en que se hallan muchas veces los estercoleros da lugar á que muy á menudo se desperdicie la mitad, y su producto sea la quinta parte menos de lo que debería ser. Esta pérdida puede evitarse haciendo los estercoleros de las granjas en parajes en donde no puedan perjudicarles las aguas que en poca cantidad arrastran muchas materias solubles, sobre todo las sales amoniacales, las más necesarias para el desarrollo de las plantas.

Los ganaderos y labradores de algunas comarcas rusas sufren enormes pérdidas por causa de los lobos. Según dice la *Gaceta de Samara*, los animales devorados por aquellos en los límites de la provincia el año 1876, fueron 5.880 caballos y bestias de cuernos, 56.000 piezas de animales domésticos de pequeña talla, 22.000 aves de corral y

más de mil perros. En 1877 fueron aún mayores los destrozos. Aunque se calcule á bajo precio el valor de los animales devorados, pueden fijarse en 620.000 rublos, ó sean 2.418.000 pesetas las pérdidas sufridas.

Apuntes sobre los vinos españoles, por D. Francisco Gonzalez y Alvarez, *fabricación, clarificación, refino, conservación y envase del aceite de oliva, cacahuete, linaza y demás semillas oleaginosas*, por D. Francisco Balaguer y Primo, son los títulos de las dos nuevas obras con que la acreditada casa de Cuesta (calle de Carretas, 9), acaba de aumentar su ya importante biblioteca agrícola, y cuya adquisición recomendamos á nuestros lectores, seguros de que han de hallar en dichas obras interesantes y útiles conocimientos, necesarios á los labradores y viticultores.

Las perdices escasean este año en Inglaterra. El tiempo, lluvioso al principio de la estación, ha destruido muchos huevos. En cambio abundan los faisanes, que prometen una estación excepcional.

El doctor Chavanne se presenta en un hospital y dice desea visitar la sala.... Charles.

—Querrá V. decir la sala Saint Charles, le preguntaron. —Digo Charles, contestó el doctor, porque no me gustan los santos.

Le hicieron los honores del hospital, del que pareció muy satisfecho, y cuando se marchaba, la persona que lo había acompañado le dice:

—Adios, señor Vanne.

—¿Por qué Vanne? pregunta el doctor. Me llamo Chavanne. (Chat en francés.)

—Ya lo sé, pero digo Vanne porque no me gustan los gatos.

El pequeño John, que ha escuchado con gran interés la lectura de la Biblia, hecha por su abuelo, le dice: —Y entonces, gran papá, ¿usted estaba en el arca de Noé con todo el mundo?

El abuelo (enfadado).—No, señor, yo no estaba. John.—¿Cómo es que entonces no se ahogó V.?

Escriben á un periódico francés que en una propiedad de Trigni se está haciendo un experimento curioso, que ha dado muy buenos resultados en algunos viñedos. Entre las líneas de cepas, á distancia de dos pies, se planta un fresal llamado *Triunfo de Lieja*. Las gruesas fresas que dan aquellas plantas engendran un pequeño insecto que tiene la maravillosa facultad de descubrir la invisible filoxera y la destruye. El ejemplo del propietario de que se trata, M. S., bien conocido por sus trabajos científicos, ha sido seguido por otros viticultores, que han obtenido los mismos resultados que aquél. Las viñas se encuentran en buen estado desde que se ha introducido la plantación que hemos indicado.

Jongleur, el célebre caballo del Conde de Juigné, ha muerto del tétano el domingo en París, y había ganado premios por valor de 75.000 duros.

NOTICIAS DE LA SOCIEDAD.

Por misteriosa simpatía ó por secreto impulso, todos los pueblos y en todas las edades han consagrado á la memoria de los que fueron, estos momentos del mes de Noviembre en que la muerte (aparente como todas las muertes) de la naturaleza es un hecho.

El mes Athyr de los antiguos egipcios, el Abam de los persas, eran lo que Noviembre para los cristianos; pues el hombre no puede sustraerse á la influencia de lo que le rodea; y así como las espléndidas alboradas de primavera dan vida á las ilusiones y aliento á la esperanza, estas tristezas del otoño convidan á las melancolías del alma y despiertan el recuerdo.

Las hojas secas que no ha arrebatado ya el viento, se agitan en las descarnadas ramas como los jirones de una bandera despedazada en el combate, y el cielo cambia su color azul, símbolo de la alegría, por las cenicientas tintas y por los oscuros celajes que desarrollan la tristeza.

El pálido crisantemo y la descolorida maravilla son, con la amarillenta siempreviva, las únicas flores del verjel; los rayos del sol llegan á nosotros envueltos en nieblas y tristes y fríos como sonrisa de vieja; las sombras lo invaden todo, la noche prolonga las horas de su dominio, y la gente se agrupa en torno del hogar, donde comienza á chisporrotear el leño, mientras el viento, acompañando al fúnebre tañido de la campana, narra historias de muertos y aparecidos.

¡Los muertos! ¡Seres queridos que desaparecieron! Ellos fueron parte principal de nuestra vida; vida de nuestra alma. En los días de su existencia estaban con nosotros. Eran la madre amorosa que nos llevó en su seno, que nos arrulló cariñosamente en nuestra infancia, que nos hizo objeto de sus más tiernas caricias y de sus más ambiciosas esperanzas; la que velaba nuestro sueño, consolaba nuestras tristezas y hubiera sufrido gustosa mil tormentos por una alegría nuestra. Eran la compañera querida de la vida, el amigo leal y cariñoso, el hijo que vino á consagrar nuestros amores y hacer renacer lozana nuestra existencia. Ellos alegraban nuestro hogar, se sentaban á nuestra mesa y eran el objeto de nuestros afanes y de nuestros desvelos. Un día triste y funesto día!, sus fuerzas se debilitaron, la fiebre abrasó la sangre en sus venas, se conmovió su organismo, se alteraron las fuentes de su vida y cayeron postrados por la enfermedad y agobiados por el dolor en el lecho.

¡Qué tristes horas las que pasamos á su cabecera! Le pedimos con ardor sus auxilios á la ciencia; contábamos con afán los momentos que faltaban para que llegara el médico con algún alivio para el ser querido que sufría los dolores físicos; con algún consuelo para nosotros que vivíamos

atormentados por la idea de perderle. Nuestra vida estaba reconcentrada en el reloj que marcaba las horas en que se debía dar las medicinas al enfermo, y nuestra sangre nos hubiera parecido poca para ofrecerla en alivio suyo. Las tintas indecisas de la aurora nos sorprendieron esperando el nuevo día, que no sabíamos si sería el último de la existencia, que, llenos de afán, cuidábamos.

Con nuestras oraciones queríamos completar la obra de la ciencia y nunca pedimos con más fervor al cielo. ¡Ay, que todo fué inútil! El momento terrible de la agonía llegó despiadado; entre nuestras manos, ardientes por el deseo, estrechábamos convulsivamente las manos que iba helando el paso de la muerte; con el horror de la desesperación vimos turbarse la mirada de aquellos ojos que no reflejaban ya nuestra imagen; en vano nuestros labios querían con sus besos reanimar aquellos otros, que cárdenos é insensibles no respondían á nuestras caricias. Un estertor profundo salió de aquel pecho; nuestra alma recogió un suspiro; era el último de la persona amada.

Aquel sér á quien tanto quisimos, era un cadáver yerto, inanimado, frío.

Todo concluyó: alegrías, caricias, sacrificios sin número, amor sin egoísmo, tristezas comunes, sonrisas y lágrimas de otras veces; los recuerdos y las realidades; las promesas y las esperanzas del porvenir; nada; todo lo había desvanecido el último suspiro.

Los extraños, los indiferentes, los animales, vivían en torno nuestro, y el sér querido había muerto. Esto parecía imposible, y como á través de un sueño vimos el cortejo fúnebre, y quedó para toda la vida la impresión del último beso.

Nuestros dolores y nuestras alegrías no son eternos; el tiempo mitiga los unos como desvanecen las otras, y á la desesperación de los primeros momentos suceden la resignación y la calma que cambia el profundo dolor en melancólico recuerdo.

Lo único material, tangible, que del sér querido muerto queda en la tierra, es la tumba en que reposa su cuerpo. Adornándola con flores y luces, cubriéndola de coronas en estos días que la Iglesia consagra á su memoria, parece que nos acercamos más á él y que le consagramos parte de nuestra vida.

No ha habido ningún pueblo que no haya rendido tributo respetuoso á ese culto sagrado de los muertos.

Los persas plantaban con gran solemnidad el ciprés al pié de los sepulcros, para indicar con las ramas eternamente verdes del lúgubre árbol y con su punta elevada al cielo la inmortalidad que comienza al atravesar los sombríos dominios de la muerte.

Inmortalidad que todo indica. Ahora que la naturaleza parece muerta, se abre el seno de la tierra para recibir la semilla que ha de ser germen de la planta que crecerá lozana la próxima primavera.

Esas hojas amarillentas y marchitas que caen de las desnudas ramas y que el viento reúne al pié del árbol, forman á sus raíces propicio abrigo, á cuyo calor se esparcerá la savia que ha de hacer brotar el botón, germen de la paz y del fruto que alegrarán las alboradas de Mayo.

Esta lluvia que cae de un cielo plomizo, que predispone á la tristeza y empapa la tierra, llevará color á las hojas de la rosa y perfumará la delicada corola de la violeta.

Tras esas negras losas que cubrimos estos días de flores en recuerdo de los que fueron, hay indudablemente otra vida para el espíritu. «Si Dios no existiera, sería preciso inventarle», decía el filósofo. Si nuestras creencias no nos impusiesen en la persuasión de esa vida del espíritu, nuestro egoísmo la inventaría para tener el único consuelo de los grandes males, las lágrimas, la oración y la esperanza.

La tristeza del tiempo, la melancolía de los recuerdos que provocan estos aniversarios, me han llevado á las poco alegres consideraciones con que comienza esta crónica, que debía dedicarse á más agradables asuntos. Las representaciones teatrales, los anuncios de bodas, el triunfo de la Durand en Hernani, la visita de Mr. Grant á Madrid, y la instalación en la capital de antiguos astros de la corte, por ejemplo.

Las representaciones teatrales no ofrecen novedad ninguna desde que en el teatro de Apolo se puso en escena el drama del Sr. Cano titulado *La Opinión pública*.

Profundo pesar nos ha causado esta nueva obra del aplaudido autor á los que seguimos las manifestaciones de su ingenio desde que le vislumbramos no hace muchos años en la primera pieza que dió á la escena, representada en el teatro de Variedades.

Quisiéramos ver al Sr. Cano por el camino fecundo de los Tamayos, y no sin gran dolor le hemos visto en su última obra seguir las perniciosas huellas de la novela dialogada de Bouchardy y sus torpes imitadores, que ahora parece que adquiere carta de naturaleza entre el vulgo, como la adquirieron en la primera mitad del siglo los absurdos de obras tan monstruosas como *El Naufragio de la fragata Medusa*.

Fraguar una inverosímil novela de casos raros é inauditos para crear un drama como desenlace de una situación convencional, puede permitirse á la infancia del arte; pero no es digno de un hombre de talento y de corazón, de un poeta como el Sr. Cano. No le conocemos personalmente; no estamos directa ni indirectamente interesados en los asuntos de bastidores, y el talento, donde quiera que le encontremos, nos causa admiración y respeto; por eso nuestras observaciones han de ser profundas y principalmente sinceras cuando se dirigen á hombres como el autor de *Los Laureles de un poeta*.

Se da por seguro que el gusto está extraviado en estos tiempos, y se lleva á la escena lo horrible, lo excepcional y lo inverosímil, con lo que se asusta en vez de conmover á los espectadores. Un drama en que se presenta á una madre abandonando su hijo al nacer, sin preocuparse de preguntar qué ha hecho de él á la mujer á quien se lo ha entregado; que luégo es objeto del amor carnal de este hijo, des-

leal á su amigo é infiel á su esposa; un drama en que todo está fundado en lo absurdo, y que se desenlaza con un suicidio, una prisión por estafa, una locura y una muerte, puede paralizar la sangre en las venas, pero no conmovérá como la tragedia que crece y estalla en la *Ketty del Chatterton* de Vigny, como el sacrificio de *Tisbe*, como el dolor y la tortura de *Lucrecia*, como la deificación de la libertad moral de *Guzmán el Bueno*, como la tragedia de *Los Amantes de Teruel*, las pasiones de *Pelayo*, las torturas de *Triboulet*, y todas esas brillantes composiciones, gloria del arte dramático de nuestro siglo, que no en vano puede estudiar en el idealismo latino de Calderón, y en la observación sajona de Shakespeare.

La sencillez extremada de la acción y el profundo y minucioso cuidado al retratar los caracteres y describir las pasiones, deben ser cualidades esenciales del arte dramático, que para interesar en nuestros días debe, según acertada opinión de un eminente crítico, provocar un problema de libertad moral en que se presenten todos los enemigos y todos los valedores que acuden al espíritu en sus horas de crisis suprema.

Así se interesa al espectador; así, cuando la representación concluye, al volver del asombro que le ha causado el poeta, lleno de goce el espíritu, puede el hombre sentir con varonil altivez circular la sangre por sus venas; levantará su frente y se conceptuará capaz de realizar algo noble, levantado y generoso, que redunde en bien de sus semejantes ó de sus creencias.

Esta santa influencia del arte puede ejercerse por el camino de los dramas absurdos y terribles que han comenzado á poblar nuestra escena? Nadie podrá afirmarlo.

Confiamos en que este convencimiento volverá al hogar del buen gusto á los hijos pródigos que disipan su ingenio.

La Sra. Durand ha lucido mejor sus facultades en *Hernani* que en los *Hugonotes*, y su voz, de puro, angelical y conmovedor timbre ha arrancado espontáneos aplausos al público severo de nuestro teatro de la Opera.

En el Español, los correctos versos, los delicados y hermosos conceptos, las tiernas galanterías, los ingeniosos discreteos de la más famosa comedia de Moreto *El Desden con el desden*, esmeradamente interpretada por la señorita Mendoza Tenorio y por Rafael Calvo, distraen agradablemente al espíritu fatigado por las terribles escenas de los dramas que se estrenan.

En el teatro de la Comedia se presentó una carta cuyo sobre decía: *Don Lino Guerrero*, Madrid.

Iba dirigida al favor del público, y le sucedió lo que á muchos números de *EL CAMPO* que depositamos en correos; no llegó á su destino.

Este año ha vuelto á establecerse en Madrid, después de larga ausencia, una antigua conocida de la sociedad madrileña, que ha admirado mucho su discreción y su ingenio; la Marquesa de Castilleja de Guzmán.

Como siempre, se ha formado en torno de la distinguida dama un animado círculo que hace sumamente agradables las pequeñas reuniones de su casa, y la tertulia de su palacio de la Opera.

Su nombre ha de figurar muchas veces en estas crónicas, y le escribimos por primera vez con la indecible alegría que nos proporciona la seguridad de que ha de pasar el invierno entre nosotros.

La estancia del honorable Mr. Grant en Madrid ha dado ocasión á dos banquetes diplomáticos en la Legación de los Estados Unidos el uno, en la Presidencia del Consejo de Ministros el otro.

Graves como todas las fiestas oficiales, estos banquetes no han ofrecido ningún incidente particular.

Mr. Lowell ha sido propuesto para una plaza de académico corresponsal de la *Española*. Bien merece esta distinción el ilustre periodista que, como otros dignos compatriotas suyos, ha dedicado parte de sus trabajos á la literatura castellana.

Hace por ahora un año que en estas crónicas reseñábamos las fiestas con que se celebraron las bodas de los Duques de Huéscar, y elevábamos al cielo nuestros votos por la felicidad de los recién casados.

Estos votos se han cumplido; la Duquesa ha dado á luz un niño, fruto querido de su amor, que ha venido á colmar el regocijo de las ilustres casas de Fernán-Núñez y de Alba.

La hermosa jóven, á quien vimos engalanada con la poética corona de la desposada, es ya la madre que comienza á ejercer, al lado de la cuna de su hijo, la más sublime de las misiones que la mujer tiene en la tierra.

El primer hijo! Si algunos momentos de completa y verdadera felicidad para el hombre y la mujer hay en la vida, son indudablemente aquellos en que, realizados los sueños de amor, y unidos para siempre en dulce lazo, sienten que comienza á alentar por ellos un nuevo sér que viene á ser como la expresión solemne de la bendición de Dios sobre sus bodas.

No hay ventura en esos momentos como la de la mujer que siente formarse en sus entrañas una nueva vida que vendrá á ser el encanto y el regocijo de la suya, y no hay inquietudes más dulces y más tiernas que las que experimenta el hombre al rodear de exquisitos cuidados en ese crítico período á la depositaria de su amor, á la compañera de su vida.

El primer hijo! ¡Cuántas alegrías trae para el hogar su llegada! El hombre se cree en esos momentos más digno; ha dado vida á un nuevo sér, ha cumplido algo importante de su misión sobre la tierra; nace quien llevará su nombre, quien necesitará su apoyo en los días de la infancia y quien reproducirá su vida, pero mejorada por el anhelo con que cuidará de apartar del paso de su hijo las espinas con que él ya se ha punzado en los senderos de la vida.

Todas las esperanzas, todas las ilusiones se condensan sobre la cabeza del recién nacido, cuyas primeras sonrisas inundan de felicidad el alma.

Ya el hogar está bien libre de ser invadido por el hastío, á quien cierra la puerta la cuna del hijo, puerto bienhechor si algún día llegan esas pequeñas tormentas conyugales que el amor disipa.

Ya los pensamientos, la actividad, la vida toda tiene algún gran objeto; aquel hijo, que viene á ser fruto de una unión venturosa, y para quien no hay virtud, ni cualidad brillante que no se desee.

El hijo de los Duques de Huéscar, el heredero de uno de los más ilustres nombres de nuestra historia, viene á la vida acompañado de todas las condiciones que contribuyen á la felicidad. ¡Quiera el cielo que le acompañe siempre ésta en su camino, y reciban sus ilustres abuelos el homenaje de nuestra consideración al renovar hoy los votos que hicimos al pié del altar en que se unieron para siempre el hijo del Duque de Alba con la hermosa hija de los Duques de Fernán-Núñez.

Se habla mucho de bodas, y en cuanto se rinda el tributo de consideración á los muertos, depositando coronas de siemprevivas sobre sus tumbas, la flor de azahar adornará gentiles cabezas de desposadas que prestarán en el altar sus juramentos.

Estas bodas serán prólogos de otras fiestas.

Tocamos ya á los últimos días de la primavera del invierno.

LA KASAB.

NOCIONES DE JARDINERÍA.

Pocos y de poca importancia son los trabajos que se ejecutan en los jardines durante el mes de Noviembre al aire libre, limitándose casi exclusivamente á quitar las plantas que castigan las heladas ó que han echado sus últimas flores, y á atender á los demás cuidados de limpieza. Sin embargo, es bueno llevar y enterrar el estiércol, la basura y demas abonos en las plantabandas, macizos y cuadros, con el fin de que se pudran y se incorporen á la tierra durante el invierno; los efectos son más satisfactorios que cuando se aplaza la operación hasta la primavera. No deben perderse, como se acostumbra, las cenizas y el hollín de las chimeneas y de los braseros, que son excelentes abonos, ricos en potasa, sino repartirlos en todo el jardín. Los que añadiesen á todos esos elementos de fertilidad un poquito de superfosfato de cal y de yeso pulverizado en la proporción de un kilo de cada sustancia por 10 metros cuadrados, serán recompensados por el vigor extraordinario de las plantas y la abundancia de las flores en la temporada siguiente.

Es preciso observar en los jardines como en los campos las indicaciones de la ciencia para obtener el máximo de vegetación posible en cada caso, y los abonos que se usan generalmente en los jardines de algunos elementos necesarios á la buena alimentación de las plantas de adorno, como son la potasa, el ácido fosfórico, la cal, etc., ó no los contienen en cantidad suficiente.

Pueden confiarse todavía á la tierra las semillas de algunas de las flores que hemos indicado el mes último pasado, y trasplantarse y multiplicarse las plantas vivaces; pero la actividad del jardinero, después de los trabajos de limpieza y abono de las plantabandas, macizos y cuadros del jardín, se concentran principalmente en las estufas y cajoneras acristaladas. Los que han puesto oportunamente en tiestos las cebollas de jacintos, tulipanes tempranos, narcisos, azafrañes, lirios de Persia, scillas, francesillas, etc., pueden empezar á forzarlos por medio de camas calientes de estiércol de cuadra y tenerlos en flor para las Pascuas de la Natividad ó antes, así como las violetas comunes. En las estufas de alta temperatura se fuerzan también desde fin de mes los lirios de los valles (*Muguet*), las lilas, las *deutzias*, algunas *spireas*, los *rosales* y otros muchos arbustos que deben haberse puesto previamente en tiestos con el propio objeto.

Estas flores, combinadas con las camelias, azaleas y rhododendrons, dan á la decoración de los salones y habitaciones durante el invierno un cachet primaveral, que produce las más gratas impresiones, despidiendo los suaves perfumes de Abril y Mayo.

No hemos comprendido nunca por qué los jardineros de Madrid y de las grandes ciudades de España no han emprendido estos cultivos forzados, tan generalizados por allende el Pirineo. ¿Qué ramillete más bello que un *manojito* de lilas blancas, salpicadas de lirios de los valles y de purpurinas rosas, puede ofrecerse en Enero á una aristocrática dama? Pero hablamos de rosas forzadas y no de esas marchitas rosas que nos llegan de Valencia y que nadie se atrevería á ofrecer en París á una *petite bourgeoisie*. Las flores que no ostentan la belleza de la juventud, esto es, la frescura, entristecen más que recrean la vista, porque representan el ocaso de la vida.

Muchas mejoras se han realizado ya en floricultura en la capital de España; pero la especialidad de ramos y ramilletes de mano deja todavía mucho que desear, tanto respecto á la calidad de las flores con que se construyen, como en el modo de construirse. Carecen por completo de poesía.

E. M.

TIRO DE PICHÓN DE MADRID.

Tirada ordinaria del día 18 de Octubre de 1878, á las cuatro de la tarde.

1.^a *Piña*. Cada tirador á su distancia: en 3 pichones, 5 tiradores.

Sr. Conde de Gomar.—3/3. G., á 26 metros.

2.^a *Piña*. Cada tirador á su distancia: en 5 pichones, 5 tiradores.

Sr. Marqués de Peñaflor.—3/5. G., á 24 metros.

3.^a *Piña*.—Cada uno á su distancia: en un pichón, 4 tiradores.

Sr. Duque de Alba.—1—101. G., á 20 metros.
Sr. Marqués de Peñaflo.—1—100, á 25 metros.
Sr. Conde de Gomar.—1—100, á 27 metros.
Después de estas piñas, y á pesar de lo desapacible de la tarde, pues no cesó de llover un momento, se tiraron varios pichones á brazo.
Tomaron también parte en las piñas los señores don Fernando y D. Antonio Soriano, y Vizconde de Bahía-Honda.
La tirada terminó á las cinco y media.

AVELINO.

MERCADO DE MADRID.

El precio de la carne ha fluctuado en la última quincena de 14 á 14,50 pesetas arroba. El pan de dos libras, de 42 á 46 céntimos de peseta. El carbon, á 1,75 pesetas arroba. El aceite, de 17 á 18,50 pesetas arroba. El vino, de 6,50 á 10 pesetas. El trigo, de 13,51 á 13,56 fanega. Y la cebada, de 7,83 á 7,87 fanega.

CUADRADO DE PALABRAS.

Solucion del cuadrado del número anterior

I.
C a t o n
a s a d o
t a ñ e r
o d e s a
n o r a l

Para dar la solución en el próximo número.

I.

- 1.º Famoso poeta y político de nuestro siglo y patria.
- 2.º Region hermosa del Oriente.
- 3.º Lo que no se dice sino hablando de dos.
- 4.º Hembra muy brava.
- 5.º Ave muy grande.

ERRATAS.

En la página 347, 2.ª columna, línea 70 dice: *piojos*; debe decir: *jugos*.
En la misma página y columna, línea 97, dice *para*; debe decir: *por*.
En la misma página, 3.ª columna, línea 3.ª, empezando por la parte inferior, dice: *Eson*; debe decir: *Esos*.

PROPIETARIO.

D. J. Luis Albareda.

Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

ANUNCIOS.

ARMAS Y EFECTOS DE CAZA.

ALCALÁ, 5, MADRID.

Especialidad en cartuchos de todos los calibres para escopetas centrales y Lefauchaux.

VINOS DE BURDEOS.

Médoc, Chateau-Laffite, Latour, Margaux, Saint-Emilion de las mejores marcas; Cognac, Fine Champagne-Licores de Burdeos, á precios equitativos.

Se sirven pedidos desde cajas de 25 botellas en los vinos y 12 en los licores.

Para hacer pedidos y más pormenores de precios, etc., dirigirse á la Administración de este periódico, Villanueva, 6, principal.



VAPORES-CORREOS

DE

A. LOPEZ Y COMPAÑIA,
PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Las salidas serán las siguientes: De Cádiz los días 10 y 30 para Puerto-Rico y Habana.—De Santander el día 20 para idem, tocando en Coruña.—De Coruña el día 31 para Puerto-Rico y Habana.—De Habana los días 5 y 25 para Cádiz.—De idem el día 15 para Coruña y Santander.—Más informes de los agentes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll y compañía.—Santander, Angel B. Perez y compañía.—Coruña, E. de Guarda.—Valencia, Dart y Compañía.—Alicante, Faez hermanos y compañía.—Madrid, Julian Moreno, Alcalá, 28.

GUANO NATURAL DEL PERÚ.

Dirigirse á D. José Eusebio Rochelt.

BILBAO.

CALIRHOE.

NOVELA ORIGINAL

DE MAURICIO SAND.

Calirhoe, precioso libro que consta de 482 páginas de compacta lectura, es una de las más bellas producciones del espiritual escritor Mauricio Sand. Considerable número de ediciones francesas responden del agrado con que el público la ha acogido.

Se vende en las principales librerías al precio de **cuatro reales**. Para los suscriptores de *EL CAMPO*, *Los Debates* y *La Revista de España* cuesta **tres reales**. Aquellos de nuestros abonados que deseen adquirir tan interesante novela, dirigirán un aviso á esta Administración y se les remitirá, incluyéndoseles su importe en el recibo del primer mes si es que no prefieren acompañarle á la petición.

CAMINOS DE HIERRO DEL NORTE.

SERVICIO DE LOS TRENES.

Línea de Madrid á Hendaya.

ESTACIONES.	MIXTO.	EXPRESS.	MIXTO <i>discrecional</i> .	MIXTO.	CORREO.	MIXTO.	MIXTO.
Madrid.. . . . salida..	M. 8.05	T. 4	T. 6		N. 8.30		
Escorial.. . . . llegada..	10.08	5.23	8		10.16		
Ávila..	1.30	7.54	T.		1.05		
Medina.. . . .	5.45	10.17			4.03		
Valladolid.. . . . llegada..	8	11.27		N. 5.50			
.. . . . salida..	N.	11.35		7 6.10			
Búrgos.. . . . llegada..		2.35		12.42 10			
Miranda.. . . .		4.50		N. 12.55			
Alsásua.. . . .		7		3.38			
San Sebastian.. . . . llegada..		9.48		6.40 M.	T.		
.. . . . salida..		10.03		6.55 5.10	5.05		
Hendaya.. . . .		10.50		7.50 6.10	6		
		M.		N.	M.	T.	

ESTACIONES.	CORREO.	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.	EXPRESS.	MIXTO.
Irun.. salida..	M. 7.30	M. 11.05			T. 2.30	N. 7.35
San Sebastian.. . . . llegada..	8.02	11.45			2.57	8.20
.. . . . salida..	8.14	M.			3.07	N.
Alsásua.. . . .	11.35				5.53	
Miranda.. . . .	2.30		M.		8.05	
Búrgos.. . . .	5.50		4		10.35	
Valladolid.. . . . llegada..	9.32	9.15	M.		1.35	
.. . . . salida..	9.52	M.			6.35	1.49
Medina.. . . .	11.30				8.47	2.57
Ávila.. . . .	3.05				1.35	5.47
Escorial.. . . .	5.45				5.25	7.57
Madrid.. . . .	7.30				7.35	9.20
	M.				N.	M.

Empalme de Venta de Baños á Santander.

ESTACIONES.	MIXTO.	CORREO.	CORREO.
Madrid.. . . . salida..		N. 9.30	
Ávila.. . . . salida..		2.03	
Medina.. . . .		4.55	N.
Valladolid.. . . . salida..		6.40	7
.. . . . llegada..		8.07	9.25
Palencia.. . . . salida..		8.17	N.
Reinosa.. . . .	M.	1.32	
Bárcena.. . . .	5	3.32	
Santander.. . . . llegada..	8.10	6	
	M.	T.	

ESTACIONES.	MIXTO.	CORREO.	MIXTO.
Santander.. . . . salida..		M. 9	T. 6
Bárcena.. . . . llegada..		11.47	8.45
.. . . . salida..		11.55	N.
Reinosa.. . . .		2.30	
Palencia.. . . .	M. 6.35	8.35	
Valladolid.. . . . llegada..	9.15	10.22	
.. . . . salida..	M.	10.42	
Medina.. . . .		12.40	
Ávila.. . . .		4.27	
Madrid.. . . .		8.40	
		M.	